

Tenia que
encontrarte



Gema Samaro

TENÍA QUE ENCONTRARTE

GEMA SAMARO

©Gema Samaro, diciembre 2018

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Diseño portada: ARG

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

Índice

SINOPSIS

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[EPÍLOGO](#)

Sinopsis

Julia conduce de regreso a casa después de la enésima cita frustrada con 71, el hombre con el que tiene una relación más que complicada, cuando de repente a un lado de la carretera aparece una avioneta destrozada de la que sale un piloto de impresión que parece sano y salvo.

Con todo, Julia acude a su rescate si bien el tío parece un tanto confundido, pues asegura que cuando emprendió el vuelo era el año 1932.

Ella lo achaca a la conmoción por el golpe, pero el aviador que se llama Sergio Minaya tiene pruebas tan irrefutables de que es cierto lo que dice, que a Julia no le queda más remedio que llevarse al viajero en el tiempo a su casa enana y que sea lo que tenga que ser.

Total, qué importa un descarriado más si ya tiene acogidos a su gato Amante Bandido, a su amigo Gonzalo, a su hermana Alma y a su sobrino adolescente Mateo.

Gonzalo llegó tras una decepción amorosa, aunque acaba de descubrir gracias a Grindr que el amor está más cerca de lo que pensaba.

Alma apareció después de dejarlo con su pareja de siempre y está entregada a la vida locaza. Y Mateo vive enganchado a su computadora, entre otras cosas por culpa de Hannah, con la que tiene una relación virtual.

Sergio se instala en esa caja de cerillas convencido de que será por muy poco tiempo, pero enseguida empieza a sentir demasiado por Julia y ahí es cuando todo se complica de verdad...

Capítulo 1

Se lo había vuelto a hacer otra vez...

Después de citarla en un hotel de las afueras para pasar el fin de semana juntos, 71 la llamaba en el último momento para anular la escapada.

En esta ocasión había sido su abuela:

—Es un resfriado fuerte, pero a su edad se puede complicar. Prefiero estar a su lado.

—Claro, claro. Lo entiendo.

Lo entendía todo aunque estaba que bufaba...

—Espero que no hayas salido de casa todavía.

Julia llevaba en el hotel cinco horas, si bien mintió otra vez:

—Llevo un ratito.

—Vaya, lo siento. Como está el fin de semana pagado, llama a una amiga y lo aprovecháis.

Julia pensó que no tenía otra cosa que hacer que llamar a una amiga un viernes a las ocho de la tarde para proponerle un fin de semana en un hotel perdido en un páramo desierto y repleto de folladores felices:

—No te preocupes, si en el fondo me viene genial porque tengo mucho trabajo pendiente —mintió de nuevo, pues se había matado a trabajar para tener el fin de semana libre.

—Muchas gracias por tu comprensión, eres la mejor. Si tengo un hueco, te llamo. De todas formas, sabes que siempre estás en mi pensamiento.

—Y tú en el mío.

Y esta vez no mintió porque desde que colgó no dejó de pensar en 71 y en lo harta que estaba de esa situación.

Llevaban un año juntos, pero con él había sido siempre difícil desde el principio.

71 tenía tres hijas, una ex, una madre, una abuela, tres perras y dos gatas y todas vivían con él bajo el mismo techo.

Habían decidido que tras el divorcio con María, su ex, era lo mejor para todos y a Julia le pareció todo muy lógico y civilizado, incluso... encantador.

Un año después, estaba hasta el moño de solo verlo un rato los *findes*, si es que tenía suerte o almorzar con él entre semana, cuando se podía.

Y es que además de sus muchas obligaciones familiares, 71 tenía una empresa de prótesis ortopédicas para la que trabajaba de sol a sol.

Julia lo entendía todo, pero se moría también por estar con él. Y a veces se ponía tan pesada, aunque a ella no le parecía que fuera tanto como él decía, que 71 hacía esfuerzos titánicos para dedicarle un fin de semana entero.

Al menos en la teoría, porque en la práctica se frustraban casi todos los intentos de pasar un par de días juntos, tal y como había sucedido ese viernes de mediados de noviembre en el que Julia llevaba cinco horas esperándole en la horrorosa suite Rumba, y fantaseando con un encuentro de lo más romántico.

Para qué se pondría ella a fantasear...

Cabreada y frustrada como no recordaba, decidió probar el *jacuzzi* antes de regresar a casa y a ver si así lograba relajarse un poco.

Pero no lo consiguió.

Las burbujas solo hicieron que le ardiera más la sangre y que le entraran unas ganas tremendas de coger el teléfono y mandar a 71 definitivamente a la mierda.

Sin embargo, no lo hizo; más que nada porque al ver cómo 71 la miraba desde su foto de perfil de WhatsApp le entró una pena tremenda.

Y es que le quería...

Le quería demasiado como para romper con él por algo que al fin y al cabo

era ajeno a ellos.

Un día era la colitis de la perra, otro el partido de la baloncesto de la niña y otro una cena ineludible con un cliente importante.

Siempre pasaba algo, pero es que la vida de 71 era así y ella lo aceptaba tal y como era. Con todo...

Con todo.

Ella lo aceptaba con todo, sí, o al menos eso era lo que no paraba de repetirse, mientras conducía de regreso a casa bajo una lluvia que estaba haciéndole sentir peor todavía.

Para animarse, encendió la radio a tope y sucedió la magia de siempre: empezó a sonar justo la canción que necesitaba: *Hasta que vuelvas*.

Oh, sí, ahí estaba la respuesta, eso era lo que iba a hacer, pensó mientras cantaba a grito pelado y lloraba para ponerse a juego con el día.

Ella iba a detener el tiempo, ella iba a esperarlo, ella iba a estar siempre ahí, ella...

Ella tuvo que callarse, porque a un lado de la carretera por la que no conducía ni un alma y a una cierta distancia, apareció algo que no podía percibir bien entre la lluvia y la noche.

Parecía un vehículo averiado, pero un vehículo un poco raro, largo y estrecho, no sabría decir...

El caso fue que desconectó la radio, redujo la velocidad y ya cuando estaba muy cerca de esa especie de amasijo de hierros comprobó que era una avioneta de la que estaba saliendo un tío disfrazado de piloto antiguo.

Julia ni se lo pensó, detuvo el automóvil en la cuneta y salió al auxilio de ese hombre que estaba comprobando el estado en el que había quedado la avioneta.

—¡Hola! ¿Se encuentra bien? —preguntó Julia, mientras la lluvia caía con más fuerza todavía.

El piloto se giró, se quitó el gorro con orejeras, y con una sonrisa enorme respondió:

—Sí, fenomenal, señorita. Le agradezco el interés. Soy Sergio Minaya...

Julia le tendió la mano y no pudo evitar fijarse en lo bueno que estaba Sergio Minaya, porque era alto, moreno, guapo y le quedaba la cazadora de piel marrón corta y ajustada como para caerse de espaldas.

—Soy Julia Vázquez —se presentó tendiéndole una mano y con la otra retirándose un mechón de pelo que chorreaba de agua.

—Honradísimo —dijo Sergio sonriendo con una sonrisa maravillosa y sin dejar de mirarla a los ojos.

Julia pensó que ese tío era un cursi, pero para compensar tenía los ojos azules más bonitos que había visto en su vida. Y eso que no se veía demasiado...

—Igualmente, honrada total —replicó Julia, pensando que después de todo el día todavía podía enmendarse.

Y no porque quisiera nada con el piloto buenorro, para nada. Ella además de estar enamorada hasta las trancas de 71, era fiel como una perra de nacimiento, de serie, vamos que con ese tío no iba a pasar nada de nada. Pero al menos durante un rato iba a dejar de llorar por 71...

Y Sergio por su parte estaba pensando que después del contratiempo climatológico que había abatido su avioneta, ahora tenía la suerte de estar frente a esa chica tan encantadora que era de lo más especial.

Y no lo decía solo porque llevara puesto un extraño abrigo como almohadillado que le hacía parecer el muñeco de Michelin, o porque hubiera salido de un vehículo de lo más moderno, es que era su mirada entre curiosa, dulce y rebelde lo que le tenía completamente fascinado.

Sin embargo, no estaba la noche para prolongar por mucho más tiempo la fascinación bajo el raso, así que optó por decir:

—No puedo ofrecerle un paraguas bajo el que cobijarla, no sabe lo que lamento que por mi culpa esté calándose hasta los huesos.

Julia pensó que más que un cursi ese tío hablaba como su abuelo Marcelino, que Dios le tuviera en su gloria, pero eso a ella qué le importaba.

—No pasa nada. Y tutéame por favor...

Sergio sonrió agradecido y repuso:

—Será un placer.

Julia pensó que sí, que iba a ser un placer pero más bien corto, porque no estaba la noche como ponerse a charlar, y repuso señalando a su automóvil:

—Lo importante es que estás bien, después del tortazo que te has metido. ¿Te acerco a alguna parte o has dado aviso a emergencias?

—¿Aviso? No. Ahora iba a buscar un teléfono... —Luego Sergio observó extrañado el vehículo que estaba aparcado en la cuneta y preguntó intrigado—: No conozco ese modelo de automóvil, se le ve tan moderno ¿de qué año es?

Julia no pudo evitar echarse a reír y luego decir:

—Gracias por el cumplido: es un Seat León del 14. Va de maravilla. Me ha salido muy bueno.

Sergio se quedó extrañadísimo y, negando con la cabeza, replicó:

—¿De 1914? ¡Quién lo diría!

—Jajajaja. No, solo tiene cuatro años.

—¿Cómo que cuatro años? ¿No dices que es del 14?

—Sí, de 2014, estamos en 2018. Cuatro años.

Sergio la miró pasmado y masculló:

—No puede ser.

—¿Cómo que no puede ser?

Y Sergio respondió como si aquello fuera lo más normal del mundo:

—No, porque cuando me he subido a esta avioneta era 1932.

Capítulo 2

Julia estaba segura de que esa respuesta solo podía obedecer a la conmoción cerebral que tendría ese pobre hombre, así que con una sonrisa amable y de lo más tranquilizadora le indicó:

—Sube al coche, que te acerco al hospital más cercano.

—Te agradezco que tengas la gentileza, pero de verdad que no hace falta — replicó Sergio, convencido.

Julia se mordió los labios y, tras respirar, hondo insistió:

—Ya veo, ya... Mira, no quiero asustarte pero estamos en 2018. Es imposible que cuando te has subido en la avioneta fuera el año que dices.

Sergio tragó saliva, se quedó alucinado mirando a la chica del futuro que tenía enfrente, y farfulló:

—¡He viajado en el tiempo!

Julia le miró más alucinada todavía y objetó convencida:

—Que no, tío. Que no. Que del impacto debes tener una conmoción cerebral, así que vamos cuanto antes al hospital. Hazme caso. Pero tú tranquilo que va a salir todo bien. —Sergio se bajó la cremallera de la cazadora y Julia gritó—: ¿Qué haces? Vas a cogerte una pulmonía y a este paso, yo también. Vamos al coche de una vez...

Bajo una lluvia infernal, Sergio sacó una especie de carnés del interior de su cazadora y se los tendió a Julia:

—Toma. Mi cédula personal y mi licencia de piloto, mira de qué fecha son...

Julia cogió los documentos y solo tuvo que ver la cédula personal de la República con el nombre de ese tío para devolvérsela muy enojada:

—Tío, no estoy para bromas.

Sergio se guardó los documentos otra vez en el bolsillo de la cazadora y le dijo muy serio:

—No estoy de broma, soy Sergio Minaya Sánchez y nací el 15 de agosto de 1905.

Julia, que estaba empapada y muerta de frío, solo pudo murmurar:

—No puede ser, esos papeles tienen que ser de tu abuelo o qué sé yo. Y tú o me estás vacilando o estás *pallá* por culpa del golpazo.

—¿*Pallá*? Pero si no tienes más que mirar mi avioneta es una Havilland Moth, estas ya no deben hacerlas.

Julia miró lo que había quedado de la avioneta, bufó sobrepasada y replicó:

—No tengo ni idea de avionetas.

—¿A cuánto está hoy el récord de velocidad de vuelo?

—Mira, yo qué sé. Vamos al coche y yo te dejo en el hospital más cercano. He tenido un día demasiado complicado y no estoy para tonterías.

Julia se dirigió al automóvil saltando charcos y evitando no caerse con los taconazos de aguja que se había puesto para 71.

Sergio corrió rápido a su lado y le ofreció su brazo para que se agarrara:

—Ese calzado no es el más adecuado para la lluvia —le sugirió.

Ella le miró con ganas de que desapareciera y se enganchó a su brazo ya que instantes antes acababa de clavarse un maldito tacón en el barro y había estado a punto de torcerse el tobillo.

—Si no me lo dices, ni me doy cuenta —replicó cabreada, mientras buscaba la llave del coche en el bolsillo de su plumífero Michelin.

Luego, apuntó con la llave al coche y las luces se prendieron para asombro de Sergio que exclamó maravillado:

—¡Atiza! ¿Cómo has hecho esa magia?

Julia volvió a fulminarle con la mirada, le abrió la puerta de coche, le pidió

a Sergio que entrara y luego ella correteó hasta su puerta que abrió, se quitó el abrigo, lo lanzó a la parte de atrás y por fin entró y cerró rápido.

Entretanto, Sergio la miraba embobado porque aquello era demasiado moderno para él, como de película futurista y era tan maravilloso que exclamó:

—¡Esto es la recaraba!

Julia arrancó el motor para que se activara la calefacción y le exigió mirándole muy seria:

—Deja de hablar como mi abuelo Marcelino que me estás poniendo muy nerviosa.

—Es que tu abuelo debe ser mi quinta.

Julia se echó las manos a la cara y le pidió descompuesta:

—No sigas por favor. Yo te voy a llevar al hospital y dejarás de decir “atiza” y “recaraba”. Ya verás.

—Es como hablo —replicó Sergio encogiéndose de hombros.

Julia entonces se fijó en que tenía una pequeña cicatriz en una ceja:

—¿Qué tienes ahí? —preguntó señalándose la ceja.

—No es nada. Me lo hice el año pasado, sufrí un accidente de aviación en Alcalá de Henares a consecuencia del cual resulté con una herida leve en la ceja y contusiones en una pierna. Gajes del oficio. Lo normal en la aviación de mi época.

A Julia le pareció que ese chico era tan sincero que hasta le dio pena:

—Es imposible que seas de 1905, no hay viajeros en el tiempo. Es pura ciencia ficción.

—Que te digo yo que sí. ¿No ves mis carnés?

—Pueden ser de pega. A lo mejor ibas a una fiesta de disfraces —Entonces a Julia se le ocurrió algo—: A ver, dime tu nombre completo que te voy a buscar en las redes sociales.

—¿Y eso qué es?

—¡Ay madre! Tú estás fatal. Dime tu nombre y ya verás. Pásame el bolso que tienes a tus pies, por favor.

Sergio le tendió un bolsón grande y Julia sacó el teléfono móvil mientras Sergio le decía:

—Me llamo Sergio Minaya Sánchez, nací en Madrid el 15 de agosto de 1905.

—Que sí, tío, que sí. Voy a buscarte en Google a ver si con suerte estás en LinkedIn. Dime algo más de ti ¿además de pilotar avionetas haces otra cosa?

—Soy ingeniero y hago galletas.

Julia soltó una carcajada a la vez que escribía el nombre del aviador en Google y replicó divertida:

—¿Y sueles poner lo de las galletas en tu currículum en el apartado de aficiones?

A Sergio le encantó escucharla reír, a carcajada limpia, sin ningún tipo de remilgo, si bien le aclaró:

—Me dedico a las galletas de forma profesional, tengo una empresa galletera.

Julia convencida de que estaba de broma dio un manotazo al aire y exclamó:

—¡Oh, sí claro! Las famosas galletas Minaya. No sé cómo no he caído antes.

Sergio se revolvió en el asiento y, gratamente sorprendido, preguntó:

—¿Todavía hoy siguen siendo famosas?

Julia dejó el móvil sobre los muslos, sacó un paquete de galletas Minaya integral y con chocolate y se las mostró:

—Estas son mis favoritas.

Sergio con los ojos llenos de lágrimas, emocionadísimo, musitó:

—¡Se siguen haciendo galletas Minaya en 2018!

—Galletas y más cosas, tienen una variedad tremenda de productos: rosquillas, pastas, barquillos... Luego las tienes también saludables, con fibra, sin azúcar, sin sal... Pero ¿por qué estás llorando? ¿De verdad que eres de los Minaya galleteros? —preguntó Julia al percatarse de que dos lagrimones caían por el rostro de Sergio.

—Hace tres años que monté la planta de producción, me parece increíble que noventa años después sigamos haciendo galletas.

Julia vio que junto al logo de la marca ponía: “Desde 1929” y le comentó:

—Pues sí, mira, es verdad aquí lo pone. Pero esto no lo has podido montar tú, por el golpe te has debido resetear o algo parecido y te estás confundiendo con tu abuelo que debió ser el que fundó la galletera.

—¡La fundé yo! —exclamó retirándose las lágrimas con los dedos—. Todo el mundo decía que era una locura, en ese tiempo, pero yo estaba convencido de que íbamos a triunfar. Empezamos un domingo de invierno que estábamos aburridos mi hermana Amelia y yo. Nos pusimos a hacer galletas y nos salieron buenísimas, fue justo cuando se me encendió la bombilla. Le dije a mi hermana que íbamos a hacernos famosos con ellas y mira si lo somos.

Julia seguía convencida de que ese tío estaba fatal por el golpe que tenía que haberse dado en la cabeza, así que se puso a buscarlo en Google y lo que encontró la dejó lívida, tan lívida que Sergio le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

Julia negó con la cabeza y muy nerviosa respondió:

—Acabo de encontrar una foto tuya de agosto de 1932 en Biarritz bajo la que reza: “Sergio Minaya Sánchez el famoso soltero de oro celebra su cumpleaños rodeado de bellezas”. Este Don Juan tiene que ser tu abuelo, dime que es tu abuelo, por favor.

Capítulo 3

Julia le mostró la foto y Sergio se quedó maravillado al ver que el periódico podía leerse en esa cosa que era como una caja de cigarrillos de metal:

—¡Bendito invento! La gente del futuro podéis llevar el periódico en un bolsillo.

—Es un teléfono móvil con conexión a Internet —aclaró Julia alucinada de que el joven de la foto fuera idéntico al tío que tenía enfrente.

—¿Internet?

—Es una red en la que se tiene acceso a todo tipo de información. Pero dime, por favor, tú no puedes ser el tío de la foto.

Sergio se quedó mirándola fijamente y luego le confesó:

—Si te fijas en la ceja se ve que tengo esta misma cicatriz. Soy yo. Fui este verano a pasar unos días con mi familia a Biarritz. Pero si hay algo que detesto es salir en la crónica social con el cartelito de soltero de oro.

Julia, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar, se puso a buscar más entradas sobre Sergio y para su horror aparecieron más fotos y más información: el hijo del multimillonario Antonio Minaya participando en distintos concursos de Aviación, acudiendo a fiestas, a estrenos de ópera con cantantes de moda, montando una empresa galletera a cincuenta kilómetros de la capital y así una sucesión de entradas con noticias de proezas aeronáuticas, empresariales y asistencia a fiestas, a estrenos y supuestas novias.

Julia con una ansiedad tremenda, le miró sin entender nada y luego musitó:

—Tú no puedes ser este Sergio Minaya...

—Ya sé que parece increíble, pero lo soy. Mi abuelo se llamaba Nicanor,

igual sale en tu cacharro, procedo de prosapia de aventureros, con culto al valor y un sentido heroico de la existencia, él fue un famoso navegante. Búscalos si quieres convencerte de que Sergio Minaya no es mi abuelo. Es decir, que Sergio Minaya soy yo por raro que parezca. No sé qué pinto en el siglo XXI, pero esto es colosal.

Julia cogió una galleta muerta de la ansiedad y tras dar un mordisco repuso:

—Esto no puede ser. Mira que si estoy soñando...

—Pues yo soñando no estoy.

—Pero yo sí que tenía que estarlo. No me tenía que haber levantado de la cama esta mañana. ¡Qué día, Dios mío, qué día! Es tremendo... Es que no sé ya ni qué pensar. Mira que si me han drogado con las sales del *jacuzzi* y estoy alucinando...

Julia se terminó la galleta y Sergio acercó la mano al paquete de galletas diciendo:

—¿Tendrías la bondad?

—Sí, claro, coge... Pero son integrales... Con fibra... A lo mejor te sueltan la tripa.

—Tengo el estómago a prueba de bombas. Las mujeres se empeñan en ganarme por el estómago y me hacen cada plato que si yo te contara...

Sergio cogió una galleta y Julia comentó:

—Qué casoso es eso de la conquista por el estómago.

—Conmigo lo practican mucho. Cosas de mi tiempo. Oye, pues están buenísimas las galletas estas para desatasca cañerías. Por cierto, lamento que tengas problemas de estreñimiento, eso es porque debes moverte poco y estar un poco pachucha de los nervios.

—Mejor no quieras saber. Mi vida es muy complicada. Y por si no tuviera bastante, ahora apareces tú.

A Sergio solo se le ocurrió una cosa para tranquilizarla:

—¿Quieres tocarme?

Julia se envaró en su asiento y mirándole perpleja le preguntó:

—¿Tocarte cómo? No me fastidies que también vas a resultar un sátiro...

Sergio levantó las manos y repuso para aclarar cuanto antes la confusión:

—Tocarme para que confirmes que estoy aquí de verdad, que ni estás soñando ni que yo soy producto de un delirio por opiáceos.

Julia se ahuecó el pelo mojado con ambas manos, luego se hizo un moño alto con un coletero y farfulló:

—Yo qué sé. Y obviamente no puedes volverte por dónde has venido.

Sergio sonrió, se repantigó en el asiento y colocando las manos detrás de la cabeza, confesó:

—De momento estoy muy bien aquí. Siempre quise estar en el futuro, si la vida me da la oportunidad de verlo: voy a aprovecharla.

Julia le miró alucinada del encaje que tenía ese tío:

—Chico, tienes la sangre de horchata. Te cueles por una grieta del tiempo y estás aquí tan pancho. ¡Jamás he visto una cosa igual!

—¿Y qué quieres que haga? Tomo las cosas como vienen. Solo sé que despegué hace un par de horas en mi 1932, que de repente se levantó viento y comenzó la tormenta. Al principio pensé que sería algo pasajero, pero no solo no amainó sino que agarró una fuerza descomunal que me forzó a volar a poca altura, a unos cincuenta metros. Y así estuve un buen rato, hasta que la tormenta eléctrica arreció como nunca, llovía a manta, y al cabo de un rato un rayo me alcanzó. Creí que no lo contaba porque azotó la avioneta con tanta violencia que tuve forzar el aterrizaje...

—Pues te digo que si a mí me pilla un rayo y me arroja a 1932, créeme que no lo cuento. Muero ese mismo instante de la impresión.

Sergio se secó las gotas de lluvia que le caían por la frente con el dorso de la mano, la miró divertido y luego replicó:

—Ya te he contado que vengo de una larga saga de aventureros. Esto para mí esto es un regalo de la vida. Así que arranca de una vez y muéstrame tu mundo...

Julia lo miró alucinada porque en su vida había conocido nada parecido:

—Mira, yo solo quiero llegar a casa y meterme en la cama. Estoy agotada. No tengo cuerpo para enseñarte mi mundo...

—Lo entiendo. Durmamos y mejor lo dejamos para mañana.

Julia lo miró espantada y con el ceño fruncido preguntó:

—¿Durmamos dónde? ¿En mi casa?

—Solo tengo pesetas de la República y no puedo presentarme a estas horas en casa de mis familiares del siglo XXI. Les daría un susto de muerte...

—¿No tienen sangre de aventureros? Lo aceptarán de buen grado.

—Sí, pero mi hermana Amelia que es la única que puede reconocermme y nació en 1922, a sus 96 años puede que le cueste un poco digerirlo. ¿Puedes mirar en ese cacharro que haría las delicias de mi portero si mi hermana sigue viviendo en la casa familiar de la calle Alfonso XII?

Julia pensó que el optimismo de ese hombre no tenía límites, no solo pensaba encontrarse con la hermana viva sino que además se la imaginaba viviendo en el mismo edificio de hacía casi noventa años.

Con todo, buscó a la señora en Google y para su más absoluto pasmo no solo era la presidenta honoraria de Galletas Minaya sino que hacía apenas un mes había salido en la revista *¡Hola!*, posando con un montón de nietos y bisnietos en su casa de Marbella.

—¡Tu hermana vive! ¡Y mira la prole que tiene! Uy, mira este nieto: es clavadito a ti... Y este... Y este otro...

Sergio con los ojos llenos de lágrimas comprobó cómo su hermana Amelia a pesar de la mordedura del tiempo tenía la misma mirada de siempre.

—¡Está igual! Amelita está igual —susurró fascinado.

Julia suspiró porque de verdad que lo de ese hombre era ya digno de admiración, dejar a su hermana con diez años, encontrársela con noventa y seis y concluir que estaba igual era ya el colmo de la positividad.

Luego se puso a leer el artículo donde decía que era su residencia de vacaciones, si bien ella seguía viviendo en su casa de toda la vida frente al Retiro.

Julia también emocionada gritó sin dar crédito a lo que acababa de leer:

—¡Que tu hermana Amelia sigue viviendo en la casa de tus padres!

—¿Y con quién se casó? ¿Dicen algo del marido?

—No, pero los hijos se apellidan Pereda...

—¿Pereda? El único Pereda que frecuentábamos era el chófer. Tenía un hijo de la edad de Amelia... Listo como un conejo y bastante bullebulle, mi hermana y él se llevaban muy bien... ¿Terminarían casándose?

—¿Cómo se llamaba el bullebulle? Qué palabrita tan de mi abuelo, por cierto...

—Vicentín.

Julia buscó en Google los nombres de ambos y al momento encontró una entrada sobre el bullebulle que además de esposo de Amelia, había sido director de la fábrica de galletas durante muchos años y le mostró la foto.

—La virgen... Es Vicentín... Mi hermana se casó con Vicentín... Jajajajaja. No puedo creerlo, pero me chifla... Jajajaja.

—Genial, y ya que hemos localizado a tu hermana, tengo que llevarte con ella. ¡Vamos para allá!

—¡Espera! —exclamó Sergio—. Con todo el respeto te lo digo, no te quiero poner nerviosa, pero tienes como un pegote de abeñula cerca del lagrimal, a ver si se te va a meter en el ojo.

Julia bajó el espejo y replicó, mientras volvía a poner la pestaña en su sitio:

—Mi abuela usaba abeñula, ahora se ha vuelto a poner de moda. Pero esto

es un pestañón postizo que se me ha desplazado por la lluvia. De buena gana me la quitaría, pero sin el limpiador no hay manera. Ya lo haré en casa. Me la voy a apañar un poco y ya está... No suelo usar estas cosas, me siento como la gallina Caponata, tú no sabes quién es... Pero vamos, que no me gusta cómo me queda. Me la he puesto por 71...

—Pues tampoco sé quién es —bromeó Sergio.

—Uf. Es una historia muy larga.

Julia suspiró y arrancó el automóvil...

Capítulo 4

Cinco minutos después, Sergio iba fascinado con la velocidad del auto de Julia y la de los otros que les adelantaban:

—¿Qué velocidad puede alcanzar este vehículo?

—Más de doscientos, pero no pienso pisarle más. El límite de velocidad son 100 km/h y no quiero ni perder puntos de carné ni pagar multas.

—Carne por puntos. Qué interesante. ¿El petróleo todavía no se ha agotado en el planeta?

—No. De momento no. Pero hay automóviles eléctricos, 71 tiene uno, un Tesla, viajar en él es como ir flotando sobre una nube.

—¿71 es tu novio o ya no hay novios en el futuro?

—Hay, todavía quedan novios. Pero lo mío con 71 es complicado...

Julia se encogió de hombros y Sergio decidió cambiar de tema porque dedujo que no tenía demasiadas ganas de hablar sobre ese tipo.

—¿Y esa luz que se mueve por el cielo es un avión grande que cruza el océano con grandes pesos y pasajeros, verdad? —Julia asintió—. ¿En cuánto se hace Madrid-Nueva York?

Julia pensó que precisamente Nueva York era uno de los destinos que tenía pendiente con 71, uno de los muchos destinos...

—Seis horas —respondió lacónica.

—Esto es la repanocha. ¿Y a la Luna hemos llegado?

—Sí. Pero no vive nadie allí...

Bueno, ella sí, ella se pasaba el día en la Luna fantaseando con el día en el que ella y 71 pudieran estar juntos.

Era así de idiota, pensó.

—A mí no me importaría subirme a una astronave y salir al espacio exterior
—confesó Sergio con la vista clavada en el cielo.

—No me extraña, viendo la tranquilidad con la que te estás tomando esto. Yo todavía ni me lo creo. Es más, prefiero ni pensarlo...

—No lo puedo tomar de otra forma. Estoy maravillado de haber tenido tanta suerte. ¡Estoy en el futuro!

—Yo no es por pincharte el globo, pero te recuerdo que no tienes ni idea de cómo regresar a tu mundo y aquí solo cuentas con una hermana nonagenaria que posiblemente te tome por un loco.

—Mi hermana es como yo, le parecerá fascinante...

—De verdad que no quiero amargarte la fiesta, pero para ella debes llevar casi noventa años muerto. Porque si has viajado en el tiempo en 1932, debes estar desaparecido desde entonces... Madre mía, es que lo pienso y no me creo que esté manteniendo esta conversación...

—Yo sí, está siendo deliciosa.

Julia le miró por el rabillo del ojo y resopló, porque lo cierto era que no entendía cómo ese tío no tenía ni un ápice de angustia:

—¡Tú no debes tener apego a nada, a tenor de cómo te estás tomando esto!

—A lo material no tengo ninguno y en cuanto a los afectos, perdí a mis padres cuando Amelia tenía apenas un año. Ella es lo único que tengo y está aquí.

—Tienes una capacidad para aceptar la adversidad que es admirable. Debe ser por lo de la estirpe aventurera que dices...

—Tengo amigos, parientes y demás, como todo el mundo. Sin embargo, lo que más dolería es perder a Amelia y sé que está aquí. Estoy tranquilo. Además he tenido la suerte de haberme encontrado contigo que eres tan gentil y comprensiva.

—Yo te repito que no entiendo nada. Pero todo apunta a que estás diciendo

la verdad, vamos que eres el mismo tío que sale en las fotos de las revistas antiguas.

—Soy yo, pero no soy un don Juan... No te asustes.

—No, si a mí me da lo mismo.

Sergio no quería hablar de 71, si bien todo desembocaba en él:

—Ya sé, ya. Tienes el corazón ocupado por ese tal... 71 que deduzco que es un hombre mecánico.

Julia soltó una carcajada que dejó a Sergio perplejo porque él estaba hablando totalmente en serio y luego preguntó:

—¿Te refieres a que si es un robot?

—Sí, claro, en las historias que se cuentan en mi época sobre el futuro salen esas criaturas que lo mismo te friegan la loza que te llevan la contabilidad. Deduje que tú estás enamorada de uno de ellos, como dices que lo vuestro es complicado.

Julia de nuevo se partió de risa y le aclaró mientras se retiraba la pestaña postiza que, con las lágrimas por las carcajadas, se le acababa de caer:

—Si fuera un robot seguro que lo nuestro sería más fácil, pero desgraciadamente todavía no está tan desarrollada la inteligencia artificial. 71 es humano...

—Trae, dame la pestaña. Yo te la guardo...

Julia le pasó la pestaña y él se la guardó en un bolsillo de la cazadora:

—Gracias, ya te digo que no estoy acostumbrada a usar estas cosas.

—Yo he comprado mucha pestaña postiza en Londres para mis amigas, todas quieren tener la mirada de la Garbo. ¿La conoces?

—Claro, es mítica. ¡Menuda bajada de ojos!

—La tuya también está muy bien.

—Qué va... —repuso Julia, dedicándole una rápida caída de ojos.

—Oye las dos pestañas te quedan genial. La de verdad y la de pega. Tiene

suerte ese 71...

—No sé, hoy la verdad es que no es el mejor día para hablar de él.

—Hablemos de otra cosa. Por ejemplo... ¿La gente utiliza ahora números a modo de nombre de pila?

—Qué va. Es el sobrenombre que él usa en una red social de Internet que se llama Twitter. Él nació en ese año, 1971. Y le conocí ahí, en un hilo en el que hablaban de música, de repente apareció y opinó que todo lo que fuera de Mozart hacia abajo le parecía ruido blanco.

—¿Y te encandiló algo tan?

—¿Estúpido? —le interrumpió Julia divertida.

—No seré yo el que lo diga...

La verdad era que lo que le había encandilado era la foto de perfil de 71 en la que el muy cabrón tenía un enorme parecido con Ralph Fiennes cuando aún tenía pelo. Si bien, como no quería quedar como una frívola añadió:

—El caso es que nos pusimos a hablar de música, nos lo pasamos genial y nos empezamos a seguir en esa red social. Comentábamos sobre esto y lo otro y poco a poco surgió una amistad...

Surgió en amistad en la que ella se enamoró como una idiota de 71 y se lió la más grande, pues ella tenía un novio, Felipe, desde que tenía catorce años con el que acabó rompiendo para escándalo familiar.

Claro que a Sergio no le importaba para nada ese detalle...

—Yo preguntaría más cosas, pero como dices que no quieres hablar de él...

—Mejor hablemos de otra cosa. Si tienes alguna curiosidad sobre los últimos noventa años, tú pregunta...

Por raro que parezca, Sergio tenía mucha más curiosidad sobre esa chica que sobre lo que le hubiera pasado al mundo que intuía que seguía pecando de lo mismo:

—Imagino que siguen las guerras...

—Tuvimos una guerra civil que empezó en el 36 y duró tres años, justo en el 39 empezó la 2ª Guerra Mundial y...

—Las que nos quedan, me temo que no vamos a aprender nunca.

—Pues no, porque cometemos los mismos errores una y otra vez. Y si...

Sergio estaba muy a gusto charlando tan ricamente con esa chica, si bien justo en ese instante se percató por el reloj del salpicadero de la hora que era y le dijo:

—Perdona que te irrumpa es que acabo de ver que quedan ocho kilómetros para llegar a Madrid y según tu reloj son casi las once de la noche. Pensándolo bien no creo que sea lo más conveniente que me lleves a casa de mi hermana —sugirió Sergio que aparte de considerarlo poco conveniente, no tenía ganas de separarse tan pronto de Julia.

—Es un poco tarde para llegar con la noticia bomba. Bueno, te advierto que a cualquier hora a mí me daría un ataque, si aparece en mi puerta una criatura del pasado.

—Conmigo no te ha pasado nada.

—Porque ha venido todo rodado, pero yo creo que sigo aún en *shock*.

—Qué va. Lo has asimilado genial, tú también debes tener sangre aventurera. Por eso, quería pedirte de rodillas, si tuvieras la bondad, y aunque sea un auténtico atrevimiento, pero es que no tengo a más sitio adonde ir dada mi situación, que me dejaras pasar la noche en tu casa. ¿Qué te parece?

¿Qué le iba a parecer meter en casa a un viajero del tiempo que acababa de caerse de una avioneta del año de la pera?

Pues una cosa muy común y muy corriente... En fin, que a punto de partirse de risa de puro nerviosismo, Julia respondió con la verdad:

—Vivo con un gato, un amigo, mi hermana y mi sobrino en un pisito diminuto. No sé si es el lugar más ideal para alguien como tú, tan millonario, tan viajado, tan años 30...

Sergio asintió con la cabeza, esbozó una sonrisa de buenorro total, prácticamente irresistible, y aseguró con un tono que no daba lugar a réplica:

—Tranquila que seguro que lo es.

Capítulo 5

Julia entró en su casa, con Sergio al lado, y se encontró con que Gonzalo, su amigo, estaba sentado en el sofá del salón con el teléfono móvil en la mano y el gato Amante Bandido dormido a su lado.

—¡Hola Gonzalo!

Gonzalo era además su compañero de trabajo, era visitador médico como ella para la misma farmacéutica y desde hacía casi un año, que lo había dejado con su novio, se había mudado a vivir con Julia.

Pues bien, Gonzalo que no levantaba la cabeza del móvil donde tecleaba con frenesí, replicó de espaldas a ella:

—¿Qué haces aquí? ¡No me jodas que te la ha vuelto a liar tu Cabronazo71!

—Se ha puesto enferma su abuela. No pasa nada.

—No, pasa nada, no. Y más después de que te sacaste hasta el último pelo del coño. Anda que no te advertí de que te iba a pasar....

Julia no sabía dónde meterse y más cuando vio por el rabillo del ojo que Sergio estaba a punto de partirse de risa:

—Gonzalo, por favor. No sigas atormentándome —le pidió abochornada.

Gonzalo se revolvió con una mano la mata de pelo castaño y le pidió:

—Espera que termine con esto que ni te vas a creer. Es que ni imaginas a quién me ha encontrado en Grindr. Acababa de bloquear a uno que no paraba con el cuento de que era un semental, peludo y de polla gorda, cuando ha aparecido él. De verdad que te vas a quedar... Es que estoy con el corazón acelerado todavía. Uf. Brutal. Ahora te cuento...

Gonzalo siguió tecleando sin percatarse todavía de la presencia de Sergio, cosa que estaba poniendo tan nerviosa a Julia que no le quedó más remedio

que carraspear y decir:

—Es que no estoy sola...

—Claro que no, nena. Me tienes a mí y a Amante Bandido para que nos esputes tus mierdas...

Julia, loca porque su amigo se diera la vuelta, le gritó:

—¡Que vengo con compañía! ¡Deja de chatear y date la vuelta!

—¿Compañía? ¿Has acogido a otro gato? —preguntó sin soltar su teléfono para nada.

Julia entonces le cogió por el cuello y le giró la cabeza para que viera al gatito que había subido a casa:

—¡Te presento a Sergio!

Gonzalo se quedó boquiabierto mirando a ese pedazo de hombre y solo pudo farfullar:

—¿De dónde has sacado a este maromazo?

Julia había hablado con Sergio que lo mejor era contarle la verdad a Gonzalo porque no solo era de su absoluta confianza, sino que era tan listo y tan cotilla que si le contaba una mentira iba a percatarse al momento.

Así pues optó por la verdad...

—De la carretera, tuvo un accidente con la avioneta.

Gonzalo se revolvió en su asiento y mirándole como si fuera un extraterrestre, exclamó:

—Va vestido de piloto y es piloto... Flipante... ¿Y se ha quedado desmemoriado del impacto o qué? ¿Por qué te lo has traído a casa?

Julia respiró profundo, tragó saliva y luego murmuró:

—Verás... Es algo un tanto...

Gonzalo la interrumpió y al instante concluyó:

—¡No me digas más! Que venías rebotada de lo de 71 y te has sacado la espina con este...

Sergio entonces tendió la mano a Gonzalo y se presentó con su mejor sonrisa. La perfecta sonrisa matadora:

—Soy Sergio Minaya Sánchez, honradísimo.

Gonzalo le estrechó la mano y, devolviéndose la sonrisa, replicó:

—Honradísimo también, pero honrado, honrado de verdad...

Julia se sentó al lado de Gonzalo, mientras Amante Bandido seguía ajeno a todo, durmiendo como un bendito, y aquel sin soltar la mano de Sergio, cuchicheó a su amiga:

—Dime que es un *hunk* que me has traído todito para mí y ya me rematas, porque vaya nohecita que llevo. Y me la quería perder...

—Es *hetero*.

—Mejor para ti, usa palabras viejunas jodidamente excitantes y se apellida como las galletas que tanto te gustan.

—Es que él inventó las galletas.

Gonzalo se quedó mirándola alucinado y replicó sin dar crédito:

—¿Es un Minaya de los Minaya galleteros?

—Los mismos. Siéntate, por favor —le pidió Julia a Sergio que seguía de pie señalando el sillón rojo de estilo escandinavo, y que no podía resultar más incómodo, que estaba junto al sofá cama de idéntico color.

—Muchas gracias —replicó Sergio sentándose en el sillón.

Luego Julia se puso seria y le confesó a su amigo Gonzalo:

—Verás, es que la historia de Sergio es muy fuerte.

Gonzalo abrió los ojos como platos y llevándose el teléfono al móvil al pecho habló emocionado:

—¡No creo que más que la mía! Te vas a quedar muerta cuando la escuches...

—¡Créeme que la de Sergio no tiene rival! —aseguró Julia.

—¡Que te digo yo que no! —insistió Gonzalo.

—A ver, cómo te lo cuento sin que hiperventiles: Sergio viene de muy lejos...

Gonzalo soltó una carcajada que hizo que Amante Bandido se despertara y replicó:

—Vale, perfecto. ¿Y eso qué tiene de especial? Supongo que tendrá una avioneta supermoderna.

Julia se quitó el abrigo, que aún lo tenía puesto y explicó después de que el gato saltara a su regazo:

—Sergio no viene de lejos en el espacio sino en el tiempo.

Gonzalo se quedó mirando a su amiga divertido y repuso tras coger un cojín en forma de manzana y aferrarse a él:

—Julia no hace falta que inventes películas, si quieres pasar la noche con él no hay problema. Yo soy una tumba... Además sabes que soy de la opinión de que 71 se ha ganado a pulso que le pongas unos buenos cuernos. Y qué mejor que con este piloto empresario galletero que está como quiere de bueno.

—Gracias por el cumplido —dijo Sergio con una leve inclinación de cabeza.

—Gonzalo, hijo, córtate un poco —le pidió Julia muerta de la vergüenza.

—Por mí que no sea, me lo estoy pasando fetén —intervino Sergio que de verdad que se lo estaba pasando en grande.

—Tú sí que estás fetén, fetenísimo —respondió Gonzalo con una sonrisa enorme.

—¿No te mosquea que hable como un abuelo? —le preguntó Julia a Gonzalo.

—Pues no. Supongo que al chico le gustarán las palabras moribundas. Tú ya sabes que yo lo respeto todo...

Julia decidió no hacerlo más largo y le confesó:

—Es que está usando las palabras de su tiempo... Él no es un tío de 2018.

Gonzalo pestañeó muy deprisa y, tras cruzarse de brazos, preguntó:

—¿Me estás queriendo decir que es un tío chapado a la antigua que prefiere que no lo hagáis en la primera cita? Pues nada, tía, tu hermana va a pasar el *finde* fuera y tu *sobri* está con su padre. Que duerma en el sofá cama y ya si eso mañana te lo tiras...

Julia sin saber si reír o llorar de la desesperación, mientras Amante Bandido no paraba de darle con la pata, exclamó:

—¡Que no es eso, que Sergio es antiguo de verdad! Nació en 1905...

—El 15 de agosto para ser exactos —precisó Sergio, como si tal cosa.

Gonzalo le miró entornando los ojos, se llevó la mano a la barbilla y concluyó:

—Uy, sí, te pega muchísimo ser Leo. Tienes toda la pinta... Sí, sí, sí... Sois los mejores amantes, apasionados, incansables y entregados. Un Leo nunca falla.

Julia bufando al borde del ataque de nervios y, sin entender para nada la reacción de su amigo, habló:

—¡Tío, que no te estás enterando de nada! Déjate de horóscopos y céntrate en lo esencial. Sergio ¡es un viajero del tiempo! Nació en 1905 y cuando se subió esta mañana en la avioneta era 1932...

—Sí, claro, tiene pinta de tener eso unos 27 años o así —dijo Gonzalo tan campante.

—¿Y te parece normal? —preguntó Julia sin entender nada.

—¿Y por qué no? En la vida pasan cosas tan raras. Ya verás cuando te cuente lo de Grindr...

Capítulo 6

Amante Bandido saltó del regazo de Julia a los pies de Sergio, que le acarició el lomo muy despacio:

—A ver si el gato también es de los años 30 —comentó Gonzalo con guasa—. Es que es muy tímido, tarda muchísimo en tener confianza con la gente, normalmente con los desconocidos se esconde pero contigo, míralo: lo tienes a tus pies.

—Me gustan los gatos —confesó Sergio.

—Con 71 las tres veces que ha subido a casa, este ni ha asomado el bigote para saludarlo. Este dato tiene que darte mucho qué pensar, Julia —le advirtió Gonzalo a su amiga.

—¡No sé qué voy a pensar! Será que Sergio le ha pillado de buen humor, qué sé yo...

—Creo que detecta las energías y las vibraciones, las de Sergio le gustan. Es evidente.

Entre otras cosas, porque Amante Bandido ya había saltado al regazo de Sergio.

—¡No digas bobadas pues Amante Bandido se esconde con todos los extraños! Lo de Sergio es que es raro... Tal vez sea el olor de su cazadora de cuero que le recuerda a algo...

—Sí, a cuando montó en moto con su prima Paca —replicó Gonzalo con sorna—. ¡No digas bobadas, tú, por favor! Sergio es especial, no hay más que ver lo encantado que está con él.

Amante Bandido estaba tan a gusto en el regazo de Sergio que este comentó:

—Creo que le gusta que esté aquí.

—Todos estamos encantados con tu presencia —apuntó Gonzalo mientras su amiga le miraba alucinada—. ¡Digo la verdad! Tú sabes que soy muy sincero, el chico da gusto verlo, es majo y viene de los años 30, que eso siempre es un plus.

Julia se echó a reír porque ya no tenía más opciones y luego le explicó a Gonzalo:

—Hemos descubierto en una revista que su hermana vive, así que mañana intentaremos contactar con ella.

—Mi hermana nació en 1922, fue algo inesperado que nos hizo muy felices a todos —comentó Sergio.

Entonces, Gonzalo agarró el teléfono móvil que tenía sobre la mesita del salón y le preguntó:

—¿Cómo se llama tu hermana? Necesito verla ya mismo...

—Ya sabía yo que ni ibas a poder resistirte —habló Julia.

Gonzalo se puso muy serio y les dijo a los dos:

—Soy muy curioso, pero podéis confiar totalmente en mí. Esto hay que llevarlo con absoluta discreción, porque de lo contrario se nos podría ir de las manos y nuestro amigo Sergio podría llegar a pasarlo muy mal. El mundo todavía no está preparado para asimilar lo de los viajes en el tiempo. Le empezarán a marear los unos y los otros, los científicos, los medios de comunicación y hasta los políticos. Qué horror. Entre todos harían de tu vida un infierno. Lo mejor es que esto quede entre nosotros, por tu seguridad tanto física como mental y emocional.

Sergio asintió y, con Amante Bandido que ya estaba dormido en su regazo, opinó:

—Tienes razón. Lo más prudente es que no salga de nuestro pequeño círculo.

—Me parece bien, y desde luego que ojalá tu hermana pueda ayudarte... —

dijo Julia, en tanto que Gonzalo acababa de encontrar la página de la revista en la que aparecía Amelia Minaya.

—¡Tu hermana es una señora espectacular! —exclamó Gonzalo—. No parece la edad que tiene y tienes un montón de parientes. ¡Y qué casoplón! Uy, me parece que tú no te vuelves a los años 30. Y para lo que te espera, ya te adelanto que para empezar en el 36 se os viene encima la guerra...

—Ya. Es terrible —murmuró Sergio.

—Pero su mundo no es este, tarde o temprano tendrá que regresar —repuso Julia convencida.

—No sé si se volverán a dar las circunstancias con las que me topé en la tormenta, ese día, ese rayo... —comentó Sergio.

—Tú tranquilo y no tengas prisa ninguna por volver —dijo Gonzalo—. Ya tienes fichada a tu hermana y nos tienes a nosotros que como ves somos ideales para acoger a un viajero en el tiempo. Somos gente de mente abierta, que abraza al misterio y a la aventura a partes iguales y que...

—Y que sobre todo él está como una cabra —concluyó Julia, encogiéndose de hombros.

Gonzalo esbozó una sonrisa y luego matizó:

—Sí, puede que un poco, pero es que estas cosas hay que tomarlas así. Además, a lo mejor esto de los viajes en el tiempo es más frecuente de lo que creemos, y todo el mundo calla como vamos a hacer nosotros.

—Sí, esto tiene que ser de lo más habitual —ironizó Julia mientras Gonzalo buscaba datos sobre Sergio en Internet—. Es más, yo creo que todo el mundo tiene en casa un viajero de estos, que si un fenicio, que si un romano, que si un medieval... Esto está a la orden del día...

—¿Habéis visto esta noticia de noviembre de 1932 que dice que Sergio desapareció con su avioneta? —la interrumpió—. Según pone aquí se dirigía a Madrid para pedirle matrimonio a una tal Raquel Braun que por lo visto era

una cantante de ópera muy famosa. Oy, aquí sales de esmoquin con ella en una fiesta, parece un estreno... Madre mía, cómo te sienta el traje, estás para lamerte hasta las suelas de los zapatos.

Julia miró la foto y lo cierto era que al tío le sentaba de maravilla el esmoquin, si bien no dijo nada al respecto pues ella no era tan descarada como su amigo.

Así que prefirió comentar otra cosa que le tenía algo intrigada, solo un poco:

—¿No decías que lo único que tenías era tu hermana? ¿Por qué has omitido que estabas prometido?

Sergio dio un manotazo al aire y explicó:

—Es mentira. Esa noticia tiene que ser un invento de ella.

—Aquí dicen que llevabais seis meses de discreta relación —comentó Gonzalo frunciendo los labios. No quería decirlo, pero tenía que hacerlo. Además si ese tío era un golfo, mucho mejor: más diversión y entretenimiento.

Sergio resopló y al momento aclaró:

—Salía con ella y con muchas amigas más.

—Eres poliamoroso —concluyó Gonzalo, admirado—. Pero por lo que parece esta chica no se enteró bien, porque mira cómo posa como viuda doliente...

Julia miró a Sergio y la verdad era que no sabía ni qué pensar... A esas alturas de la vida, ya no ponía la mano en el fuego por nadie.

Sin embargo, Sergio les aclaró:

—De amor nada. Ni poli ni mono, no estoy enamorado. Tengo amigas con las que salgo y tal, pero no juego con los sentimientos de nadie. Ni mucho menos voy pidiendo matrimonio así como así. Eso es un invento de Raquel, que es una fantasiosa. Era, quiero decir, me cuesta hablar en pasado...

—Es normal, si es que hace unas horas estabas en 1932. Y lo de tu amiga, lo

entiendo también. A los guapos nos pasan estas cosas —replicó Gonzalo que en ese instante se percató de que tenía un nuevo mensaje en el chat de Grindr—. Uy, uy, uy, que me está entrando este tío otra vez... Y parece que tiene ganas de cháchara. Si me perdonáis, me voy a mi habitación que necesito poner toda mi atención en esto. Es lo que te iba a contar antes, Julia: ¿sabes quién me está escribiendo? —Julia negó con la cabeza porque no tenía ni idea—. Agárrate bien porque te vas a quedar muerta: ¡el vecino guapazo-motero-borde del 3º A! Ese que pensaba que me odiaba porque le gustabas tú, pues no: estaba equivocadísimo. Me ha encontrado él y me ha confesado que le pongo desde el primer día que me vio con mis ojeras y mi pinta de presuicida *sexy*. Sin embargo, resulta que nunca me ha dicho nada, porque pensaba que tú y yo éramos parejita. Total, que le ha hecho una ilusión tremenda encontrarme en el Grindr... tanta que me ha enviado al instante una foto en bolas...

—¿Y tú qué has hecho?

—¿Qué voy a hacer? Babearla. Es una rata de gimnasio con un cuerpazo tremendo... Todo tremendo... Bueno, eso más tremendo, tremendísimo... Yo no le he mandado nada, de momento es mejor mantener el misterio. Y mira, cómo le tengo, ansiosito perdido... Así que os dejo, que paséis buena noche, ya mañana seguimos hablando.

Gonzalo se levantó, dio un beso en la mejilla a su amiga, otro a Sergio y después a Amante Bandido:

—Que descanses —le dijo Sergio.

—Y si no, mejor que mejor, jojojo —canturreó Gonzalo despidiéndose agitando la mano.

Capítulo 7

Dos horas después, Julia daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Y no era porque 71 no se hubiera dignado siquiera a enviarle un mensaje de buenas noches. Ella sabía de sobra que odiaba el WhatsApp y estaba acostumbrada a sus silencios cuando se veía desbordado por algo, ya fuera familia o trabajo...

En fin, que 71 a ese respecto era como ese taconazo que te hace polvo, pero que te pones porque te queda genial.

Pues eso...

Que no estaba inquieta por él, más bien lo que le estaba robando el sueño era el aviador que estaba durmiendo a pierna suelta en el salón.

Qué tío, cómo podía haber viajado en el tiempo y habérselo tomado de esa forma, es que no podía dejar de darle vueltas a eso.

Qué encaje, qué templanza y tal vez qué inconsciencia.

Porque a fin de cuentas, tal vez era eso, que ese pobre chico todavía no acababa de dimensionar lo que le había sucedido.

Y cuando lo hiciera...

Madre mía no quería ni pensarlo...

Aunque lo pensaba y estaba tan nerviosa que se había bebido ya la botella de litro de agua que se había llevado a la cama para no levantarse si tenía sed en mitad de la noche y así evitar toparse con esa criatura en bolas.

Porque se lo había quitado todo antes de dormir...

No delante de ella, por supuesto, sino que en su empeño de no molestar, porque ella le había ofrecido un pijama de su sobrino, Sergio que momentos antes se había zampado una pizza precocinada de atún y un vaso de leche, se

había metido vestido en la cama y una vez convenientemente tapado, se había ido quitando una a una todas las prendas, incluido un calzoncillo de su época, que había dejado con el resto de la ropa sobre una silla que ella había puesto a tal fin junto al sofá.

Luego ya desnudo y tumbado en la cama, le dio las gracias unas cuantas veces más y después, y sin que Julia no lo esperara para nada, cuando se agachó para coger a Amante Bandido y llevárselo a su rincón, Sergio se incorporó, le plantó un beso en la mejilla y luego otro al gato en la cabecita y ante la cara de asombro de ella, él se justificó:

—El beso de buenas noches, como el de tu amigo de antes: donde fueres, haz lo que vieres...

Julia con el beso puesto y el aroma de ese tío que era una mezcla de cítrico, romero y cuero, un buena mezcla, vamos que el tío después de todo lo que le había pasado todavía olía bien, se fue derechita y la cama y desde entonces no había pegado ojo.

Y no es que la hubiera perturbado en exceso la visión de ese pedazo de torso de nadador, o el beso en la mejilla que el tío había logrado hacerlo mitad dulce y mitad *sexy*.

No, qué va, no era nada de eso. O sí, tal vez un poco, porque no paraba de asaltarle la imagen de esos pectorales y de ese maldito beso que al fin y al cabo había sido ejecutado por un maestro del arte de la seducción.

Y es que ya lo decían las revistas de su tiempo...

Pero ella no pensaba caer en sus redes, para nada...

Ella amaba a 71 y lo aceptaba como era.

No obstante, le preocupaba muchísimo el aviador, que no solo olía que te corrías de bien y que besaba en la mejilla como para correrse otra vez, sino que le angustiaba lo que le había pasado.

Qué narices, era un jodido viajero en el tiempo...

Y en su sofá...

Madre mía...

Nada, que no podía dormirse y encima se había bebido un litro de agua.

Y para ir al baño tenía que cruzarse el salón...

Vale que era un salón diminuto y que podía cruzárselo en apenas tres segundos o menos.

Pero... ¿Y si se había destapado y no le quedaba otra que contemplar la majestuosidad de ese cuerpo a la tenue luz de los rayos anaranjados de la farola que se filtraban a través de las rendijas de la persiana? Y lo que es peor... ¿Y si estaba despierto y le daba por besarla otra vez?

Julia hizo varias respiraciones profundas y concluyó que lo soportaría...

Sí, porque ella además lo tenía todo clarísimo, amaba al petardo de 71 con todas sus ganas y realmente daba lo mismo si en su salón había un pedazo de tío cañonazo, que olía de vicio y besaba como para morirse ahí mismo de gusto.

Ella era fuerte y estaba por encima de cuerpos, de olores y de besos... aunque mientras saltaba de la cama se lamentara de no ser de 1905 y no tener un bonito orinal con el que esquivar tan ricamente esa situación.

Pero allá que iba...

De puntillas, atravesó como una flecha el salón, con los ojos entornados para no ver, si es que había algo que ver, o al menos verlo tan borroso que no le dejara huella y se encerró en el baño, cerrando la puerta con cuidado.

Hizo pis y en tanto que se lavaba las manos, comprobó en el espejo las pintas tan horribles que tenía porque con el estrés de la situación seguía con una pestaña puesta, el maquillaje y los labios corridos, una camiseta viejísima de Los Ramones y los pelos revueltos.

Rápidamente, sacó el tónico desmaquillador y se puso a la faena de sacárselo todo, rauda y veloz, no fuera a ser que el aviador se levantara.

Hiperventilando de los nervios que tenía, se lo quitó al fin todo y se hizo una coleta para dejar de parecer que acababa de salir de un *after* a las tres de la tarde.

No obstante, cual no fue su sorpresa que cuando cruzaba de puntillas y triunfante el salón, escuchó la voz profunda y sensual del maldito aviador preguntar:

—¿Todo bien?

Julia con el corazón a punto de salirse del pecho y mirando para el otro lado para evitar cualquier tentación de la carne, contestó nerviosa:

—Sí, genial. ¿Tú estás bien?

—Se me salen un poco los pies, pero no pasa nada. Soy alto, estoy acostumbrado, lo que pasa es que tengo un poco de hambre.

—Será ansiedad, no me extraña.

—Qué va. Estoy muy tranquilo, esto me pasa cuando estoy de fiesta y eso, a estas horas siempre me entra hambre...

Con “eso” se refería a después del sexo, pero obviamente se lo calló. Y Julia con tal de que no se levantara, se ofreció a llevarle lo que fuera:

—¿Te traigo una pieza de fruta?

—No te quiero importunar, demasiado has hecho ya por mí...

—Tranquilo. No pasa nada.

Julia se fue a tientas hasta la cocina que estaba dos puertas más allá, cogió una manzana roja que estaba en el frutero y cuando se dio la vuelta se encontró con que ese tío estaba ahí.

Desnudo. Como Dios le trajo al mundo, el muy cabrón, con una sonrisa tan enorme que podía hasta verse en mitad de esa oscuridad apenas iluminada por las lucecitas de encendido de los electrodomésticos.

—De verdad que no quiero molestarte —insistió él, que estaba agradecidísimo por todo lo que estaba haciendo por él ese ángel.

Ángel que por cierto, pensó Sergio, por lo poco podía ver con la luz agonizante de los cacharros de la cocina, llevaba lo que debía ser un *déshabillé* moderno de lo más sugerente y se había recogido el pelo de una forma tan sensual que realizaba el cuello larguísimo.

De verdad que tenía suerte. Mucha suerte, pensó Sergio.

Mientras Julia susurraba, llevándose la mano al pecho:

—¡Ay qué susto! No hacía falta que salieras de la cama.

—Es que también tengo sed...

Madre mía, pensó Julia, ahora también tenía sed... Con el corazón a mil, cogió un vaso de la encimera, abrió el grifo y le sirvió un vaso de agua, porque de ninguna manera pensaba abrir el frigorífico y que la luz blanca iluminara todo aquello...

Ni loca, vamos... No, no y más no.

—Voy a encender la luz porque no se ve nada —propuso Sergio, solícito, olvidándose por completo de que no llevaba ropa.

—¡Yo veo muy bien en la oscuridad! —Julia veía tan bien que hasta se había percatado de que estaba empalmado—. Por favor, agarra el vaso de agua y la manzana...

Con mucho cuidado, casi a tientas, Sergio cogió lo que Julia le ofrecía no sin poder evitar rozarle los dedos, despacio, muy suave, tanto que Julia tuvo que morderse los labios porque aquello era demasiado.

—Te agradezco la bondad, Julia...

Bondad, Julia pensó que como siguiera un rato más en esa cocina iba a acabar ardiendo en el infierno.

—No hay de qué. Me voy a descansar...

Sergio que era muy de donde fueres haz lo que vieres, cosa de aventureros, le plantó otro beso en la mejilla, un beso de los suyos y luego le susurró al oído despacito:

—Buenas noches, Julia...

Capítulo 8

Entre unas cosas y otras, Julia no pudo conciliar el sueño hasta las seis de la mañana, y para más horror cuando lo hizo, soñó con el aviador algo que cuando despertó por culpa de los golpes en la puerta de Gonzalo ni recordaba.

—Tía, que son las doce y tienes a este hombre aburrido ya —gritó desde el otro lado de la puerta.

Julia saltó de la cama, abrió la puerta y empujó a su amigo hacia dentro, cerrando de nuevo. Luego, en voz baja para que el otro no escuchara le contó:

—A las seis de la mañana estaba todavía despierta, esta situación me tiene muy estresada. Además, al aviador le entró hambre y sed de madrugada, me fui a buscarle algo y se me plantó desnudo en la cocina...

Gonzalo muerto de risa, susurró también:

—¡Y superpalote! Jajajajajajaja.

—¡Calla! Dios mío, qué situación, él estaba tan campante, yo creo que hasta se había olvidado de que estaba en bolas. Pero yo lo pasé fatal... tan fatal que eran las seis y seguía con los ojos como platos.

—¿Tan grande la tiene?

—¡Ay, por favor! No quieras saber. Yo desde luego prefiero olvidar...

—¿Cómo que no quiera saber? Yo lo quiero saber todo de ese cañonazo de tío, que por cierto te lo he vestido ya del siglo XXI con la ropa de Rodolfo que conservo para torturarme. Le he puesto una camisa divina, unos *jeans* y unos slips de Armani que marcan paquete que te cagas.

—Gonzalo por lo que más quieras, baja la voz...

—Ya verás cuando le veas, te vas a caer de espaldas, y además él solito ha puesto el horno, porque me ha contado que es ingeniero y ningún artefacto

tiene secretos para él. Nos ha hecho un bizcocho casero que está para chuparse los dedos. Como él mismo, vamos, que está para chupárselo todo.

Julia estaba tan agobiada solo de pensar que Sergio pudiera escucharles que soltó un agónico:

—Ay...

—Tú tranquila que no te lo voy a quitar. Te lo dejo todito para ti. Yo ya tengo puesto el ojo en otra parte...

—A mí no me dejes nada que bastante tengo con 71.

—¿Bastante? Hija pero si no lo catas más que de Pascuas a Ramos. Tienes que tener un hambre, pero no te preocupes que te vas a poner las botas con el piloto.

—¿Qué dices, por favor? Hambre ninguna. ¡Estoy fenomenal!

—Jajajaja. Quién se va a creer ese cuento... Aprovecha que no te vas a ver en otra...

—¡Qué pesado! Déjame en paz, que demasiado tengo con lo que tengo.

—¿Qué tienes? ¿Un señor que nunca está?

—No voy a hablar ahora de 71, quiero ducharme, vestirme, desayunar y luego ir a la casa de la hermana de Sergio. Tenemos que llevarlo con los suyos lo antes posible...

—¿Para qué tanta prisa? Con lo majo que es... Vamos a llevárnoslo de cañas y luego le enseñamos la ciudad que está loco por verla.

—Y que nos pare la policía, nos pida la documentación y Sergio saque la cédula personal de la República... No, gracias.

—¿Cuándo te ha parado a ti la policía? Porque a mí nunca...

—Ya, pero es lo típico que solo falta que vayas con alguien sin papeles, para que te los pidan. No podemos correr riesgos.

—Te pasas de prudente.

—Y tú de osado.

Gonzalo esbozó una sonrisa maléfica y luego replicó arqueando una ceja:

—Desde luego, y si te cuento lo que pasó anoche con el vecino...

—No me digas que te lo trajiste a casa. ¿O subiste tú?

—Fue todo por WhatsApp y acabamos...

Julia sin dar crédito, se frotó la cara con las manos y replicó:

—¡No! ¡Es el vecino! Este no es como los otros, que luego no los vuelves a ver. Este te lo vas a encontrar en el portal y a ver entonces qué es lo que haces. ¡Ay Dios! Estás loco perdido...

—Que no. Que con él fue diferente. Reconozco que después de lo de Rodolfo he entrado por despecho y por terapia en el Grindr y me he triscado virtualmente a todo lo potable, pero con este tío ha sido especial. Solo me he desnudado por dentro...

—¿Qué?

—Después de que me mandara fotos subidas de tono, nos hemos puesto a hablar. Es enfermero y le he contado un poco de mí... Le he confesado que Rodolfo me dejó tirado como una colilla y que me vine a esta casa contigo porque vives en un primero, no tienes cuchillos que corten y aquí no hay nada con lo que envenenarse, es que ni lejía. Es el primer tío al que le cuento mi drama y me siento bien.

Julia suspiró y, feliz porque su amigo estuviera superando por fin su drama, reconoció:

—Cómo me alegro... Es un paso importante. Y ahora ¿qué? ¿Vais a ir juntos a comprar el pan?

—Pues podría... De momento ya ha me dado los buenos días por WhatsApp... Cosa que tú deberías hacer con tu invitado. Así que venga sal ahí fuera y enfréntate a tu destino.

—¡Qué buen amigo eres! Tú méteme más presión. Menos mal que con un poco suerte, en un rato le voy a dejar instalado con la hermana...

Convencida de que así iba a ser, Julia salió de la habitación y al cruzar el salón para ir al cuarto de baño vio que Sergio estaba sentado en el sofá aferrado a la *tablet* de Gonzalo y con Amante Bandido al lado.

—Le he enseñado a usar Internet, el tío es tan listo que en un par de días va a ser más moderno que nosotros —le cuchicheó Gonzalo al oído.

Momento en el que Sergio se percató de la presencia de Julia, dejó la *tablet* a un lado, se puso de pie y preguntó con una sonrisa enorme:

—¡Buenos días, Julia! ¿Has descansado bien?

Luego se acercó hasta ella y le plantó un buen beso en la mejilla. Un beso de los suyos...

Julia que seguía con la camiseta de Los Ramones, le devolvió la sonrisa, tal vez un poco forzada y dando un paso atrás, contestó:

—¡Buenos días! Sí, todo genial —mintió porque no iba a decirle que por su culpa no había pegado ojo—. ¿Y tú?

Sergio pensó que estaba feliz de verla de nuevo, de hecho se había pasado la noche soñando con ella. No sabía bien con qué, pero con ella y otra vez estaba ahí con ese pijama del siglo XXI y esa mirada tan especial, que le hizo sonreír como un bobo y responder:

—He dormido muy bien, gracias. Y ahora me estaba poniendo al día con este cacharro que me ha dejado Gonzalo. Es increíble la de cosas que hay...

Había muchas cosas pero él se había puesto a buscar a Julia Vázquez en ese invento maravilloso llamado Google y se la había encontrado en varios sitios. LinkedIn, Twitter, Instagram, Facebook... en todos esos lugares había rastro de ella, opiniones, canciones, incluso fotos.

Se lo estaba pasando fenomenal descubriéndola, a escondidas, porque a Gonzalo le había dicho que se estaba poniendo al día con la Historia de los últimos noventa años.

Menudo tormento...

Mejor dejar esa agonía para otro momento y centrarse en esa chica que no se parecía a ninguna que hubiera conocido antes.

Y no porque fuera de otro tiempo, es que de verdad que era muy especial. Y no solo por lo que saltaba a la vista, era una chica guapa, de bonita figura y sonrisa encantadora. Es que tenía una extraña mezcla de coraje y ternura, de audacia y sensatez, de frescura y curiosidad que la hacían diferente. Y encima, pasaba de él, con Julia no funcionaban ninguno de los supuestos encantos que volvían locas a las mujeres de su tiempo.

Y eso le fascinaba...

Si bien, lo que él no sabía era que en ese justo instante Julia se estaba fijando en lo bien que le quedaba la ropa de Rodolfo, claro que con la planta que tenía era difícil que a ese tío algo le quedara mal.

Ay. Julia suspiró y pensó que a ella qué le importaba eso...

Total, que sonrió otra vez y dijo:

—Te dejo un rato más con la *tablet*, me voy a duchar, me visto, desayuno algo y nos vamos a buscar a tu hermana.

Qué ganas tenía de perderlo de vista, pensó Sergio, algo triste y luego replicó:

—Tómate tu tiempo, de verdad que no tengo prisa...

Julia sonrió y solo pudo ser sincera porque necesitaba volver a su rutina:

—Lo mejor es que vuelvas cuanto antes con los tuyos...

Capítulo 9

Después de ducharse, ponerse unos *jeans*, un jersey de cuello vuelto negro, *rouge* en los labios y un poco de perfume, desayunó con el delicioso bizcocho de Sergio mientras él seguía fuera con la *tablet*.

—¿Nos vamos a tomar el aperitivo con el aviador? —le cuchicheó Gonzalo que en ese instante entró en la cocina.

Julia se acabó el café y negó con la cabeza:

—Me lo voy a llevar ahora mismo a casa de su hermana.

Gonzalo arrugó el ceño y poniendo cara de pena exclamó:

—¡Tía, no seas tan cruel! Si el pobre ni molesta... Y está loco por agradar, antes de pasarle la *tablet* se ofreció a limpiar el polvo de las estanterías.

—¿Qué vergüenza! Es que las tenemos fatal...

—¿Y el bizcocho, qué me dices?

—Que sí, que está muy bueno, pero su sitio no es este. Acompáñame a dejarlo con los suyos.

Gonzalo se cruzó de brazos y replicó:

—No. Yo me quedo, por lo que pueda pasar.

—¿Pasar con quién?

—Entre él y tú. Creo que os conviene que os quedéis solos en el espacio reducido de tu automóvil. Percibo mucha química entre vosotros...

Julia le miró horrorizada y haciendo el gesto de que a su amigo le faltaba un tornillo repuso:

—*Shhh*. Que te va a escuchar. Y no me vaciles, tío.

—Que es verdad. Y a ti te gusta... Por eso tienes ese afán de apartar de ti la tentación —dijo con una voz exageradamente baja.

Julia resopló mientras fregaba su taza del desayuno y negó categórica:

—Te equivocas. No me gusta para nada, de nada, de nada...

—Anda, anda... Si está buenísimo... Y es un amor. ¿Has visto que también ha fregado los platos sucios que había en la pila? Y ha limpiado también el suelo de la cocina. Mira cómo lo ha dejado, es que ni Don Limpio.

—Que sí, que está todo perfecto. Pero deja de decir tonterías, por favor.

—Es lo que salta a la vista. Hay atracción, él te mira con ojos golosos y tú te has vestido como que aquí no pasa nada, pero tus labios rojos te delatan.

—Solo llevo hidratante en la cara, y me he pintado los labios con lo primero que he encontrado —dijo mientras dejaba la taza en el escurrerplatos.

—Tu barra tono *La Fascinante* de Chanel. ¡Qué casualidad! Por no hablar de tu perfume *Mon París*... Ese que solo te pones en las ocasiones especiales.

Julia se secó las manos en un trapo, al tiempo que le reprochaba a su amigo:

—Tienes demasiada imaginación. Venga, vente con nosotros y a la vuelta nos vamos a comer por ahí.

—Ni loco. No pienso chafar la posibilidad de que surja algo bonito. Yo te espero en casa y ojalá que con buenas noticias.

—Con la buena noticia de que he dejado a Sergio instalado en su casa, con su familia, donde debe estar. Deséame suerte, por favor...

Gonzalo cogió el rostro de Julia con ambas manos y le dio un beso en la mejilla.

—¡Suerte!

—¡Y no me vuelvas a besar delante de él! Que con la cosa del *Donde fueres, haz lo que vieres*; me planta unos besos que...

—Te molan. Venga, chica, di la verdad.

—¡Me voy que eres un liante!

Julia salió de nuevo al salón y le dijo a Sergio que ya estaba lista para llevarlo a su casa.

Él cogió su ropa que había metido en una bolsa, se puso la cazadora de aviador y tras agradecer su hospitalidad a Gonzalo, se despidió de él muy afectuoso y, luego bajó con Julia en el ascensor hasta el garaje.

—¡Qué maravilla los ascensores de hoy! No dejo de admirarme — reconoció mientras se deleitaba con el perfume de Julia. Olía tan bien, pensó.

—Los hay mejores que este...

Sergio miró muy serio a Julia, clavándole sus ojazos azules y afirmó rotundo:

—¡Seguro que no!

Porque estaba convencido de que no había mejor ascensor en el mundo que uno donde estuviera ella, con esa sonrisa, esos ojos y ese olor delicioso que le estaba volviendo loco.

Obviamente no se lo dijo...

Y ella, que estaba bastante cortada por esa mirada tan azul en ese espacio tan reducido, se quedó callada igual mientras rezaba para que llegaran a la planta del garaje cuanto antes.

Una vez allí, sacó el coche y condujo por las calles del otoño soleado en Madrid, que Sergio iba reconociendo alucinado.

Diego de León, donde Julia vivía, Manuel Becerra, la Calle de Alcalá, el barrio de Salamanca, la puerta de Alcalá...

Todo seguía igual, pero todo era tan diferente que sintió una emoción tremenda de estar ahí, de poder verlo y con Julia al lado que no paraba de hablar de lo mismo: su plan perfecto para entrevistarse con su hermana.

Quería librarse de él a toda costa y él no hacía otra cosa que apurar los últimos momentos que le quedaban por estar junto a ella.

Porque viendo las ganas que tenía de desembarazarse de él, estaba claro que después no iba a querer ni tomarse un café.

Así que disfrutaba de esos últimos instantes junto a ella, con la ciudad de

fondo, su ciudad, que estaba más bonita y luminosa que nunca.

—Entonces ¿te parece bien mi plan? —preguntó Julia, al detenerse en un semáforo junto a la puerta de Alcalá.

Luego le miró, él sonrió como un bobo y dijo que sí.

Su plan consistía en presentarse al conserje de la finca como la nieta de un amigo del hermano de Amelia Minaya y decirle que tenía que darle un recado importante.

Luego, ella subiría sola a hablar con la hermana, le contaría la verdad y cuando la señora se recuperara del *shock*, Sergio acudiría a reunirse con ella.

—Me he pasado la noche dándole vueltas a cómo propiciar el reencuentro y creo que esta manera es la más adecuada —insistió Julia.

Como ya estaba todo perdido, Sergio decidió perfeccionarle un poco más el plan:

—Muy adecuada, y si además le entregas al conserje una nota escrita de mi puño y letra, en cuanto Amelia la vea, le faltará tiempo para contactar contigo.

A Julia se le encendió la mirada y preguntó entusiasmada:

—¿Tú crees que reconocerá tu letra?

—Es inconfundible. No la entiendo ni yo. Entonces se imaginará que en algún momento tuve trato con tu supuesto abuelo y te abrirá las puertas de su casa.

—Estupendo. Saca del caos de mi bolso la cartera, coge una tarjeta de visita y escribe algo, por favor. Tengo un par de bolígrafos por ahí sueltos también.

A Sergio lo del bolso le pareció demasiado, una puerta a un universo que estaba siempre vetado a terceros:

—Los bolsos son algo tan íntimo que prefiero que lo hagas tú.

—No tengo inconveniente en que lo abras. Así acabamos antes.

Sergio cogió el bolso, lo abrió y se topó con pequeñas cajas y más cajas de

cartón:

—Yo aquí solo palpo cajitas...

—Son para la disfunción eréctil. Apártalas y sigue buscando...

Sergio no pudo evitar sonreír y luego, tras morderse los labios para no partirse de risa, replicó:

—Lamento que 71 tenga ese problema...

Julia pensó que su problema era mucho más grave: no lo hacían. Bueno, sí, lo hacían pero era cada tanto que ella lo percibía como si llevaran siglos sin hacerlo.

En cualquier caso, no era algo para hablarlo con el aviador. Por lo que repuso:

—Él está perfecto. Son fármacos del trabajo. Represento ese producto. Sigue buscando, por favor.

El semáforo se puso verde y Julia se dirigió hacia Alfonso XII donde a mitad de la calle y muy cerca de la casa de Amelia Minaya encontró un sitio libre.

Y en tanto que aparcaba, Sergio después de buscar y rebuscar, y sintiéndose fatal como si estuviera profanando algo sagrado, encontró la cartera, la abrió con los ojos entornados porque no quería ni mirar ni saber, sacó una tarjeta y escribió en la parte de atrás de la tarjeta: “Siempre estoy contigo”.

Después, guardó la cartera en el bolso, respiró hondo y con una nostalgia tremenda por regresar a la casa de sus padres y una pena incomprensible por separarse de Julia, musitó:

—Ya está.

Julia finalizó con la maniobra, echó el freno de mano y tras coger la tarjeta intentó leerla pero era imposible descifrar esos tres garabatos.

—¿Qué has puesto? *Dieje... Fleje... Estig... Ufan...* ¿Esto qué es? ¿Alemán? O un código secreto.

—Ya te digo que mi letra es rara... Le he escrito lo que le decía cada vez que me tenía que separar de ella: “Siempre estoy contigo”.

—¡Madre mía! Me llega esta nota y pienso que me está vacilando un minion.

—¿Y eso qué es?

—Un muñeco de animación. Olvídalo. El caso es que si tu hermana logra descifrar la nota, se va a emocionar muchísimo. Ha sido una idea estupenda. Y ahora —dijo muy seria— llega la hora de la verdad: deséame suerte...

Sergio se la deseó, ella salió del coche y se dirigió hasta el portal donde la vio entrar y al minuto salir con cara de circunstancias.

Luego subió otra vez al vehículo y le explicó a Sergio:

—Tu hermana ha ido a pasar el fin de semana fuera con un hijo. El conserje me ha dicho que le entregará la tarjeta en cuanto la vea. Así que tú me dirás ¿ahora qué hacemos contigo?

Sergio solo sabía que al escuchar esas palabras sintió una extraña felicidad...

Capítulo 10

Y cuanto a Julia qué iba a hacer con el aviador: pues llevárselo de vuelta a casa...

No era tan cabrona como para dejarlo abandonado en mitad del Retiro, sin dinero, ni nada.

Claro que seguro que no le iban a faltar candidatas para socorrerle, como la tía del 4x4 que acababa de situarse junto a ellos, en el semáforo, y que no solo no hacía más que ponerle caritas a Sergio, sino que al final le había acabado saludando con la mano.

—¡Qué chica más simpática! —exclamó Sergio, devolviéndole el saludo.

—Sí, un montón —replicó Julia de mala gana.

Y no sabía bien por qué, porque total a ella qué más le daba que le pusieran morritos al aviador.

Sergio en cambio lo acachó a que estaba enfadada debido a que le iba a tocar acogerle durante un par de días más. Por lo que dijo:

—Te agradezco que me lleves a tu casa, pero si es mucho inconveniente de verdad que puedo apañarme. Son solo dos días...

—¿Cómo vas a pasarte dos días en la calle? A partir de mañana bajan mucho las temperaturas. Quédate en casa y ya está.

—Espero no estropearle ningún plan con 71.

Julia resopló porque eso sí que estaba difícil:

—Este fin de semana no vamos a quedar.

—Ah. Yo pensaba que a lo mejor se pasaba por tu casa, en los ratos libres que le dejara el resfriado de su abuela.

Julia pensó que eso sería lo lógico pero con 71 era todo imprevisible:

—Él vive en Majadahonda y está muy ocupado. Aparte de su trabajo

absorbente, tiene tres hijas, vive con su madre, su abuela, su ex y cinco mascotas.

—¡Caray!

—Nos vemos cuando podemos...

—Ya. Es lo que tiene la gente mayor, tiene muchas más responsabilidades.

Julia le miró con el ceño fruncido por un segundo y luego replicó mosqueada:

—71 no es mayor.

—Tiene 47 años.

—Los cumple a finales de diciembre, pero tiene una edad estupenda. Eso hoy es plena juventud. Mira tu hermana que casi tiene 100 y está como una rosa.

—Bueno, quiero decir maduro. Te saca lo menos 20 años...

—Tengo 31. Pero no se nota para nada la diferencia de edad.

Sergio no pudo evitar echarse a reír y luego decir:

—No, qué va, él solo tiene una ex, tres hijas, una madre, una abuela, etcétera, etcétera... Pero respeto que te gusten los mayores...

Julia bufó, se detuvo en un semáforo, lo miró muy seria y le aclaró:

—Me enamoro de las personas, me da igual la edad, el peso, la estatura, el color de la piel...

Sergio sonrió otra vez, porque bien estaba saberlo... Además, para que se relajara un poco, bromeó:

—Si yo te lo decía porque si te gustan mayores, a mí seguro que no me gana ninguno. Ya sabes, soy de 1905. Si quieres puedes llamarme así, 1905, o 05 para abreviar.

Julia no pudo evitar reírse y, tras arrancar otra vez, replicó:

—Prefiero Sergio, si no te importa, porque al final voy a acabar haciéndome un lío tremendo con los números.

—Pues también es verdad. Y una pregunta: ¿puedo hacerla?

—Sí, claro.

La verdad era que Sergio no solía importarle nada la vida sentimental de los demás, pero con Julia: era diferente.

Le había despertado un súbito interés por saber sí:

—¿Cuando te cases irás a vivir con las hijas, la suegra, la abuela, la ex y las mascotas?

Julia puso cara de pasmo total y replicó:

—¿Casarme?

—¿Ya no se casa nadie?

—Sí, todavía se casan. Pero yo no creo. Y menos con 71. Desde luego que no me veo con todas ellas. Y además acabarían odiándome...

—¿Y eso?

—No sé, son suposiciones mías. No las conozco. Solo llevo un año con él. Y de momento, ni saben de mi existencia. Es que 71 dice que no lo encajarían del todo bien, por lo visto las hijas siguen fantaseando con la idea de que los padres vuelvan a juntarse. Y la madre de 71 y su abuela igual.

Sergio pensó que menudo folletín ya solo faltaba que:

—¿Y la ex sigue enamorada de él?

—No. Se divorciaron porque se lió con un cliente que también tiene una vida complicada. Pero se aman y soportan alegremente lo de vivir separados y demás.

—¿Y tú? ¿Lo llevas bien?

Julia era muy reservada para sus asuntos sentimentales, pero como el lunes iba a perder de vista para siempre a ese tío, se sinceró:

—A ver, yo es que tenía un novio de toda la vida, lo dejé con él porque me enamoré de 71 y me fui a vivir sola. Pero nada, la soledad me duró quince días porque acogí a Amante Bandido, mes y medio después llegó Gonzalo: le

dejó su novio de improviso, se hundió y se mudó a vivir conmigo, ya que es prácticamente imposible suicidarse en mi casa. Y luego al poco vino mi hermana que también lo ha dejado con su pareja y con ella, también se instaló mi sobrino. Total, que estoy siempre con gente y estoy muy bien así. Además, lo de convivir en pareja creo que está sobrevalorado. Es más, lo que destruye el amor es precisamente la convivencia y esas peleas absurdas por el orden, la limpieza o si hacemos coliflor para cenar.

Sergio sintió hacer de abogado del diablo, pero es que la pregunta le quemaba en los labios:

—¿Pero qué futuro tienes con 71?

—¿Futuro?

—Sí, las parejas en mi tiempo hacen planes de futuro, tienen proyectos y demás...

—Vivo al día. El futuro no sé. Quién lo sabe. Mira lo que te ha pasado a ti. Amaneciste en 1932 y por un maldito fallo del sistema estás ahora aquí, en mitad de esta gente que solo está ansiosa de compras y más compras —dijo mientras subían por la calle Goya.

—¡Y qué bonito está todo! Me encanta —comentó Sergio, fascinado—. Y volviendo al tema: lo que me ha pasado es algo excepcional. Lo normal es hacer planes.

—Como el plan perfecto que tenía para ti y que se nos ha estropeado por completo ¿no? Nada. Lo mejor es vivir el momento.

Ahora bien, pensó Julia ¿qué malditos momentos tenía con 71 si no le veía el pelo?

Obviamente, no hizo comentario alguno al respecto con Sergio que replicó:

—Pero realmente tu plan no se ha estropeado...

Julia le miró de refilón y le preguntó:

—¿Ah no?

—Has dejado la tarjeta de visita y yo voy a tener la fortuna de pasar un poco más de tiempo contigo.

Julia bufó y tras encogerse de hombros replicó:

—A ti es que todo te viene bien: que te queda estrecho un pantalón, pues te lo pones de bufanda.

—A lo que me refiero es a que tengo mucha suerte de que la primera persona con la que me haya encontrado en el siglo XXI sea alguien tan especial.

—Pero no soy especial, ahora hay todo tipo de familias, esto de vivir con un amigo, una hermana, un sobrino y un gato golfo es de lo más habitual.

—No lo digo por el modelo de familia, lo digo por ti. Tú me pareces muy especial.

Julia tuvo que detenerse en el semáforo en rojo de Manuel Becerra y, tras negar con la cabeza, aseguró:

—Soy como todo el mundo. Quiero decir que todos tenemos nuestras rarezas, nuestros defectos, nuestras virtudes. No sé.

—Yo sí sé. Es como cuando descubres un lugar maravilloso, que no se parece a nada que hayas visto antes y dices: “aquí no me importaría quedarme”. Pues tú eres así de especial.

Julia se echó a reír y luego replicó sin darle ninguna importancia:

—Mi abuelo Marcelino era tan zalamero y tan mentiroso como tú. Seguro que es cosa de vuestro tiempo, ahora somos de otra manera. Ahora siempre decimos la verdad.

Sergio se puso muy serio y confesó mirándola con esos impresionantes ojos azules:

—Yo debo ser más de este tiempo que del XX porque te juro que digo la verdad...

Capítulo 11

Julia decidió pasar por alto lo de que era especial para ese tío, porque iba a empezar a comerse la cabeza y no era plan.

Además bien pensado tampoco pasaba nada si era especial para él.

A ella también le parecían especiales muchísimas cosas: como que de repente sonara su canción favorita, que le saliera al paso el libro que necesitaba leer en ese momento o que lloviera justo el día que acababa de comprarse unas botas de agua.

Todas esas cosas eran muy mágicas, y tal vez para Sergio ella fuera como todo eso que no se espera y que por un rato te hace feliz.

Mágica y ya está, sin más consecuencias.

Así que decidió que lo mejor era no darle ninguna importancia, a pesar de que Gonzalo no ayudaba para nada.

Porque cuando entraron en casa otra vez, a su amigo se le iluminaron los ojos y le soltó lleno de curiosidad:

—Dime que ha pasado algo en el camino. Dímelo ya, por favor.

Antes de que la imaginación de su amigo se desatara, Julia le frenó en seco:

—Su hermana va a pasar el fin de semana fuera de casa, así que tendrá que quedarse con nosotros hasta el lunes.

Gonzalo agitó los puños al aire, le guiñó el ojo a su amiga y gritó:

—¡Genial! Así os venís a la quedada de *cosplayers* de Disney de esta noche en el hotel Convención. Es cena y karaoke. A Sergio le va a encantar.

Julia le miró sin dar crédito y le recordó por si lo había olvidado:

—¡No podemos estar paseando por la ciudad a Sergio! Es muy arriesgado...

—¿Quién le va a parar disfrazado de príncipe Felipe? —replicó Gonzalo convencido de la genialidad de su propuesta.

—¿Cómo que de príncipe Felipe? ¿No estarás pensando en llevarlo disfrazado?

—Con el traje que le compré a Rodolfo, los dos son de la misma talla. Y tú vas con el tuyo de princesa Aurora.

Julia se había comprado el vestido de la princesa Aurora de *La Bella Durmiente* para acompañar a su amigo a los eventos de *cosplayers* de Disney, pero de ninguna manera pensaba ponérselo para ir a la quedada con Sergio.

—Es una idea de lo más absurda. Paso —afirmó Julia.

—No seas sosa. Enróllate. No vas a tener a este pobre hombre todo el día encerrado en casa.

Sergio, que con tal de estar junto a Julia le daba todo lo mismo, dijo:

—Por mí no te preocupes, yo estoy bien en casa... Me adapto a todo.

—Y yo me quedaría haciéndote compañía pero es que soy uno los organizadores del evento —le explicó Gonzalo—. Pertenezco a una asociación que hace reuniones de personas que se disfrazan, aunque detesto la palabra porque no es un disfraz es más una actitud, de personajes de Disney.

—¿Disney el de el Ratón Mickey? —preguntó Sergio mientras ayudaba a Julia a quitarse su abrigo.

—Ese, después del ratón hizo muchísimas cosas más, entre otras películas de dibujos animados. Mi favorito es el príncipe Eric de *La Sirenita* porque es el príncipe más de gay de todos. Tú no los conoces, pero es uno que lleva las dejas depiladas con hilo como yo. Me fascina el universo Disney y desde luego que me salvó cuando Rodolfo me dejó, mis únicas salidas eran para las quedadas a las que iba arrastrado por Julia que es tan buena amiga que para no dejarme solo, se compró un traje de princesa Aurora en el AliExpress. ¡Y qué traje! Parecía un chicle de fresa gigante babeado por un brontosaurio, si bien

después de llevarlo a arreglar ha quedado divino. Y no es porque sea mi amiga, pero te garantizo que es la mismísima princesa Aurora.

Julia después de pelearse con una manga del abrigo que se negaba a salir, dio las gracias a Sergio por la gentileza de su ayuda y él le devolvió la sonrisa.

Y qué sonrisa.

—Gracias —susurró, sin que él dejara de mirarla.

—¿Eres la Bella Durmiente? —preguntó él, acercándose un poco más a Julia.

Y entonces, ella pudo olerle otra vez... Qué cabrón... Y encima olía de esa manera... Qué suplicio más grande, pensó. Luego tragó saliva y preguntó porque no tenía ni idea de lo que estaba hablando:

—¿Qué?

—Que si eres la princesa Aurora, de *La Bella Durmiente*, como en el ballet de Chaikovski.

—Ah sí... Sí... Esa princesa...

—Me encanta ese ballet, no tendría ningún inconveniente en hacer de príncipe —comentó Sergio.

Y tampoco de besarla, pero se calló y se limitó a quitarse la cazadora de aviador...

—Pues no te cuento cómo te quedaría a ti el traje de príncipe Felipe, el de Disney se llama Felipe, lo compré en un sitio buenísimo, con materiales de primera calidad, pero el muy cerdo de Ramiro nunca llegó a estrenarlo. Supongo que porque el traje te estaba esperando a ti —le dijo Gonzalo a Sergio con los ojos brillantes de expectación.

—No tengo inconveniente en ponérmelo —aseguró Sergio encogiéndose de hombros.

—Y actitud tienes para dar y tomar. Menudo fachón tienes de príncipe —

comentó Gonzalo mirándole de arriba abajo—. Julia, tenéis que venir: vais a hacer un parejón total.

—No insistas, que no. Es un riesgo innecesario —se negó Julia una vez más.

—Bueno, pues haceros la fiesta en casa: como vais a quedaros solitos — propuso Gonzalo, que sabía muy bien lo que buscaba provocar.

Porque Julia solo de pensar que iba a tener que quedarse unas cuantas horas a solas con el aviador, se puso tan nerviosa que preguntó:

—¿De verdad que esa quedada es tan importante? No creo que pase nada porque faltes.

—Soy el maestro de ceremonias, no le puedo pasar el marrón a Bea con la fobia que le tiene a los micrófonos.

—¿Y qué necesidad tiene de hablar? Es una cena y un karaoke.

—Hay que decir unas palabritas, dar paso a las canciones, tú sabes de qué va esto.

—Ya —dijo Julia sin saber qué hacer.

Sin embargo, para Gonzalo solo había una opción posible:

—Tenéis que venir, vamos derechos al *parking* del hotel y de allí a la fiesta.

—¿Y quién decimos que es Sergio?

—Un amigo que hacía tiempo que no veíamos: piloto, ingeniero galletero... ¿Qué problema hay con eso? —preguntó Gonzalo en tanto que Julia pensaba justo al revés: que todo eran problemas.

—Y cuando empiece a hablar como mi abuelo Marcelino ¿qué hacemos? Por no hablar de que no sabe nada de nada de Disney. Imagina el número: todos cantando y él callado. ¿No les parecerá raro que haya un ser en el planeta que no se sepa la letra de *Se oye una canción*?

—Nuestros amigos son tan *frikis* como nosotros. No se extrañan de nada. Y en cuanto a las canciones, de aquí a las nueve de la noche le ponemos al día.

—Me gusta la música. Toco el piano. Puedo aprenderme un repertorio en

una tarde —habló Sergio para asombro de los otros dos.

—¿Has escuchado, Julia? Que te toca también el piano. Y encima seguro que canta hasta bien. Mira, tú canción sería la de *La Bella Durmiente*, ésta seguro que tenéis que cantarla, pero va a ser fácil porque es la música de Chaikovski y la letra es muy sencilla.

Gonzalo buscó el video en YouTube de la canción y Sergio solo tuvo que escucharla un par de veces, para después acercarse a Julia, cogerla por la cintura y ponerse a cantar con un vozarrón y perfectamente afinado:

—*Eres tú el dulce ideal que yo soñeeeeeeeeé...*

Gonzalo estupefacto dijo muerto de risa:

—Qué voz. Tío eres la caña, ¿hay algo que hagas mal?

—Casi todo —replicó Sergio quitándole importancia—. Todo lo hago a la remanguillé.

—A la remanguillé ¿ves? Si es que le sale el abuelo a cada segundo...

—Pues mira, con lo que te gustan a ti los mayorcitos... —comentó Gonzalo, con guasa.

Julia le fulminó con la mirada, mientras Sergio le pedía:

—¿Tendrías la amabilidad de darme la mano?

Julia puso una cara de espanto tremenda y contestó:

—¿Mi mano para qué?

—Para el vals, como en la película. Tenemos que hacerlo bien. Lo bien hecho, bien parece —respondió con una de sus sonrisas matadoras.

Julia resopló, pensó que qué había hecho para merecer aquello, pero ya no había remedio.

Y sobre todo ella era fuerte.

Muy fuerte....

Así que resignada, le dio la mano y él la estrechó más contra él en tanto que ella decía:

—No sé bailar un vals, ni nada realmente. No bailo. No canto. No...

No nada, porque no iba a pasar nada por muy buenorro que estuviera ese tío, por muy bien que oliera, por muy bien que cantara y por muy bien que nada...

Porque no iba a pasar nada, se repitió.

Y justo en ese instante, él le susurró al oído:

—Déjate llevar, solo déjate llevar...

Y Sergio comenzó a bailar el vals con ella por el minisalón mientras cantaba:

—*Al mirarte así el fuego encendió mi corazoooooooooooooón....*

Capítulo 12

Julia conducía de camino a la fiesta con el príncipe Felipe al lado y el príncipe Eric detrás, mientras la gente los saludaba encantados desde las aceras y los otros vehículos.

—¡Menudo cante estamos dando! Y eso que lo que queremos es pasar desapercibidos —comentó Julia tras detenerse en un semáforo y saludar con la mano a las niñas que estaban sentadas en los asientos traseros del coche de al lado.

—¡Somos personajes Disney! ¿Quién se va a imaginar que vamos con un pedazo de viajero en el tiempo? —replicó Gonzalo arqueando una ceja para su público a lo príncipe Eric.

—Va estar todo bien, Julia. Tranquila —le dijo el príncipe Felipe, apretándole la mano que tenía sobre la palanca de cambios.

Julia se quedó mirando esa mano enorme, fuerte y ancha, que le había provocado un súbito y tonto y absurdo y más que ridículo estremecimiento y replicó muy seria:

—Más nos vale, por la cuenta que te tiene. Y ahora ¿te importaría devolverme la mano? La necesito para conducir....

Sergio que se había metido demasiado en el papel de príncipe, retiró rápido la mano y luego se excusó:

—Perdona solo quería reconfortarte de alguna manera y decirte que estés tranquila, que todo va a salir bien.

—Tú reconfórtala, que la pobre lo necesita... —comentó Gonzalo muerto de risa.

Julia miró por el espejo con una cara de enojo tremenda a Gonzalo que

seguía doblado de la risa, pero no pudo replicarle nada porque en ese instante le entró una videollamada de 71.

—Tengo que cogerlo, aunque vaya de mamarracha vestida, tengo que cogerlo —se lamentó mientras paraba el vehículo.

—Pues yo no se lo cogía. No sé cómo no te hartas de estar siempre disponible para él —le dijo Gonzalo.

—Llama cuando puede, y ahora calladitos por favor.

—Sí, mejor que no sepa que estoy aquí porque iba a decirle cuatro cosas muy bien dichas —replicó Gonzalo mudándose al asiento contiguo para no salir en pantalla.

—¡Madre mía y yo con estos tirabuzones horteros que 71 detesta! —farfulló Julia, peinándose nerviosa el pelo con las manos.

—Te quedan muy bien. Estás bellísima —opinó Sergio, gentil.

—¡Ay Dios, tú siempre como el abuelo Marcelino! Y ahora silencio, por favor.

Julia respondió a la videollamada y ahí estaba 71 en el jardín de su casa, iluminado por un foco de suelo.

—Ahí le tienes, tu Lord Voldermort, tu señor Oscuro peinado con la raya al lado —susurró Gonzalo desde atrás, conteniendo la risa.

—Jules —le saludó 71 levantando una mano.

—Qué tío más ridículo, por favor. ¿Por qué coño te llama *Yuls*? —cuchicheó Gonzalo que no había manera de que se callara.

—¿Qué tal? Qué sorpresa. No pensé que fueras a llamarme...

—Me he escapado un momento, estamos jugando al Risk. Me aburre soberanamente porque el juego tiene un problema de diseño y en cuanto conoces los trucos ganas con facilidad, pero a las niñas les encanta.

—Qué bien. ¿Y tu abuela?

—Tiene un trancazo tremendo, pero mejor gracias a Dios. ¿Y tú dónde

andas? ¿Otra vez de acompañante del insustancial de tu amigo?

—Uy, pásame el teléfono que le tengo unas ganas —masculló Gonzalo.

Julia le fulminó con la mirada para que se callara de una vez y luego dijo:

—Tiene una quedada en el hotel Convención y como yo no tenía nada que hacer —se justificó.

—Jules, por favor, tienes miles de buenos libros, buenas películas, buenas exposiciones. No pierdas tu tiempo en esas cosas que no te aportan nada. ¿No te sientes ridícula yendo vestida de princesita como si tuvieras tres años? Yo es que de verdad que no entiendo estas aficiones...

—Arrrrrrrrrrrrrrrrrrrrggggggggggggggg —gruñó Gonzalo—. ¿Y él no se siente ridículo con esos suéteres de color cagada de mono con diarrea? No le soporto. Es que mira que me esfuerzo por contenerme pero es que...

—¿Qué es eso que suena? —preguntó 71.

—La radio. Ya la apago...

—No hace falta: yo me voy. Solo pasaba a saludarte y a desearte que disfrutes lo que queda el fin de semana. Aunque viendo cuál es tu plan, me temo que va a ser poco provechoso. Tú sabrás lo que haces con tu valioso tiempo. —Luego miró alrededor a ver si alguien podía escucharle y añadió—: El jueves almuerzo con un cliente en el restaurante Palacio de Cibeles, haz un esfuerquito y nos vemos a la salida un rato. Te pienso a cada instante. Adiós.

Julia colgó y Gonzalo soltó con un cabreo tremendo:

—Hala. Adiós. ¡Que te vayan dando, majo!

Julia arrancó otra vez y tras resoplar de los nervios que había pasado, le reprochó a su amigo:

—¡Qué mal rato me has hecho pasar! Yo no sé por qué te enervas tanto si ya sabes cómo es: no entiende lo del *cosplay*.

—No lo respeta. No respeta nada. Ni al *cosplay*, ni a tus amigos, tus decisiones, ni tu tiempo, ni nada de nada —le recordó Gonzalo.

—No empieces otra vez con eso, que me aburre...

—El que aburre es él.

—Me ha llamado, es con lo que me quedo.

—¡Oh sí! Te ha dedicado un minuto de su valioso tiempo, ¡qué generoso de verdad! Y además te piensa... —recordó Gonzalo imitando la voz grave de 71 —. ¡Ya con eso te alimentas tres meses! Ah no, que el jueves vas a tener que chuparte un atascazo tremendo y quedarte sin comer para encontrarte con él cinco minutos a la salida de su almuerzo importante. ¡Menudo chollo tiene contigo!

—¡Déjalo ya, por favor! Esta conversación tiene que estar resultándole soporífera a nuestro invitado.

Y decidió no decir nada más porque no le apetecía hablar de 71 delante de Sergio.

Es más, aunque Gonzalo tuviera razón en casi todo, ella poco podía hacer, estaba enamorada. Joder. ¿Tan difícil era entenderlo?

Estaba de acuerdo en que 71 era un estirado y un petardo, en que tenía una vida complicadísima, y que era una lata cada vez que le proponía esos encuentros a salta de mata en los que siempre era ella la que tenía que hacer los esfuerzitos.

Pero es que no había otra...

La vida de 71 era así y ella lo había aceptado desde el principio.

Y a todo esto, Sergio que estaba como Gonzalo igualmente indignado con 71, replicó:

—Estoy bien, lo que lamento es que 71 te haya hecho pasar un mal rato.

—No te equivoques, el que me lo ha hecho pasar mal es Gonzalo.

Sergio negó con la cabeza y explicó:

—A mí me ha parecido un mentiroso, engreído, soberbio, altanero...

Sergio podía haber seguido con los adjetivos porque ese tío le había caído

fatal, pero por respeto a su anfitriona decidió callarse.

—A ver, lo de engreído lo puedo entender porque 71 habla con tanta vehemencia que puede dar la impresión de ser un presuntuoso. Pero no lo es... Como tampoco es mentiroso. 71 detesta la mentira por encima de todo. Así que no sé en qué te basas para decir que lo es.

Sergio lamentó ser tan sincero, porque sabía que a Julia no le iba a gustar si bien tenía que decir la verdad. Porque él sí que no era un mentiroso. Por eso repuso:

—Porque si te pensara a cada instante, haría los esfuerzitos que bien que te exige a ti y habría hecho de todo por verte. Aunque fuera un segundo...

Julia dio un manotazo al aire, resopló y musitó:

—No puede. Está atado de pies y manos, tiene demasiadas cosas encima.

—Sergio lo ha dicho muy bien, tiene encima kilos de soberbia, de vanidad, de egoísmo, de cara dura... —apuntó Gonzalo.

—Es muy fácil juzgar, Gonzalo. Me gustaría verte en sus zapatos.

—A mí no me desees ese mal. Solo me faltaba ponerme en los zapatos de ese tío cretino. Yo ya lo único que espero es que despiertes...

—Sí, claro, ¡con un beso! —ironizó Julia.

—Yo si quieres te lo doy —se ofreció Sergio, diciéndolo completamente en serio.

Capítulo 13

Julia se tomó lo de la propuesta como una broma y no volvió a acordarse de lo del beso, hasta que después de la cena que duró unas tres horas, comenzó el karaoke y tras unas cuantas actuaciones les tocó el turno.

La princesa Aurora acudió al escenario enganchada del brazo del príncipe Felipe, empezó a sonar la música y ella se arrancó a cantar dándolo todo, todo lo que puede dar una persona a la que no le han concedido el don del canto.

El caso es que después de unos cuantos berridos y desafines, todos encantadores, por supuesto, le dio la réplica a Sergio que no solo lo clavó cantando, sino que agarró de la cintura a su princesa y se marcó un baile que hizo que todos los *cosplayers* rompieran en aplausos.

Pero lo mejor, o lo peor, según se mire, vino después cuando al acabar la canción, todos comenzaron a corear al estilo boda:

—¡Que se besen! ¡Que se besen!

Julia hizo una reverencia de princesa al público, pensando que con eso se contentarían, pero no. Allí que seguían todos pidiendo el beso...

—Nos debemos al público —le cuchicheó Sergio al oído.

—¡Yo no! —replicó Julia.

—¿Cómo que no? ¿No los escuchas? Es lo que esperan de nuestros personajes...

Julia sabía que tenía razón, los *cosplayers* eran tan plastas que no iban a parar hasta que se besaran, así que le pidió a su príncipe:

—Venga, uno rapidito...

Sergio sonrió, le cogió por la cintura, la estrechó contra él y besó suave los labios de Julia, en tanto que esta cerraba los ojos con fuerza.

Fue un beso pequeñísimo, posiblemente el beso más efímero y fugaz que le habían dado a Julia en su vida. Pero...

¿No le estaban temblando las rodillas como una mema?

Y por si no tuviera suficiente, después de ese beso, Sergio se apartó un poco, lo justo para que sus labios aún se rozaran y susurró:

—Ya está. No ha sido para tanto... ¿No te parece?

Sergio estaba mintiendo porque para él ese beso le estaba haciendo rugir el corazón, pero como no quería que la princesa saliera corriendo, prefirió fingir que ahí no pasaba nada.

Pero pasaba...

Porque Julia abrió los ojos y le entraron unas ganas tan estúpidas como incomprensibles de que ese tío la volviera a estrechar contra él y le pegara un beso de los buenos.

Claro que al momento achacó las ganas a que se le había subido demasiado el personaje a la cabeza.

Tenía que ser por eso, pensó Julia; mientras Gonzalo empezó a gritar:

—¡Otro, otro, otro!

Y todos los demás *cosplayers* se unieron a su petición, a grito pelado...

—El público pide más... —le dijo Sergio, apartándose un poco de ella.

Julia le miró a los labios, a esa boca que era una auténtica tentación, y susurró loca por besarlo otra vez:

—Vamos a tener que repetir.

—Por mí encantado... —musitó Sergio y después sonrió. Una sonrisa de esas que derriten a las piedras.

Por qué a ella, pensó Julia, por qué...

—¡Beso, beso, beso, beso! —empezó a corear Gonzalo que estaba muerto de risa.

Entre que Julia quería otro beso y que conocía a su amigo tanto que sabía

que no iba a parar hasta que volvieran a besarse, decidió que lo mejor era pedirle a Sergio:

—¡Mira, bésame... y ya está!

Sergio volvió a estrecharla contra él, la besó de nuevo en los labios y entonces Gonzalo empezó a jalearse:

—¡Con lengua, con lengua, con lengua!

Julia sintió una vergüenza tremenda, si bien con tal de que su amigo se callara de una vez y sobre todo porque se moría de ganas, le pidió a su príncipe con los labios pegados a los de él:

—¡Méteme la lengua! Métemela hasta el fondo a ver si el pesado de mi amigo se calla de una vez.

Sergio excitado como no recordaba en su vida ante semejante petición, tan duro que a Julia se le estaba clavando la erección, solo pudo obedecer, volvió a besar los labios de la princesa que esta vez los entreabrió y él, solícito, entró con todo...

Julia le agarró el cuello con las manos y dejó que profundizara en el beso, que las lenguas se encontraran, se enroscaran, se lamieran, se volvieran locas de remate y que ellos al fin se quedaran sin aliento.

Cómo no sería el beso que los *cosplayers* empezaron aplaudir a rabiar gritando: “bravo” y ellos dos se quedaron mirándose sin decir nada, porque no hacía falta.

El beso lo había dicho todo...

Luego se volvieron a la mesa donde Gonzalo los felicitó entusiasmado:

—¡Ha sido la mejor actuación de la noche! ¡Sois muy grandes, tíos! Muy grandes...

Julia sería muy grande, pero se sentía tan mareada que decidió irse al cuarto de baño a ponerse un poco de agua fría en el cogote, a ver si así lograba encontrarse un poco mejor.

Y es que el beso había sido demasiado, tanto que en su vida le habían pegado un morreo semejante.

Vamos, que había tenido que venir un tío de la época del abuelo Marcelino para ponerla en órbita.

Qué beso, madre mía, pensó... ¿Pero cómo podía besar así?

Es que besos así, tendrían que estar hasta prohibidos, pensaba mientras vertía el chorro de agua fría en las muñecas y luego en la nuca.

—Has venido a refrescarte. No me extraña, tía. No me extraña. Si es que hasta habrás orgasmado con el pedazo de beso.

Era la voz inconfundible de Blancanieves, o sea de Bea, con su tono grave y rasposo, que justo en ese instante entró en el cuarto de baño.

—El beso, sí, bueno, un beso... Nada... Lo normal... —mintió Julia como una bellaca.

—¿Lo has dejado con 71 o te has venido a mi bando? —preguntó Bea, mientras buscaba en el bolso la barra de labios.

Y aludía a lo del bando porque Bea era una poliamorosa que vivía en trío con María y con Javi que también eran *cosplayers*, una era la princesa Frozen y el otro el príncipe Florián...

—No, qué va...

Luego, Julia solo de imaginarse a Sergio y ella viviendo con 71, más la abuela, la madre, la ex, las nenas, las perras y las gatas, le entró un ataque de risa tremendo.

Bea esbozó una sonrisita pícaro, mientras se retocaba el maquillaje y exclamó:

—¡Uy, uy, uy, qué contenta te tiene tu amigo, maja! ¡Cuánto me alegro de que lo hayas dejado con el cabrón ese!

—¿Con 71?

—Sí, el tío ese que siempre te tiene de segundo plato. Ya sabes que yo

llamo al culo, culo y a la po...

Julia conocía a Bea desde que llevaba acudiendo a las reuniones de *cosplayers* con Gonzalo y estaba al tanto de su relación.

—Ya, sí, lo sé... Lo sé... Pues sigo con él...

Bea se quedó con la barra de labios en alto y replicó alucinada:

—¿Y por qué le has comido al príncipe Felipe la boca con tantas ansias que por poco no se le rompen los pantalones?

—Porque lo habéis pedido vosotros. Nos habéis jaleado tanto que al final nos hemos puesto mano a la obra...

Bea volvió a retocarse los labios y mirándola a través del espejo le dijo:

—Tía, a mí no me engañas, a ti te pone el príncipe Felipe y si dices que sigues con el otro...

—No me propongas lo del poliamor, porque no... Sé que a ti te va genial, pero lo que es a mí es que...

—No te iba a plantear eso, sino que mandes de una vez a la mierda a 71, que es un pufo de tío.

Julia suspiró, se encogió de hombros y luego reconoció:

—Es un desastre, pero lo quiero.

—Lo quieres, pero te acabas de morrear con otro y no te va el poliamor. Pues tú misma, tía... Yo no voy a decir nada más.

—Es que no hay más que decir, lo del beso ha sido puro teatro. Coherencia de guión, solamente.

Bea guardó la barra de labios en el bolso y luego concluyó:

—Pues te digo yo que en ese beso había más verdad, que en todos los besos que hayas podido darte con el otro.

—Pero si no me has visto nunca con 71.

—Por eso, porque no está nunca, sé que jamás podrá besarte como lo ha hecho este tío. ¿No ves que es un cobarde? Los cobardes no saben besar. Este

sí. Este tiene lo que hay que tener. ¡Y bien grande! Uf, te vas a enterar, Juli. ¡Te vas a enterar!

Capítulo 14

Julia salió del cuarto de baño casi peor de lo que había entrado, pero decidió no pensar en ello porque iba a acabar con la cabeza como un bombo.

Además ella no quería enterarse de nada, quería seguir como estaba y así iba a ser, porque el lunes Sergio se reuniría con los suyos y no volvería a saber nunca más de él, por mucho que tuviera lo que hay que tener. ¡Y bien grande!

Con esa convicción entró de nuevo en el salón donde precisamente Sergio le estaba esperando con una tónica en una mano y en la otra un whisky:

—Es la Nordic Mist Blue, es la que he visto que tenías en tu casa...

Julia había comprado un montón de esas tónicas porque estaban de oferta, tres a un euro en el supermercado.

—Muchas gracias. Y vaya sí que te fijas en los pequeños detalles —dijo Julia, asombrada, cogiendo la bebida que él le tendía.

Sergio se fijaba en todo lo que tuviera que ver con ella, pero en su lugar repuso encogiéndose de hombros:

—Tengo algo de memoria visual.

—¿Algo? ¡Madre mía, me parece increíble! —replicó Julia, dando un sorbo a la bebida.

—Tú sí que eres increíble —repuso él y Julia por poco no se atraganta.

Pero con todo, disimuló y hasta le dio por bromear:

—Lo dices por lo bien que canto.

Sergio dio un sorbo a su whisky y habló categórico:

—Lo digo por lo bien que besas. En mi vida me han besado así...

Julia estaba tan nerviosa que le dio por partirse de risa, porque entre otras

cosas no se creía nada de lo que estaba diciendo.

—Jajajajaja. El que besas bien eres tú.

—Lo digo completamente serio, tu beso me ha dejado fuera de combate.

—El tuyo más. Lo reconozco. Tu beso se ha colocado en el top 1 de mis mejores besos, sin que eso signifique nada por supuesto —aclaró rauda y veloz, porque no quería confundirle.

—Ya, ya, tú corazón está con 71 —le recordó Sergio, colocándose bien su sombrerito de príncipe Felipe.

—Y mi mente... Todo —mintió y para que no se notara mucho dio un sorbo a su bebida.

A Sergio ese gesto le encantó, significaba tanto que decidió replicar:

—Has bajado la vista, a lo mejor la chica que dice siempre la verdad, miente muy de vez en cuando...

—Vale, me has pillado, pero es que soy tímida y me estresan muchísimo los karaokes. Por eso, no he tenido tiempo durante este rato de pensar en él —se justificó Julia.

—Brindemos por este rato entonces —propuso Sergio, alzando su whisky.

Julia no pudo evitar sonreír y luego le reprendió:

—No seas malo. No pienso brindar por eso.

—Por nosotros, entonces.

A Julia le sonó tan intimidante ese nosotros que se vio en la necesidad de aclarar:

—Por nosotros en calidad de que somos dos casi desconocidos en una quedada de *cosplayers* donde...

—Todo puede pasar —le interrumpió él.

—Tampoco te vengas arriba, no va a pasar nada que no termine contigo durmiendo en el salón.

—Lo sé, pero me gusta soñar con imposibles. ¿Puedo?

—Sí, claro, soñar es bonito. Aunque te advierto que con los desconocidos es todo muy fácil —le recordó Julia, en un evidente afán de aguarle la fiesta.

—¿Lo dices porque es fácil gustar a quien apenas sabe nada de ti?

—Con los desconocidos damos nuestra mejor cara, nos mostramos amables, confiables, generosos, dispuestos; así que no hay decepción posible, ni frustración, ni resentimiento.

Sergio asintió y concluyó loco por volverla a besar:

—Solo conocemos a alguien cuando nos decepciona.

—Exacto.

Sergio sabía perfectamente lo que quería decir, pero también lo que estaba sintiendo. Así que se dejó llevar, como en el vals:

—Yo solo sé que me gusta lo que veo y lo que no veo también...

A Julia también le gustaba lo que veía, un tío que estaba buenísimo, con tremendos ojos azules y una sonrisa que era para quedarse sin aliento. Además, sabía lo que quería, ni perdía el tiempo, ni tenía miedo. Eso a ella le encantaba pero no era el momento. Tal vez había llegado demasiado tarde o demasiado pronto. Quién sabía... Pero no era el momento... Por eso, negó con la cabeza y dijo:

—Ahora no puede ser. Tal vez en otro lugar, en otro tiempo...

Sergio dio un sorbo a su whisky y dijo un lacónico:

—Ya.

—Y bien pensado es que tú no tenías que estar aquí.

—No me repitas lo del fallo del sistema, por favor.

—¿Por qué? Si es la pura verdad.

Sergio pensó que pudiera ser que lo fuera, pero gracias a ese fallo se había dado cuenta de algo:

—¿Y si fuera así: qué tendría de peculiar? La gente se enamora todos los días en lugares y horas donde no deberían estar, sucede y poco se puede hacer.

Julia lo entendía todo, pero había algo que no podía ser:

—Pero tú no puedes estar enamorándote de mí...

—Es más que eso, por el maldito fallo del sistema he descubierto que por primera vez estoy preparado para amar.

Julia tragó saliva y pensó que como ese tío siguiera así, se lo iba a poner muy difícil. Pero con todo, se armó de valor, y se atrevió a preguntar:

—¿Y eso?

—Sé que vengo de donde vengo, sé que caí aquí por casualidad, que somos dos desconocidos, que existe 71, pero estoy sintiendo cosas que van más allá de la atracción. Quiero decir que solo tengo que mirarte para saber que podría amarte sin esperar nada, ni que me entregues esto o aquello, ni me entiendas, ni que hagas absolutamente nada por mí. Amar por amar, sin cálculo, a cambio de nada...

Julia resopló, cogió una silla y sentó porque aquello era demasiado:

—Perdona pero es que no sé ni qué decir...

—No tienes que decir nada. Solo estaba comentándote que por primera vez siento que estoy listo para amar... Que hasta ahora solo contemplaba la remota posibilidad de que alguien me quisiera, de que me comprendiera, me cuidara, pero me estoy dando cuenta de que lo que de verdad quiero es dar, es compartir, es amar. Y eso lo estoy descubriendo gracias a ti, pero de ninguna manera quiero incomodarte. Entiendo que estás enamorada de 71, tú no te preocupes por mí.

—No, si no me incomodas, lo que creo es que yo no pinto nada en el descubrimiento de que el amor no tiene que ver con el cálculo ni las exigencias. Supongo que siempre llega un momento en el que por fin nos liberamos de la parte esa mezquina que hay en el amor, de buscar a alguien para que nos dé, nos dé y nos dé. Y nos centramos por fin en lo importante...

—Y yo lo he sentido por primera vez contigo. Pero no voy a insistir,

perdóname... Suelo ser un bocazas y un imprudente...

—¡Qué le vas a hacer si eres así! —replicó Julia quitándole importancia.

—Entre otras muchas cosas me gustas por eso, porque tienes justo todo lo que a mí me falta: sensatez, buen juicio, criterio, contención, mesura... ¿Crees en el alma gemela, en que hay alguien por ahí pululando que tiene esa parte de ti que algún día se perdió?

—Yo no, pero tú sí y tal vez sea ese tu problema, que aparece una desconocida y proyectas en ella todo ese ideal romántico del alma gemela.

Aun a riesgo de que esa chica le tomara por un loco de remate, reconoció:

—Solo he tenido esa certeza contigo.

Julia le miró y esbozó una sonrisa nerviosa, porque ese tío era demasiado:

—Eres un piloto suicida...

—A lo mejor caí en picado por ti —dijo Sergio con los ojos brillantes y la sonrisa más matadora del mundo.

—Te abatió una tormenta —matizó Julia.

—Porque tenía que encontrarte —insistió él.

—Suena bonito, pero me temo que ese ideal romántico del alma gemela es el que luego destruye al amor. Quiero decir que amar es mucho más que una intuición o una certeza, el amor hay que cuidarlo cada día, exige mucho trabajo y esfuerzo porque si no...

—Te pasa como con 71 y el amor acaba haciendo aguas por todas partes —apuntó Sergio encogiéndose de hombros.

—No seas malo. Lo nuestro no hace aguas, no te niego que no haya alguna grieta pequeña. Pero nada que no tenga arreglo...

—Eso decían los pobres del Titanic...

Julia a pesar de la maldad, se echó a reír y luego le aseguró:

—Confío en que todo saldrá bien.

—Sí, pero si solo remas tú, llegará un momento en que te fatigarás y todo se

irá al traste.

—Tú sí que eres un trasto.

—Es que me importas —aseguró apurando su whisky.

Julia volvió a sonreír, justo en el instante en el que empezaban a sonar los primeros acordes de *¡Suéltalo!* de Frozen. Así que se puso de pie y cogiéndole del brazo, le pidió:

—¡Vámonos a cantar, anda!

Capítulo 15

Estuvieron de fiesta hasta tarde y Julia sintió que lo había dejado todo tan claro con Sergio, y sobre todo ella lo tenía todo tan claro, que aunque se lo encontró desnudo en el sofá cama cuando se levantó, a eso de las ocho de la mañana, para ir al cuarto de baño, no sintió absolutamente nada.

Bueno, algo sí...

Algo que le duró como unas tres horas y que le impidió volver a conciliar el sueño.

Y no es que Sergio tuviera un cuerpo espectacular, que también, o que ya supiera que besaba como quería, es que no podía dejar de pensar en todo lo que le había dicho, aunque que fuera un despropósito.

Porque es lo que era...

¿Cómo iba a tener esa certeza así de repente? ¿Cómo podía saber que ella era esa supuesta alma gemela que perdió no sé cuándo alguna vez? ¿Y cómo podía haberse percatado de que estaba listo para amar nada más plantarse en su mundo?

Es que era todo tan absurdo y tan inverosímil que hasta sonaba a tomadura de pelo. No obstante, ese tío hablaba tan en serio, había tanta verdad en su mirada que era imposible no creerlo.

No creerlo y alucinar, porque era la cosa más rara que estaba segura que iba a pasarle en la vida.

En fin, que tras darle vueltas y vueltas, decidió levantarse, pasó por el salón donde la cama ya estaba recogida y sin rastro de Sergio, y luego se fue directa al cuarto de baño, donde se chocó con Gonzalo que salía a toda velocidad...

—¿Adónde vas con tantas prisas y esas ojeras horribles?

—Mejor no te mires en el espejo, nena.

—He dormido poquísimo...

Gonzalo arqueó una ceja, esbozó una sonrisa malévola y canturreó:

—Me da a mí que a ti te han dado un viaje en el tiempo a base de polvazos, que para qué...

—¿Qué dices, por favor? He dormido sola... Lo que pasa es que a este tío se le ha ido la pinza y no he parado de darle vueltas a las majaderías que me dijo. Ya te contaré... cuando se vaya...

—Está en la cocina haciendo chocolate para que mojes los churros que he traído hace un rato. Aunque ¡en qué hora que fui a comprarlos! Tengo un cabreo que necesito salir a correr hasta que me desfonde... Pero cuenta lo tuyo, ¿qué majaderías te dijo ese pedazo de maromo? Que por cierto si besa así de guarro, imagina cómo follará...

—¿Cómo que besa guarro?

—Fue la comidilla de la quedada, lo decían todos: te besó comiéndote hasta el más sucio de tus pensamientos. Se le veía con tanta hambre y con tantas ganas de metértelo todo hasta el fondo que nos dio una envidia de las peores.

—Pues si te cuento lo que vino después... ¡Madre mía! Que dice que siente que está listo para amar...

—Es que es fino, es de otro tiempo... Creo que debes cambiar amar por follar.

—¡Baja la voz, a ver si nos va a escuchar! Que no, que está listo para amar de verdad, para darlo todo y tal....

—Follando...

—Qué pesado, tío. Que no. Que es muy romántico, que estaba hablando de amor, que dice que tiene la certeza de que soy su alma gemela.

Gonzalo sonrió de oreja a oreja y masculló:

—Tía, tú tienes mucha suerte... Se te ha caído del cielo el buenorro,

follador, romántico... Y encima, te está preparando un chocolate con las pastillas de Kitín Nogueroles que te trajo tu tía Trini y que tenías muertas de risa en el armario.

—No se me ha caído para nada, porque estoy con 71.

—Ya veremos, ya.

—Que no hay nada que ver y ahora cuéntame tú... ¿Qué te pasó cuando fuiste a por churros?

—Estoy que bufo. Resulta que cuando volvimos a casa, me escribió Adán, el vecino maldito, desde el hospital pues estaba de guardia. Estuve hablando con él hasta las ocho de la mañana...

—¿Hablando, hablando?

—Sí, sí. No me mandó ni una foto de su polla ni nada. Cero sexo. Solo palique como si fuéramos amigos como los que me hice en la sala de espera del psiquiatra. Vamos, que sabes que estás entre pirados y te abres en canal. Tía, le mostré mi interior, con callos y cicatrices incluidas, es que de verdad que fue tan fuerte la cosa que hubo un momento en el que le hice la cartografía de mis vulnerabilidades con todos sus ríos y todas sus montañas. ¡Ni con Rodolfo me he mostrado tanto! ¿Y no va el cabrón, me cruzo con él en el portal, me da los buenos días muy serio y se sube para arriba como si yo no le hubiera visto la polla y él no tuviera la cartografía de mis jodidas vulnerabilidades?

Julia lo intentó, de verdad que lo intentó, pero no pudo evitar partirse de risa.

—Jajajajajajajajaja.

—No te rías, cabrona, que ha sido muy humillante.

—Quién te manda meterte en esas redes de perversión...

—No lo entiendo. Es tan majo por WhatsApp, de qué si no me voy a abrir yo de esa forma... Pero ahora va y me saluda como un extraño ¿te lo puedes

creer? He estado a punto de tirarle de la capucha y gritarle: ¡mamonazo de qué vas, tendrás un pollón pero tienes muy poca vergüenza! Pero no he dicho nada porque soy un señor y un caballero. Así todo junto.

—Has hecho bien. Además yo esperarí a que me diera una explicación, a lo mejor el chico es tímido.

—¿Tímido ese? Lo que pasa es que ha jugado con mis sentimientos, menuda juerga tienen que haberse pasado los enfermeros durante la guardia a costa de mi desnudo interior. Me marchó a correr por el parque porque como me quede, voy a subir a la casa de ese cerdo y le voy a montar un pollo que se le van a quitar las ganas de cachondeo.

—Espera a ver si te da una explicación. Yo creo que la tiene.

—¡Qué va a tener! Pero como dice mi madre: yo solo aprendo a base de palos... Me voy, te dejo a solas con el superhombre, tú no seas boba y aprovecha. Que ese es bueno, te lo digo yo.

Gonzalo se marchó a correr y Julia se metió en la ducha pensando que su amigo tenía razón, si es que Sergio era un buen chico pero... no era para ella.

Tras la ducha, se vistió y apareció en la cocina donde sobre la mesa humeaba un maravilloso tazón de chocolate junto a un platito con churros.

Y por supuesto, ahí que estaba el superhombre, con una supersonrisa y un cálido:

—¡Buenos días, Julia!

Luego, sin previo aviso, se acercó a ella para darle un beso de buenos días y Julia se puso tan nerviosa que al final giró la cabeza y el beso acabó en pico, un suave y dulce beso en los labios.

—¡Ay Dios! —masculló Julia, mordiéndose los labios.

—Lo siento, de verdad que no era mi intención —se excusó Sergio, aunque no iba a hacer ascos al beso de su alma gemela.

—Tranquilo, no pasa nada.

Era mentira, porque Julia estaba a punto de hiperventilar... Y es que no podía ser, de ninguna de las maneras, aquello era imposible.

—¿Qué tal noche has pasado? —preguntó Sergio para que se relajara.

Julia estaba como para contarle la nohecita que había pasado:

—Fenomenal. Gracias. ¿Y tú?

—De maravilla. No podía ser de otra manera después de lo que pasó anoche... Pero tranquila que no te voy a agobiar con esto, te he hecho chocolate para los churros. Por cierto, ¿has recibido algún mensaje de mi hermana?

Julia agradeció que tuviera la gentileza de cambiar de tema y respondió mientras se sentaba a la mesa:

—No. De momento, no. Pero la que vendrá en un rato es mi hermana y mi sobrino y tendremos que contarle lo tuyo.

—Por mí perfecto.

A Julia sin embargo no le pareció tan perfecto, porque en ese mismo instante se preguntó que cómo narices iban a dormir, si ya no había ni más cuartos ni más camas.

Solo quedaba libre el sofá de su habitación y por ahí sí que no iba a pasar. Lo que le faltaba ya era compartir habitación con Sergio.

Es que no.

Y mil veces no.

O eso creía...

Capítulo 16

Julia intentó contactar con su hermana Alma a lo largo de la tarde, pero no lo logró. Quería advertirle de que tenía en su casa un invitado muy especial, si bien no le quedó más remedio que contárselo en cuanto llegó a casa, justo a la hora en la que Sergio se estaba afeitando en el cuarto de baño.

—¡Hola! Vengo muerta de tanto follar, Mateo me ha dicho que llegará en un rato —dijo nada más entrar.

—¿De follar, con quién?

Alma lo había dejado con Alejandro, el padre de su hijo Mateo, después de que le pillara unas conversaciones de WhatsApp subidas de tono con una compañera de trabajo.

Él se marchó a la casa que tenían en El Escorial y Alma y Mateo se quedaron en la de Arturo Soria.

Pero la cosa duró poco así, porque enseguida a Alma le dio pena que su ex se pasara todos los días dos horas en un atasco y como ella estaba empezando a conocer gente y a no parar mucho en casa, finalmente decidió que lo mejor era que Alejandro volviera a la casa de Arturo Soria, que estaba muy cerca de su trabajo, y que ella se marchara con Mateo a la de Julia.

Era lo mejor para todos, además así hacían compañía a Julia y Julia podía también estar pendiente de Mateo cuando Alma tenía que ausentarse...

Y se ausentaba bastante, no solo por el trabajo sino porque había optado por vengarse de Alejandro acostándose con todo aquel que la deseara con desesperación.

Y eran unos cuantos... Tantos que Julia había perdido la cuenta...

—Con Nacho —respondió Alma con una sonrisa enorme, de satisfacción

plena.

—¿Y ese quién es?

—El monitor de *Aquafit Board*, un surfero de 25, que me ha dejado para el arrastre.

—¿Y con Carlos ya nada?

Carlos era un carnicero que había conocido en un supermercado, con el que con la excusa de ir a por setas acabó también probando otras cosas.

Pero antes de Carlos, había estado con otros tantos... Un peluquero, un dependiente de Zara, un bombero, un pintor, un cristalero...

En fin, que Alma dio un manotazo al aire y contó:

—Se puso demasiado intenso, quería ir en serio y yo solo quiero sacarme la rabia y consumir mi venganza, así que puerta. Oye, ¿y qué tal tú? Tienes unas ojeras...

—He dormido mal. Verás, es que hay algo que tengo que contarte...

—Déjame que me cambie de ropa, que ponga una lavadora y me cuentas.

Julia puso cara de circunstancias y, señalando el sofá del salón, le pidió:

—Tiene que ahora. Siéntate, por favor.

Julia quería hacerle una breve introducción antes de que se encontrara con Sergio de frente...

—¿Por qué te pones tan seria? ¿Ha pasado algo en casa? —preguntó Alma temiéndose lo peor.

—Tranquila, están todos bien. Es otra cosa. Es que hay un tío en el cuarto de baño...

Alma tenía trece años más que Julia y se parecían mucho, tanto que según Alma podían pasar por mellizas. “Yo la melliza guapa, por supuesto”, decía siempre Alma. Y Julia reconocía que sí, que su hermana era la guapa porque aunque se parecían, Alma era la versión mejorada: tenía la melena más abundante, los ojos más grandes, la nariz perfecta, la sonrisa increíble, la piel

más lisa... Y además, era una arquitecta de éxito, con estudio propio, con un carácter de armas tomar y lista como el hambre.

Tal vez por todo lo anterior, cuando Alma escuchó a su hermana decir lo del tío, se echó el melenón hacia atrás de un manotazo y dedujo:

—¡Por fin te has quitado de encima al cataplasma de 71! Saca algo para brindar, guapa.

Julia negó con la cabeza y volvió a insistir para que su hermana se sentara:

—Toma asiento, hazme caso...

Julia se sentó y dio unos golpecitos sobre el asiento contiguo para que su hermana se sentara a su lado.

Alma de mala gana se sentó a su lado y le advirtió muy seria señalándola con el dedo:

—Si es un chungo, que se pire ya. ¿Estamos?

Julia miró a su hermana y explicó ansiosa por contar la verdad:

—No, no es un delincuente. Lo que pasa es que el viernes, cuando regresaba a casa, me encontré a un lado de la carretera con una avioneta accidentada de la que salió un piloto... Un piloto antiguo...

—¿El piloto es el que está en el cuarto de baño? —Julia asintió—. ¿Y cómo que antiguo? ¿De 1936 o así? Juli, ¡no me jodas que ahora te estás tirando a un yayo!

—No es del 36, es de más atrás...

Alma miró a su hermana con los ojos como platos, porque no entendía nada:

—Tía, ¿qué te está pasando? No me puedo creer que te hayas quedado colgada con un tío de noventa años, por muy bien que se conserve y por muy virtuoso que sea en el uso de la lengua. Es que no puede ser, tú estás muy perdida, todavía arrastras lo de Felipe, no puedes con la culpa y te castigas tirándote a dinosaurios. ¿Es eso, verdad? Madre mía, apóyate en mí, perdónate de una vez y deja de traer vejestorios a casa.

Julia respiró hondo y le dijo a su hermana para no hacerlo más largo:

—Es de 1905.

Alma entonces se echó a reír y dedujo que todo aquello era una broma, es que no podía ser otra cosa:

—Jajajajaja. ¡Reconozco que he picado! Me lo he tragado todo... ¡Te prometo que pensé que te habías enrollado con el abuelo! Pues eso, que como estabas aún con el runrún de Felipe, habías decidido saltar al vacío probando las mieles de un tío de Atapuerca. Jajajajajajajajaja. Y ahora en serio, ¿tienes a un tío en el cuarto de baño o también es bromita?

—Te estoy diciendo la verdad. Sergio Minaya, se llama así, como el de las galletas, es que la empresa la fundó él, es un tío de 1905 pero con la apariencia de uno de 27.

Alma ya sí que se partió de risa, vamos que hasta se dobló de escuchar a su hermana, que era capaz de inventar hasta la historia más delirante para justificar que se había enrollado con un tío.

—¡Julita, me troncho! Pero no hace falta que te montes ninguna película, entiendo a la perfección que hayas mandado la mierda a 71 y que te hayas liado con otro. Es más, te repito que hasta lo celebro...

—¡Sigo con 71! Y no me he liado con Sergio, te estoy diciendo la verdad. Es un viajero del tiempo.

Alma volvió a partirse de la risa y, llorando ya, le preguntó:

—Hermanita, ¿cómo puedes ser tan ingenua? ¿Cómo puedes tragarte ese cuento? A saber quién es ese tío que tienes metido en el cuarto de baño. ¿Estás segura de que viste la avioneta?

—Por supuesto que la vi.

—Si te ha metido esa trola del viaje en el tiempo, es porque venía de hacer turbio, tipo narcotráfico. O vete a saber... Incluso hasta podría ser un espía.

A Julia no le quedó más remedio que sacar el móvil y ponerse a buscar a

Sergio en Google:

—Mira esto... Este es él... Estos son enlaces a periódicos y revistas de la época donde se le menciona...

—Jo, qué bueno está. ¿Y tienes en el cuarto de baño a un tío parecido a este? Ahora lo entiendo todo...

—¡Es él! No es un tío parecido a él. Es él mismo. Dice que ese viernes cuando cogió la avioneta era 1932, luego le sobrevino una tormenta terrible y acabó estampado en el 2018, sé que suena a cuento chino. A mí me costó muchísimo creerlo, pero es que al final tuve que rendirme a las evidencias. Su cédula personal de la República, su forma de hablar como el abuelo Marcelino y toda esa información de Google que me dejó muerta. Sé que es increíble, pero créeme que es todo cierto.

Alma se llevó la mano a la frente y tras resoplar solo pudo farfullar:

—¿Pero de verdad que no me estás tomando el pelo? Mira que me voy a cabrear muchísimo. Te lo advierto.

—¡Que no, Alma! Que es todo cierto.

Y justo en ese instante apareció Sergio en el salón, recién afeitado y oliendo a su perfume, Knize Ten, ese que volvía loca a Julia y que él llevaba en un frasquito guardado en su cazadora cuando le sucedió el accidente:

—¡Buenas tardes, soy Sergio Minaya!

Alma que estaba con el teléfono móvil en la mano, se quedó estupefacta al comprobar que el tío de la foto donde se decía que era el aviador ingeniero Sergio Minaya Sánchez, en una fotografía de 1932, era el mismo que tenía enfrente...

—¡La madre que me parió! Eres igual que el tío de la foto esta del año de la pera...

Sergio asintió y dijo con una sonrisa encantadora:

—Soy un hombre del año de la pera. Honradísimo de conocerla —se

presentó tendiéndole la mano.

Alma alucinada y sin creerse todavía nada de nada, sacó su teléfono móvil para comprobar si era cierto:

—¡Voy a buscar a este tío en mi teléfono móvil porque no me fío para nada! Los enlaces esos tienen que ser truchos y me estáis tomando el pelo vilmente... A ver... Google... Sergio Minaya Sánchez...

Y volvieron a salir los mismos enlaces y las mismas fotografías que le había mostrado Julia...

Capítulo 17

Cuando Alma empezó a digerir que ese tío tan bueno era un viajero en el tiempo les preguntó:

—¿Y ahora qué vais a hacer?

—Hemos localizado a su hermana, era mucho más joven que él, aún vive en la casa familiar pero ha salido de fin de semana. Le he dejado una nota, así que supongo que en breve podrá volver con los suyos.

—Madre mía —musitó Alma—, pobre mujer cuando descubra que su hermano vive, porque claro para ella Sergio lleva un montón de años desaparecido.

—Así es —asintió Sergio.

—Tú no te preocupes que conmigo está el secreto a salvo, habéis hecho bien en no dar parte, pues al final el pobre terminaría convertido en un muñeco de feria.

—Por eso lleva en casa desde el viernes —informó Julia.

Y no dijo nada más, ni mencionó los besos ni las almas gemelas... Para qué si solo quería olvidarlo...

—¿Y qué tal llevas el cambio de siglo? —le preguntó Alma a Sergio.

—Muy bien, todo es como mucho más grande, más trepidante y más luminoso.

—No lo dirás por la casa —comentó Julia, bromeando.

—Lo digo por todo, y en esta casa en especial: estoy de maravilla.

—Sí, es que estas casitas pequeñas en las que te vas tropezando con todo tienen un encanto tremendo. Pues ahora vendrá mi hijo Mateo —le explicó Alma a Sergio— que se ha pasado el fin de semana con su padre. Podría

quedarse en casa con él, donde su habitación es más grande que este apartamentucho, pero dice que se lo pasa mejor aquí. Es que mi ex esconde su frustración bajo capas de cinismo y apatía, o sea que es un muermazo de tío. Pero por Mateo no te preocupes, que sabe guardar secretos y adora estas cosas paranormales.

—Me parece estupendo, será un gusto conocerlo.

A Julia también le parecía estupendo pero había algo que le inquietaba porque su sobrino dormía en el sofá:

—Mateo es muy majo y sé que va a estar todo bien, lo único es que no sé es cómo vamos a hacer para dormir porque...

A Alma le faltó tiempo para cuchichearle al oído de su hermana:

—Conmigo no cuentes, porque en este momento de mi vida en que soy una mujer al borde de un ataque de miembros, ya solo me faltaba el paranormal para terminar de hacer el equipo. No, nena, no. En mi cuarto no le metas...

Y Sergio a todo esto también opinó:

—Por mí no te agobies, Julia, yo puedo tirarme en cualquier parte...

—Y yo, yo también podría tirármelo en cualquier parte, pero es que no. Con este ya sería demasiado... —cuchicheó Alma a su hermana.

Julia muerta de la vergüenza por el descaro de su hermana y, rezando para que Sergio no la hubiera escuchado, dijo:

—Entonces te haremos una cama en el salón o a ver si Gonzalo te hace un hueco en su cuarto...

—De verdad que no te preocupes, duermo en cualquier parte.

—¿Pero por qué no se lo haces tú en el tuyo, que eres la que tienes un sofá?
—preguntó Alma a su hermana, que de repente se acordó de ese detalle.

—Imposible. El sofá es muy pequeño, se le va a quedar medio cuerpo fuera...

—Pues como en el de salón y ¿no lleva ya dos días durmiendo?

A Julia solo de pensar en la posibilidad de meter ese tío en su cuarto, le entro tal calor que empezó a abanicarse con la mano.

—Ya pero es que...

Julia no pudo decir nada más, porque en ese instante sonó el timbre y era su sobrino que entró arrastrando una mochila:

—Mateo, ven, que te voy a presentar a alguien que te va a dejar flipando...

—le ordenó su madre.

Mateo que tenía quince años, era alto y espigado como su padre, y llevaba el pelo abundante y rizado cortado a tijeretazos por él mismo, besó a su madre y a su tía y luego Sergio se presentó tendiéndole la mano:

—Hola, soy Sergio.

Mateo le estrechó la mano y su madre sin más prolegómenos soltó:

—Es de 1905.

—Ah. Genial. Encantado —replicó Mateo como si aquello fuera lo más normal.

—¿Ves? Mira, es que ni se inmuta. Ahí le tienes, tan pancho... Lo sabía —habló Alma alzando una ceja.

—Es que ya sabes que no me gusta el turrón... —dijo el chico encogiéndose de hombros.

—¿Cómo que el turrón?

—1905 es la marca esa de turrones tan cara. Supongo que este hombre es un vendedor que lo va ofreciendo por las casas ¿no?

—Qué vendedor ni qué ocho cuartos, este tío es un viajero del tiempo. Se cayó ayer de una avioneta y tu tía se lo encontró en la carretera.

Mateo se quedó mirando al aviador alucinado y exclamó emocionado:

—¡No me jodas!

—Se subió el viernes en su avioneta en 1932, lo atrapó una tormenta y lo soltó en 2018, ¿cómo lo ves?

—¡Flipante! —masculló boquiabierto.

—Flipante lo tuyo, chaval —repuso Alma— que te lo tragas todo, sin pruebas ni nada. Te digo que es un emperador romano y te lo crees igual...

—¿Para qué ibas a mentirme? Además tú nunca haces bromas, tu estrés no lo te lo permite. Pero no te juzgo por ello.

—No me juzga por nada —le explicó a Sergio—. Y me da un miedo, porque a ver cómo se va a ir de casa algún día, si con quince años no me odia siquiera un poco. Es tan adaptativo y resiliente. Toma —le ordenó a Mateo entregándole el teléfono—, comprueba que lo que te digo de Sergio es cierto, lo he buscado en Internet, es el fundador de las galletas que te comes de cinco en cinco.

Mateo echó un vistazo rápido al teléfono móvil, se fue corriendo a la cocina y al momento regresó con un paquete de galletas y un bolígrafo:

—¿Me lo firma por favor? Soy un grandísimo admirador de sus galletas, es que no puedo vivir sin ellas...

—Mateo, hijo, que pareces el primo del Monstruo de las Galletas —le reprochó Alma—. ¿Cómo te puede impresionar más que sea el fundador de las galletas que que venga del pasado?

—Me impresiona todo, mamá.

—Para mí es un honor firmarte, aunque la que ha levantado todo el imperio galletero es mi hermana Amelia. A mí solo se me ocurrió la idea y eso se le puede ocurrir a cualquiera —dijo Sergio, mientras le firmaba el paquete de galletas.

—¡Qué modesto es usted! Como todos los genios. Y que sepa que el honor es mío. Y si necesita usted algo, ¡no tiene más que decírmelo! —le sugirió Mateo.

—Necesitamos que cierres el pico y que nos guardes el secreto. Nadie debe saber quién es Sergio —le exigió Alma.

—Mamá, por favor, no tienes ni que decírmelo. Pero está claro que es alguien especial porque mirad la cara de flipado con la que le está mirando Amante Bandido. Nunca le había visto así...

Julia pensó que tenía razón, que lo del gato era ya el remate.

—Es un gato encantador —comento Sergio, que se agachó a acariciarlo.

—¡Qué va, pero si es un arisco de pelotas! Es muy suyo, pero con usted se le ve tan buenecito...

—Tutéame, por favor —le pidió Sergio a Mateo.

—Pues eso, que si necesitas algo. Unos papeles en regla, un título convalidado, o similar, no tienes más que pedirlo.

Alma miró a su hijo escandalizada y le exigió reprendiéndole:

—¡Déjate de bromitas!

Mateo, en tanto que miraba con admiración la firma que Sergio le había estampado en el paquete de galletas, replicó:

—Estoy hablando en serio. Necesitaré papeles del siglo XXI para moverse por el mundo y yo puedo proporcionárselos. Yo no, Hannah... Es mi novia —le comentó a Sergio—, es macedonia, es un poco *cracker* y se mueve como pez en el agua en la *darknet*. A ver, cómo te lo explico para que lo entiendas, puede contactar con gente que sabe forzar sistemas de información y manipularlos, para conseguir cierta documentación. Creo que convendría que le reveláramos también el secreto para que te ayude a llevar una vida normal.

Alma fulminó a su hijo con la mirada y le exigió:

—Calla, que lo que tienes que hacer es dejar de chatear con esa mentirosa compulsiva que te mete cada rollo...

—Estás equivocada, mamá. Hannah es la única que puede ayudar a este hombre.

Alma resopló y tras, batir las manos, masculló:

—Que sí, que sí.

Capítulo 18

Unas horas después, Sergio estaba acoplado en el sofá del cuarto de Julia, mientras ella no paraba de repetirse a sí misma que solo iba a ser esa noche.

Y es que Gonzalo se había negado a acoger al aviador en su habitación porque iba a recibir una llamada del vecino, Alma también porque estaba en una etapa de su vida en la que era irresistible para los hombres y Mateo tenía un examen y necesitaba quedarse estudiando hasta tarde en el salón.

Así que como el único espacio que quedaba libre era la cocina y no era plan que Sergio durmiera sobre las frías losetas, ahí estaba ella con ese hombre que estaba tan cerca que si estiraba el brazo hasta podía tocarlo.

—Muchas gracias por todo lo que haces por mí. Eres como San Bruno, que das ciento por uno —dijo Sergio, girándose y sintiéndose el hombre más afortunado del mundo.

Julia con la vista puesta en el techo y tapada hasta el cuello, se encogió de hombros y replicó:

—El sofá no es que sea ni bonito ni muy comfortable, pero es que lo dejó el casero y como el armario es pequeño, voy poniendo encima la ropa y aunque sea un desastre decorativo, me hace el apaño.

Sergio entonces bajó el edredón y se quedó con el torso al aire:

—Yo estoy feliz aquí, como San Alejo debajo de la escalera... Uf. ¡Qué calor da esto!

Julia le miró por el rabillo del ojo, tragó saliva y masculló tapándose ya hasta la nariz:

—Yo tengo frío... Mucho frío...—Claro que al momento le dio por pensar que Sergio podía ofrecerse para calentarla y añadió—: Pero en unos segundos se me pasa...

—Estoy achicharrado, esta cosa nórdica, como dices que se llama, abriga más que una manta zamorana. Pero estoy muy bien, ¿y tú? No me gustaría que estuvieras incómoda con esta situación...

Julia se echó a reír, porque no le quedaba otra:

—Qué va, solo hay un hombre desnudo a mi lado que dice ser mi alma gemela.

—Me desnudo porque durmiendo todo me molesta, hasta la goma de los calzones... Pero tú tranquila con todo, que enseguida me quedo dormido como un cesto. No te voy a dar ni un pelito de guerra.

—Genial.

—Pero si te aburres y quieres que pelemos la pava u otra cosa que sea menester...

Julia soltó una carcajada tremenda, porque no podía ser:

—Dios mío, si es que eres un pedazo de abuelo... Yo no puedo escucharte hablar, me parto de risa...

—Ya me iré poniendo al día, pero de momento tendrás que soportar al abuelo mozuelo —dijo poniéndose de lado, doblando el brazo y colocando la mano debajo de la cabeza.

—Pues no será ahora, porque tengo mucho sueño...

—Cuando quieras, yo siempre voy a estar a tus pies.

—Déjame los pies tranquilos, y mejor duérmete que mañana tienes un día duro.

Sergio suspiró y luego habló con total sinceridad:

—Sí, porque tengo que dejar esta casa... Voy echar mucho de menos este lugar, jamás pensé que se podría ser tan feliz en un sitio que es como un hospital robado.

Julia frunció el ceño y preguntó muerta de risa otra vez:

—¿Y eso cómo es?

—Se dice a las casas que están así como esta, un poco desordenadas y con los muebles puestos de aquella manera...

—La verdad es que un poco caótica, 71 no lo soporta. Yo creo que por eso ha venido tan poco, es que él...

Julia se calló porque le entró una videollamada y precisamente de él, de 71:

—¡Es él! —le dijo mientras se deshacía la coleta que se había hecho para dormir y se revolvía el pelo con la mano.

—Uf. Le has invocado —lamentó Sergio.

—Es raro que me llame a estas horas, pero debe extrañarme demasiado... Oye...—le preguntó al tiempo que se planchaba con las manos la parte de arriba del pijama—. ¿Estoy bien?

Sergio suspiró, se quedó mirándola con cara de idiota, o él lo supuso, y luego respondió:

—Primorosa...

—Eso suena a nombre de vaca.

—Qué va, estás primorosa, como una azucena.

—Ah, vale, gracias... Y ahora calladito, por favor.

Sergio hizo el gesto de que se cosía la boca y Julia aceptó la videollamada:

—¡Hola! ¡Qué sorpresa! —saludó Julia, con una sonrisa enorme, pero no sonreía por verle, sonreía por lo de “primorosa”.

71 estaba llamándola con el teléfono móvil, en el despacho de su casa, en bata y con la vista clavada en la pantalla de la computadora.

—Siento llamarte a esta hora, pero es que aquí me ves: estoy trabajando para adelantar unas cosas para mañana y necesito mandar un correo electrónico a Juan Antonio Salas, el jefe de logística y compras del hospital del Norte y es que no encuentro su dirección por ninguna parte. Como es tu zona de trabajo, imagino que tú lo tendrás que tener...

—Sí, lo tengo...

—Eres la mejor —masculló sin levantar la vista de la pantalla—. Me lo mandas ahora a mi WhatsApp y ya no te molesto más.

—No, si no es molestia —repuso echándose un mechón de pelo atrás.

—Ya, pero para mí sí. Ya te he dicho que estoy trabajando y me gustaría acabar esto cuanto antes.

Sergio que no podía ya con la curiosidad se acercó sigiloso a Julia y echó un vistazo a la pantalla...

Julia le miró con cara de espanto y le empujó con la mano para que se apartara:

—Bien, bien. Me parece muy bien.

Pero Sergio insistió en meter la cabeza, tanto que de repente salió en pantalla, mientras 71 que no estaba enterando de nada, tecleaba en algo en su computadora.

—Pues hala, Jules, cuelga, que pases buena noche.

Julia empujó a Sergio con tanta fuerza hacia un lado que ella acabó pegada a él, de la forma más absurda y con el teléfono en la mano en alto enfocando a la pared.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —susurró Julia.

—Ver al cardo borriquero de tu novio.

—No es cardo, es que está trabajando —mintió porque lo cierto es que era bastante cardo.

—Es que ni te mira, y yo sin embargo no puedo dejar de hacerlo... —musitó Sergio mirándola con esos ojazos azules que siempre decían la verdad.

—Es que lo tuyo es... —balbuceó y luego la vista se le fue derecha a la boca de Sergio.

—Adoración. Te adoro pero te respeto, quiero decir que aunque me muera por besarte, jamás lo haré.

Julia estaba tan cerca de él, y ese tío además le miraba de una forma tan

irresistible, y además el cabrón olía tan bien, y estaba tan bueno, que cerrando los ojos, susurró:

—Gracias, porque desde luego que no debes hacerlo...

Luego respiró hondo, abrió los ojos, le cogió por el cuello y le besó en los labios despacio, lento, hasta que él entreabrió la boca y las lenguas se encontraron...

Entonces, el beso se hizo más loco, más húmedo, más intenso, se lamieron, se mordieron, se enredaron las manos en el pelo... hasta que se quedaron casi aliento.

Y justo en ese momento se escuchó a 71 decir:

—Jules ¿sigues por ahí? ¿Julia? Córdame el teléfono de una santa vez que no estoy para perder el tiempo.

Julia con los pelos revueltos, mareada por el beso, con los ojos brillantes y una cara de flipada total, se enchufó la cámara y le dijo:

—Adiós, adiós...

Y 71 sin mirarla si quiera y obviamente sin enterarse absolutamente de nada de lo que estaba pasando, repuso:

—Venga, cuelga, pesada.

Capítulo 19

Julia colgó y mirando a Sergio que había vuelto a tumbarse en el sofá, le confesó:

—Me he vuelto loca. No tiene otra explicación.

—Ha sido culpa mía. Te he puesto nerviosa al querer ver la cara de ese tío... Pero es que no entendía nada...

—¿Nada de qué?

—De que te hable con esa displicencia, como si fueras su secretaria, de que ni tenga un segundo para llamarte, de que no sepa lo afortunado que es por tenerte.

Julia entendía perfectamente lo que le estaba diciendo porque se había sentido muchísimas veces como una auténtica mierda por la forma que 71 tenía que tratarla.

Pero siempre acababa justificándolo: el estrés, el agobio, las prisas, el trabajo, la familia...

—71 es así, es absurdo darle más vueltas a algo que no tiene remedio. O lo tomas o le dejas —dijo Julia, encogiéndose de hombros.

Sergio se mordió los labios, se incorporó un poco y susurró:

—Si quieres tienes otra opción...

Julia sabía muy bien lo que estaba pasando por la mente de Sergio y decidió que lo mejor era dejarlo ahí:

—Vayamos a dormir.

—Te pido perdón por el beso.

—¿Perdón por qué? Si he sido yo la que te lo he dado...

—¿Y te arrepientes?

Julia pensó que cómo iba a arrepentirse de ese beso, si era de los mejores que le habían dado en su vida.

Madre mía, pensó, con lo bien que besaba... Como para arrepentirse... Pues no. No se arrepentía... al menos de momento, al menos por esa noche, después... ya se vería.

—Tal vez lo haga mañana, pero ahora no. Me he vuelto loca por unos instantes y ya está.

—No va a suceder más —dijo Sergio con una sonrisa de las suyas.

—No seas malo. Mejor durmamos.

—Ódiame poco, por favor.

—No te odio. Eres un buen tío, soy yo en todo caso la que debería odiarme a mí misma por hacer estas cosas. Y no es la primera vez... Ya me pasó con Felipe, llevaba toda la vida con él, y me volví loca por 71. Pero en su caso loca sin remedio. Vamos, tan loca que rompí la relación con Felipe...

—Son cosas que pasan, Felipe no sería para ti y a lo mejor 71 tampoco. Quiero decir que no tienes que odiarte por besarme. Me pondría muy triste si lo hicieras.

Julia se tumbó y, con la vista clavada en el techo, le confesó:

—Cuando pasó lo de Felipe me sentí fatal, tremendamente culpable, por tirarlo todo por la borda. Pero es que llevábamos muchos años y la relación estaba estancada, éramos como dos hermanos, y entonces apareció 71. Al principio, era diferente... No se mostraba tan frío y esquivo como es ahora... No sé... O eso me parecía a mí. El caso es que con 71 volví a sentir tantas cosas que decidí que lo más honrado era dejarlo con Felipe. Pero mi familia no lo entendió... Es que además Felipe es el mejor amigo de mi hermano Antonio, lo quieren muchísimo en mi casa y todos me decían que me iba a arrepentir toda la vida de dejar a un chico tan bueno. Que jamás iba a encontrar a nadie como él... Y puede ser que tuvieran razón. El caso es que mi

hermano dejó de hablarme, de hecho aún hoy todavía sigue sin hacerlo. Y lo entiendo...

—Pues yo no. Yo siempre me habría puesto del lado de mi hermana.

—Ya, pero yo era la cabrona, la que mandaba a la mierda años y años de relación, de verdad que lo entiendo. Ellos son como hermanos.

—Si hubiese sido tu hermano, jamás habría dejado de hablarte por seguir los dictados de tu corazón.

—Uf, para lo que me ha valido. A ver que yo quiero a 71, pero tengo una birria de relación, tan birria que mira: estoy morreándome contigo.

Sergio se incorporó y con los ojos chispeantes reconoció:

—Y es lo más bonito que me ha pasado nunca.

Julia le miró, respiró hondo y luego sonrió:

—Ha sido bonito y loco. Pero yo no hago las cosas bien...

—Me parece que las que no las hacen bien son los demás, ni Felipe, ni 71, ni yo... que me tenía que haber quedado quieto como una estatua de sal.

Julia suspiró, se giró, le tendió la mano y le dijo porque estaba convencida que no se parecía en nada a ellos:

—Tú eres muy majo, Sergio... Más majo que las pesetas que decía mi abuelo Marcelino.

—¿Tú crees?

—Mucho, y ahora durmamos. Dame la mano...

Sergio le cogió la mano y ella se la apretó suave:

—Buenas noches, Julia.

—Buenas noches, Sergio —replicó ella sonriendo, con una sonrisa que a él le pareció la más bonita del mundo.

—Y perdona por todo —dijo mirándola y sin soltarla.

—No hay de qué. Eso sí, ¿podrías devolverme la mano?

—Pensaba que íbamos a dormir así...

—Yo te he dado la mano, para evitar el beso de buenas noches.

—Yo no sé... —susurró entrelazando los dedos de él con los de Julia.

—¿Qué no sabes?

—Que hacer manitas es mucho más íntimo que el beso de buenas noches.

—La idea era que fuera un apretón de manos, no que te pusieras a jugar con mi mano.

—No juego, la venero... —confesó Sergio acariciando la palma de la mano de Julia con el pulgar.

—Lo mío es: por evitar que el beso de buenas noches se nos desmadrara, hemos terminado en algo mucho peor.

Y era peor porque Sergio con esas manos fuertes y anchas, acariciaba que era para morirse de gusto.

—Si quieres lo dejo... —musitó él, mientras recorría lento y sensual los dedos de la mano de Julia.

Y lo hacía de una manera, como jamás la habían acariciado, que como siguiera así, iba a terminar aquello fatal, pero rematadamente mal.

—¿Qué bien lo haces! En el siglo XXI los tíos no hacen ya estas cosas con las manos...

—Ellos se lo pierden.

—Es que eres un artista, por favor... ¡Dios mío, con las manitas, es que es...! —musitó Julia con los ojos cerrados, disfrutando de cada caricia, mordiéndose los labios y hasta soltando un gemidín.

—¿Lo dejo o no? —preguntó sin dejar de acariciarla.

Cuando Julia estaba a punto de responder que siguiera un poco más y que Dios se apiadara de ella, sonó el tono que le alertaba de que tenía un wasap nuevo, y de repente toda la magia se esfumó.

—Tengo que cogerlo... Me temo que es 71, no le he mandado el correo electrónico que me ha pedido.

Sergio apenado le soltó la mano y ella lamentándolo igual, cogió el teléfono, busco la dirección que le había pedido y la pegó debajo del mensaje que ponía:

Es para hoy, Julia. Espabila, que quiero acabar con esto de una maldita vez.

Y tras recibir la dirección, 71 le puso un pulgar hacia arriba y luego escribió:

Gracias, mañana más y mejor.

Julia pensó que más y mejor de qué, de ¿esa basura de relación que tenían? ¿Más de su indiferencia? ¿Más de sus ausencias? ¿Más de su falta de implicación afectiva?

Por no hablar del sexo, que practicaban tan poco que se había puesto al borde del orgasmo haciendo manitas con Sergio.

Pero tampoco iba a echarle la culpa a 71 de lo que acababa de suceder, porque en cualquier caso Sergio era un maestro en la materia y en cualquier circunstancia se habría puesto malísima, pero mala, mala, mala, con esas caricias en apariencia tan inocentes, pero que le habían hecho arder la sangre.

En fin, qué desastre todo, pensó. Luego dejó el móvil en la mesilla de noche y le dijo a Sergio, porque estaba convencida de que era lo más sensato, prudente y cabal:

—Ahora sí, buenas noches.

Y le dio la espalda para evitar cualquier tipo de tentación...

Capítulo 20

Y no cayó en ninguna tentación, más que nada porque aunque hubiese querido, Sergio cumplió con su palabra y se quedó dormido como un tronco, pero aún así Julia no concilió el sueño hasta un par de horas después.

Dos horas en las que estuvo dándole vueltas a lo suyo con 71, dos horas en las que una noche más estuvo recordando desplantes, tardes enteras esperando una llamada o esa extraña habilidad suya para elegir siempre la palabra más fría, en el momento en el que más necesitaba otra.

¿Quién quería eso?

Ella desde luego que no. Y 71 no iba a cambiar, al contrario...

Cada día iba a ser peor, cada día sus obligaciones y deberes iban a ir en aumento y en consecuencia, ella cada vez más postergada en la larguísima lista de 71 titulada: “Lo es que es más importante para mí”.

Y aunque lo suyo había empezado de una forma muy bonita, ya no sabía dónde quedaba algo de toda esa antigua magia.

Al principio, 71 lo revolucionó todo con sus palabras, lo admiraba, era auténtico, diferente, original, luego se miraron a los ojos por primera vez y sucedió.

71 la invitó al *Réquiem* de Mozart en el Auditorio, porque con Mozart había empezado todo y, ya pasado el tiempo, quién sabe si la elección del *Réquiem* presagiaba cómo iba a acabar todo aquello.

Eso lo pensaba ahora cuando ya apenas quedaba nada de aquellos días en que todo eran revoloteos de mariposas, sueños y anhelos.

El sueño de haberse encontrado, el sueño de saberlo todo con una sola mirada, la dulzura de un beso que todo lo enciende.

Pero empezar es fácil, lo complicado es cómo se hace para que esa magia no se consuma en el intento, cómo se hace para que un amor que lo todo lo llena, lo derriba todo, que te hace ir más allá de los límites, no se te escape entre las manos.

Porque eso era justo lo que les había pasado a ellos, no sabía si empezó el primer día que 71 anuló una cita, la primera vez que él reconoció que le aburría que le contara sus cosas con tanto detalle, o la ocasión en que le confesó muerto de risa que sus amigos hacían apuestas sobre lo que iban a durar juntos...

El que más les daba: un año.

La diferencia de edad, el estilo de vida, las obligaciones...

Todo jugaba en contra y aunque a Julia en su día le sentó fatal aquello, tal vez los amigos de 71 solo tenían razón.

Con todo, a pesar de que llegaron los primeros silencios, los primeros roces, las primeras desavenencias, Julia decidió amar, perdonar, ser compasiva...

Porque no existen los amores perfectos.

Así que siguió intentándolo, cada vez con más amor, cada vez con más entrega, entendiéndolo todo, leyendo lo que pasaba con una generosidad exquisita y metiéndose en el bolsillo desde reproches, hasta la última exigencia...

¿Y qué logró?

Pues más desaires, más silencios, más ausencias y más renunciadas...

Y una horrible sospecha.

La peor.

¿Y si el amor era eso? ¿Y si el único destino del amor es que agonice antes tus ojos a pesar de todos los intentos por salvarlo?

Se negaba a creerlo, por eso a pesar de sus miedos, de sus dudas y de sus

angustias, siempre decidía apostar por lo mismo y amaba, y amaba y amaba.

No sabía hacer otra cosa.

Y sí, a veces se rompía, se rompía y estallaba escribiendo correos electrónicos larguísimos donde le pedía más, más tiempo, más besos, más palabras, más de él. Aunque fuera un rato.

Un café, una película, un paseo de la mano un día de lluvia...

Pero esos correos nunca tenían respuesta, porque cuando más ansiosa se mostraba, él le respondía con más silencio y más frialdad.

Y 71 se blindaba.

Se encerraba en su mundo, hasta que Julia pedía perdón por exigir, por no entender, por su impaciencia, por interpretar todo mal y otra vez empezaba todo.

Y cada vez peor...

Y cada vez más cansada, más harta, más frustrada, más decepcionada...

Y cada vez peor...

Y sin remedio...

Con ese runrún se quedó dormida, hasta que a las siete de la mañana le despertó el tono de notificación de que tenía un wasap, y cogió el teléfono móvil con un ojo abierto y otro cerrado, y por supuesto convencida de que sería de cualquiera menos de 71.

Faltaría más...

Él deseando los buenos días a primera hora...

¡Menudo esfuerzo para un hombre tan ocupado!

En fin, que con esa certeza abrió el wasap tal y como suponía el mensaje no era de 71, sino de un número desconocido y decía:

Anoche el conserje me pasó su tarjeta, llamé pero no me respondió. Le ruego que se ponga en contacto conmigo a la mayor brevedad posible. Y muchas gracias por darme la alegría de mi vida. Aunque bien sabe Dios que

nunca perdí la fe, que siempre supe que de alguna forma mi hermano volvería. Hasta muy pronto, Amelia.

Julia se percató entonces de que tenía una llamada perdida de Amelia, cuyo número registró, mientras despertaba entre susurros a Sergio:

—Sergio, despierta, Sergio, tengo buenísimas noticias...

Sergio seguía durmiendo profundamente, tanto que no le quedó más remedio que tocarlo, tocar el brazo desnudo, porque para variar el tío estaba con el torso descubierto, y qué torso, madre mía que torso, pensó Julia, porque su carne era débil... Cada día más débil...

Total, que tocó ese pedazo de brazo con la musculatura marcada lo justo para perder el sentido y volvió a decir su nombre, pero esta vez más alto:

—¡Sergio!

Sergio, tenía un nombre bonito, le gustaba mucho su nombre...

—¡Sergio! ¡Despierta! ¡Sergio!

71 se llamaba Mauricio, y no es que le pareciera un nombre feo, pero es que no le pegaba para nada llamarse así.

Por eso decidió dejarle de por vida con el 71, pues le parecía que representaba mejor su misma esencia.

Y aunque al principio se ganó el apodo por diferente, único y original, ahora sabía que sobre todo era por esa vertiente suya tan fría, tan distante y desapasionada.

Solo dos números.

71.

Y a todo esto, mientras pensaba en la tontería del nombre de 71, Julia dejó la mano posada sobre el hombro perfecto de Sergio y lo apretó un poco.

Lo justo para que el corazón le latiera con tanta fuerza que apartó de golpe la mano:

—Sergio, por favor, ¡despierta! —pidió ya enfadada porque no tenía que

estar sintiendo eso.

¿A cuento de qué le estaba latiendo el corazón de esa forma por tocarle un hombro a ese chico?

Sergio entonces abrió un poco los ojos, la vio y sonrió feliz...

Julia pensó que eso era justo lo que le faltaba, que Sergio le sonriera de esa forma tan dulce que Julia, para su horror, hasta suspiró.

Desde luego que era idiota, pensó Julia de sí misma. Rematadamente idiota...

—He soñado contigo, pero es que despierto y estás... Soy feliz... —musitó Sergio, mirándola con una cara que él estaba convencido de que no podía ser más de bobo, pero le dio lo mismo.

—Ya, sí, claro que estoy. Llevo aquí toda la noche oyéndote roncar...

Era verdad que había roncado un poco, si bien por ridículo que pareciera en mitad de la angustia esos ruidos de oso le habían hecho sentirse segura.

—Haberme hecho con la lengua...

Julia le miró estupefacta y, temiéndose lo peor, le interrumpió:

—¿Qué?

—Hija, no pongas esa cara, ¿qué va a ser? Chasquidos... La próxima hazme chasquiditos para que deje de roncar.

Julia se echó a reír, le pasó el móvil para que leyera el mensaje de su hermana y le dijo:

—No va a ver próxima, porque mira quién me ha escrito...

Capítulo 21

A Sergio no le hizo ninguna gracia saber que no iba a haber próxima, pero el mensaje de su hermana le puso al borde las lágrimas:

—Llámalas, por favor...

Julia se conmovió al verle tan afectado por el mensaje, si bien sintió que no estaba aún preparada para hacer la llamada:

—Antes tenemos que guionizar lo que voy a decir.

Sergio tragó saliva y, muy emocionado, replicó:

—No hay nada que preparar. Amelia es intuitiva, despierta, las caza al vuelo: llama y deja que todo fluya.

Julia, muerta de los nervios, porque cómo iba a dejarse fluir en esa situación paranormal, opinó:

—Te recuerdo que tu hermana ahora tiene más de noventa años. Tenemos que pensar bien cómo darle la noticia, hacer un guión, qué sé yo... Todo menos plantarle de sopetón la verdad. Es que no creo que lo resista...

—Los años son una anécdota, sé que Amelia sigue siendo la de siempre por dentro. Y es muy fuerte, tiene agallas y sabe más que Cardona.

—Ya estás con tus dichos de abuelo.

—Hazme caso y pídele que se siente por si acaso y luego cuéntale poco a poco la verdad. Créeme, que va a ser más sencillo que lo que parece...

—Madre mía, es que me pongo en su lugar y tiemblo.

—¿Temblar por qué? Ya has leído su mensaje, ella no perdió nunca la esperanza. Tu llamada solo puede hacerle feliz, después de todos estos años de incertidumbre, de no saber, de silencio...

Julia sabía algo de silencios, y eso que eran hasta ridículos al lado del que

había padecido Amelia Minaya, pero algo sabía...

Sobre todo cuando 71 para evitar conflictos decidía retirarse y la dejaba unos cuantos días sin saber absolutamente nada de él.

Para ella no había mayor castigo, ni tormento. Lo pasaba fatal, esa incertidumbre era lo peor del mundo, ese no saber si todo habría terminado o si tan solo era una tregua.

Qué agonía.

Uf.

Pero claro aunque algo sabía de silencios, su tormento nada tenía que ver con el de Amelia. Es que ni podía llegar a imaginar lo que tenía que suponer llevar tantos años sin saber de su hermano, qué desesperación. Y también qué entereza y qué fuerza para haber sabido mantener la esperanza viva durante estos años. Sin duda, Amelia era una mujer admirable...

Y sí, Sergio tenía razón, ya era hora de que al fin supiera y pudiera reencontrarse con su hermano.

—Está bien —dijo Julia, cogiendo el teléfono—. Vamos allá. Lo voy a poner en manos libres para que puedas escucharlo y ayudarme si me bloqueo.

Sergio se incorporó, se peinó el pelo con las manos y luego repuso:

—Lo vas a hacer de maravilla.

Julia no pudo evitar fijarse en el torso de Sergio y que luego su vista traidora bajara hasta la protuberancia matinal que estaba solo tapada con una sábana.

—No sé cómo no tienes frío —masculló nerviosa retirándole la mirada.

—En estos tiempos hace mucho menos frío que en el mío. Yo estoy bien, tranquila.

¿Cómo iba a estar tranquila? Pues no, no podía estarlo... Pero bueno, decidió mirarle solo a los ojos y listo.

Claro que también tenía unos ojos...

—¿Entonces llamo ya? —preguntó Julia que cada vez se estaba poniendo más nerviosa. Y no solo por la llamada.

—Dale.

Julia respiró hondo y luego le pidió a Sergio:

—Deséame suerte, por favor.

—Ven, déjame que te dé un beso.

Julia le miró a punto de soltar una carcajada y preguntó:

—¿El beso de la suerte que le dabas a tus amigas cantantes de ópera antes de los estrenos?

—No. Este es exclusivo para ti. ¿Lo quieres o no?

—Solo si me garantizas que me va a dar suerte —bromeó pensando que no iba a dárselo.

Sin embargo, para el más absoluto pasmo de Julia, Sergio asintió con la cabeza, se acercó a ella, le cogió el rostro con ambas manos y le dio un beso en los labios que la dejó muerta.

—Tú no puedes besar así... Es que no puede ser esto... —susurró Julia tras el beso.

—¿No querías un beso de la suerte? Pues ya lo tienes. Ahora, llama.

—Como no tenía ya suficientes nervios, ahora vas y me besas. ¡Madre mía, qué locura más grande! —exclamó Julia mientras devolvía la llamada al número de Amelia, con el corazón a mil.

—Lo vas a hacer muy bien, ya verás —aseguró Sergio, a la vez que ya sonaban los primeros tonos.

—Dios, qué nervios, me va a dar algo...

Y entonces se escuchó cómo Amelia descolgaba el teléfono y decía ilusionada con una voz que no sonaba para nada a anciana de más noventa años:

—¡Buenos días, Julia! Soy Amelia, qué bien que hayas llamado tan pronto.

Es que desde anoche estoy en ascuas... Apenas he pegado ojo aferrada a la tarjeta de visita con esas letras de mi hermano. Porque es su letra, de eso estoy cien por cien segura...

Julia se quedó callada, sin saber bien qué decir, hasta que Sergio cuchicheó:
—¡Salúdala! Saluda.... Vamos...

Julia carraspeó un poco y luego musitó más nerviosa que nunca:

—¡Hola! Buenos días, soy yo, Julia y estoy encantada de saludarla.

—Encantada estoy yo, que no imaginas lo feliz que me has hecho. Pero cuéntame por favor, el conserje me dijo que eres la nieta de un amigo de mi hermano Sergio.

Sergio entonces se acercó a ella y le susurró al oído:

—¡Di la verdad! Dile la verdad...

Julia cogió aire y se armó de valor para decir:

—Realmente no lo soy.

Amelia entonces replicó tan convencida como emocionada:

—Pero conoces a mi hermano... No sé cómo pero sé que le conoces.

Julia miró a Sergio que estaba igual de emocionado y que le alentaba con gestos a que siguiera diciendo la verdad:

—Sí, sí que lo conozco.

—Cuéntame lo que tengas que contarme, estoy preparada para escuchar lo que sea. Soy muy perceptiva, y durante todos estos años siempre tuve la sensación de que mi hermano estaba vivo en alguna parte. Yo puedo sentir cuando a los míos les pasa algo, siento algo en las entrañas que me dice que no están bien... Pero con Sergio jamás tuve una mala sensación, al contrario, siempre le he sentido muy bien, incluso hasta enamorado.

Julia se quedó mirando a Sergio que estaba a punto de llorar y ella casi que también...

—Enamorado —repitió Julia.

—Hasta el tuétano. Lo siento así, aunque no se lo he confesado jamás a nadie. Los que no saben de qué va esto, jamás lo entenderían. Pero yo siempre supe que vivía, que estaba feliz en alguna parte. Por eso, no tengas miedo a contarme lo que sepas...

Julia la sintió tan serena y tan confiada que decidió contar la pura verdad, tal y como Sergio le había dicho que iba a ser lo mejor:

—Verá... El viernes pasado cuando iba conduciendo por la carretera de noche, me topé con una avioneta accidentada de la que salíó...

—Sergio —replicó Amelia sin cuestionar absolutamente nada y con la voz tomada por la emoción.

—Estaba sano y salvo, pero al poco me aseguró que cuando había despegado era 1932. Yo pensé que desvariaba por culpa del golpe, lo achaqué a una conmoción cerebral o algo por el estilo... El caso es que ante su insistencia y ciertas pruebas como su cédula personal, lo busqué en Google y...

Amelia, sin embargo, sin necesidad de más pruebas le preguntó a Julia entre lágrimas:

—¿Está ahora contigo?

—Sí, lo tengo a mi lado...

—Ponme la cámara por favor y pásamelo... ¡Necesito verlo! Dios mío, necesito verlo...

Capítulo 22

Julia hizo la videollamada y se la pasó a Sergio que se estaba retirando las lágrimas con los dedos.

Julia también lloraba... Y de qué manera...

—¡Meli! —le dijo entre lágrimas en cuanto apareció en pantalla.

—Hermano, ya nadie me llama así, solo Vicente, Vicentín, me llamaba así. Murió hace dos años... ¿Te acuerdas de él? El hijo de Serafín, el chófer...

—Cómo no me voy a acordar si el viernes antes de salir estuve hablando con él...

Amelia rompió a llorar y los demás también...

—¡Dios mío, no me lo creo, Sergio! Pero sabía que volvería a verte... Siempre se lo decía a Vicente. ¡Me casé con él! Tuve que enfrentarme a todo el mundo, pero nos casamos y fuimos muy felices. ¿Y sabes que además hemos logrado que tu empresa galletera sea una de las más importantes de Europa?

Sergio no podía parar de llorar al ver a su hermana convertida en una anciana que aún conservaba el brillo y la alegría en la mirada de su hermana Meli, la pequeña Meli.

—Meli... Mi pequeña Meli...

—Soy una castaña pilonga, pero por dentro sigo siendo la misma. La pérdida de Vicente fue terrible, pero si no me hundí fue por ti. Te parecerá una tontería pero siempre he sentido que debía permanecer viva para reencontrarme contigo. Ahora que jamás pensé que aparecerías cual Tarzán de los monos.

—Es que me acabo de levantar...

—Tú siempre odiaste los pijamas. Y esa película, *Tarzán de los monos*, fue

la última película que vimos juntos, ¿te acuerdas?

—Para mí fue hace tan solo un par de semanas. El 31 de octubre fuimos al estreno y nos gustó muchísimo. Me obligaste a comprarte un montón de pastelitos y bombones en Viena Capellanes, y te los comiste tú casi todos.

—Y me puse malísima.

—Y la tía me echó una bronca de padre y muy señor mío...

—Y con razón, yo hacía de ti lo que quería. No obstante, te he hecho caso en todo, estudié, fui la universidad y con la ayuda de Vicente, que se hizo ingeniero industrial como tú, la hemos liado buena. ¡Agárrate bien que vienen curvas! Facturamos más de trescientos millones de euros anuales, exportamos a más de cincuenta países, tenemos tres plantas de producción con la mejor tecnología, colaboramos con universidades y centros de investigación en proyectos para la prevención de enfermedades cardiovasculares, diabetes y demás... Y ya no hacemos solo galletas, que ahora las tenemos de todo tipo, sin azúcar, sin sal, integrales, con fibra... sino que también elaboramos pastas, rosquillas, bizcochos, barquillos... ¿Cómo lo ves? Es que ¡chúpate esa mandarina, hermanito!

—¡No se te puede dejar sola, Meli!

—Te lo debo todo a ti, recuerdo que cuando montaste la empresa siempre decías que había que reinvertir los beneficios. Pues eso es lo que hemos practicado: política de reinversión de beneficios, nada de reparto de dividendos, lo que me ha valido unas trifulcas tremendas con mis hijos, pero siempre he sido implacable con eso. Y no me ha salido mal jugada porque todo ha redundado en la expansión de la empresa y en la creación de puestos de trabajo.

Sergio estaba fascinado escuchando a su pequeña Meli hablar como toda una empresaria, y desde luego que no le sorprendía porque siempre apuntó maneras:

—¡Estoy tan orgulloso de ti!

—Me han dado premios a la empresaria del año y todo eso, y siempre te menciono a ti, porque tú fuiste mi inspiración y te lo debo todo.

—Paparruchas. ¡No digas mentiras que te va a crecer la nariz!

—¡Lo que me faltaba! Deja, deja. Que ya tengo bastante con estas orejas enormes que se me han puesto —confesó Amelia, divertida mostrándole las orejas.

—¡Estás tan guapa como siempre! Y no me debes nada, tú has llevado la empresa a lo más alto por méritos propios. Yo jamás habría sido capaz de alcanzar esos brillantes resultados, ¡no imaginas cuánto te admiro!

—¡Yo más! No he dejado ni un solo día de pensar en ti, que desaparecieras de repente fue la cosa más terrible que me pudo pasar. Pero yo te sentía bien, te sentía feliz, te sentía enamorado... Y sabía que no podías volver por alguna poderosa razón que yo no alcanzaba a entender. ¡Y mira si estaba en lo cierto!

—De repente me vi atrapado en una tormenta pavorosa y algo sucedió que aparecí en otro tiempo...

—Será que tienes que estar aquí por alguna razón... Todo pasa por algo, solo hay que tener paciencia para descubrirlo.

Sergio miró a Julia convencido de que ya estaba empezando a atisbar la razón, pero no dijo nada.

—Solo sé que estoy feliz de ver la que has liado...

—Tengo tantas cosas que contarte, pero ahora no puede ser. Vicente, mi hijo mayor acaba de despertarse, ya lo escucho por el pasillo —dijo bajando la voz—. Se ha divorciado hace poco y lo tengo todo el día metido en casa, no me deja ni a sol ni a sombra, y es aburridamente práctico y realista. Si le cuento que estoy hablando con mi hermano Sergio, que tiene el aspecto de un joven de 27 años, lo primero que haría sería llamar a la policía. Te tomaría por un impostor, un estafador y un delincuente ya que es sumamente

desconfiado y amargado, y de mí pensaría que estoy gagá, así que no pienso decirle nada. Aprovecharé el miércoles que ha quedado a almorzar con unos amigos, para ir a verte a casa de Julia.

—Por mí, perfecto —repuso Sergio que, aunque se moría de ganas por reencontrarse con su hermana, estaba feliz de poder pasar unos cuantos días más con Julia, si es que se prestaba a acogerle, obviamente—. Si Julia no tiene inconveniente en que pase aquí unos días más...

—No, por supuesto que no —dijo Julia, que ya de perdidos al río.

—¿Podrías decir a Julia que se acercara a la cámara para verla? —propuso Amelia con gran curiosidad.

Sergio miró a Julia, ella asintió y se pegó junto a él para que Amelia la viera:

—Hola, encantada de conocerla —saludó Julia a la vez que comprobaba que Amelia lucía tan esplendorosa, con su batín de estampado de leopardo, como en la revista. Lo suyo no era nada de retoque digital, sino una genética maravillosa que le hacía estar estupenda.

—Oy, oy, oy, pero ¿qué ven mis ojos? ¡Hacéis una pareja de película! —exclamó Amelia en cuanto los vio juntos—. Ahora lo entiendo todo, ella es la razón de tu viaje en el tiempo, es que ni lo dudes.

Antes de que el entusiasmo de su hermana fuera a más, Sergio le contó:

—Julia tiene una relación complicada, Meli.

Amelia dio un manotazo al aire y replicó divertida:

—O sea que no tiene nada.

Julia sonrió y pensó que vaya si era sabia esa mujer...

—Lo hablaremos de todo el miércoles —propuso Sergio que estaba conteniendo la risa por el comentario de su hermana.

—Mientras tanto, Julia, facilítame tu número de cuenta por WhatsApp por favor, que voy a pasarte un dinero para cubrir los gastos de mi hermano.

—No hace falta, comparto piso con un compañero de trabajo y le ha pasado la ropa de su ex. Y cuanto a la comida, donde comen cinco comen seis...

—¿Seis?

—Vivo también con mi hermana, mi sobrino y un gato.

—Nos tiene acogidos a todos. Julia es un amor —confesó Sergio.

—¡Uy qué cara de pánfilo, Sergio! Esa cara de merluzo no te la había visto yo en la vida. Tú te has quedado muy pillado por Julita, pero muy muy pillado. Por eso tenemos que arreglar los papeles cuanto antes. Esta criatura querrá casarse y hacer las cosas bien.

Julia escuchaba atónita, tanto que ni pudo abrir el pico ante esa señora que era un ciclón:

—El sobrino de Julia dice que conoce a una chica que puede ayudarme a conseguir una nueva identidad —habló Sergio, divertido con la sinceridad de su hermana.

A Amelia se le encendió la mirada, bajó más aún la voz y susurró:

—Desde la ilegalidad, obviamente.

—Es que me temo que no nos queda otra, porque también está la opción de exponerme totalmente. De contar la verdad... Pero...

Amelia se acercó más todavía a la cámara y cuchicheó:

—Ni se te ocurra. Te volverían loco y perderías la oportunidad de ser feliz con Julia.

Julia no sabía dónde meterse, pero Sergio sonrió de oreja a oreja, pues eso era justo lo que sentía:

—Pienso lo mismo —confesó Sergio y Julia le miró espantada—. Me refiero a lo de contar la verdad.

—Y a lo otro también, ¡ten arrestos, caramba! —terció Amelia, muerta de risa.

—Meli siempre dice lo que piensa y siempre consigue que se haga su santa

voluntad. Es igual que cuando era niña —explicó Sergio encogiéndose de hombros.

—Igual no, de vieja soy muchísimo peor. Y ahora lamentándolo mucho voy a colgar porque está a punto de entrar el pesado de mi hijo y no quiero que piense cosas raras. El miércoles nos vemos y urdimos un plan perfecto. Jojojojo, ¡nos lo vamos a pasar pipa!

Capítulo 23

Julia se fue a trabajar, después de la conversación con Amelia. Tenía varias visitas concertadas para la mañana y un hueco libre de media hora entre la una y la una y media que aprovechó para quedar con Gonzalo que también estaba por la zona y libre, pues necesitaba hablar con él.

Julia llegó a la cervecería Santa Bárbara un poco antes que él, se pidió en la barra una cerveza y justo cuando estaba a punto de llevársela a los labios, recibió la llamada de su madre:

—Hola, mamá. ¿Qué tal?

—Eso digo yo, ¿qué tal estás? Porque no me has llamado en todo el fin de semana.

—Es que he estado muy liada... Con el trabajo... —mintió porque no le iba a contar que había acogido a otro más en casa y que encima era de 1905—. Han salido unos medicamentos nuevos y hay que darle duro a la promoción. He tenido que estar estudiando y...

—Vale, tranquila. Si te llamo para pedirte algo, aprovechando que estoy sola y nadie puede escucharme...

Julia frunció el ceño porque no tenía ni idea de qué podía ser lo que quería pedirle:

—Tengo un hueco ahora, dime...

—Verás, necesito pasar unas Navidades tranquilas...

Julia resopló, dio un sorbo a su cerveza y replicó:

—Falta más de un mes para las Navidades.

—Ya, pero hay que prepararlas bien y a mí me encantaría que te reconciliaras con tu hermano.

—¿Yo? ¡Pero si ha sido él el que me ha dejado de hablar!

—Es que no entendió, como nadie, que dejaras al bueno de Felipe por ese hombre que no conocemos, pero que ya va siendo hora de remediarlo.

A Julia por poco no se le cayó el vaso de la mano:

—¿Qué? ¿Quieres que le lleve a cenar a casa por Navidad?

—Ya ha pasado un tiempo, y bueno, si te guardaras el orgullo en el bolsillo y pidieras perdón a tu hermano, sería todo perfecto.

—Mamá pero es que yo no tengo que pedir perdón a mi hermano por nada.

—Le dolió mucho, el pobre Felipe es su mejor amigo... Solo son unas palabritas de arrepentimiento y listo. Hija, tampoco te estoy pidiendo tanto...

—Esto es ridículo, mamá.

—No es ridículo, quiero unas Navidades en paz. Y luego me preocupa tanto tu hermana, la veo tan triste desde que lo dejó con Alejandro. Es que me da una penita. ¿Tú cómo la ves?

Obviamente su madre no tenía ni idea de la vida locaza que se estaba pegando su hermana:

—Yo la veo bien, tranquila.

—¿Tú crees que está remontando?

Más bien montando, porque se lo estaba montando todo, pero respondió con absoluto convencimiento:

—Sí, cada día está mejor.

—A mí me gustaría mucho que se reconciliaran, a ver que lo que hizo Alejandro estuvo muy feo, pero no consumó.

No, Alejandro, no, pero Alma se lo estaba consumando todo...

—Ya, mamá.

—Me gustaría que Alejandro también estuviera en Navidad con nosotros. Es que para mí es como un hijo, tú sabes el cariño que le tengo...

—Lo sé.

—Pues habla con tu hermana, dile que tampoco fue para tanto y que perdone de una vez. Él está muy arrepentido, a mí me lo dice siempre que hablo con él, y hablo a diario: pero no se lo digas a tu hermana. A él también le haría mucha ilusión sentarse otra vez juntos a la mesa en Navidad.

Julia no iba a decírselo pero, como Alejandro se enterara de que Alma estaba saciando su sed de venganza follándose a todo lo que se movía, se le iban a quitar rápido las ganas de comer polvorones y mantecados juntos.

—Tiempo al tiempo, mamá... Ya se irá viendo...

—Sí, tiempo al tiempo pero tú mueve ficha. Pide perdón a tu hermano, di que te volviste loca, pero que fue por amor que eso siempre lo mitiga y que ahora eres muy feliz con Mauricio. Que te perdone y ya está. Y a tu hermana dile que perdone también, que las palabras se las lleva el viento, y lo importante sigue ahí. Ellos se quieren.

Julia vio que Gonzalo entraba en el bar y con un cabreo tremendo le dijo a su madre:

—Tengo que colgar, mamá. Vamos hablando. Adiós.

Julia colgó y saludó a Gonzalo haciéndole señas con la mano para que la viera:

—¡Mi salvador! —exclamó en cuanto lo tuvo enfrente, dándole un beso en la mejilla—. Mi madre me estaba poniendo de los nervios, le ha entrado la obsesión de que quiere unas Navidades tranquilas y tengo que pedir perdón a mí hermano, yo, y no él a mí, no, yo..., llevar a 71 a cenar a casa y convencer a Alma de que vuelva con Alejandro.

—Jajajajajajaja. Pues va lista.

—Y luego está lo de Sergio, que no me lo voy a quitar de encima ni con agua caliente.

—Pues mejor para ti, nena.

—Ya te he contado esta mañana que la hermana no le quiere en casa, pero es

que yo no puedo seguir así. Anoche hubo besos y manitas, que es una bobada y de ahí no vamos a pasar, pero no puedo seguir jugando con fuego. Tienes que metértelo en tu cuarto, por favor, te lo pido. Mateo necesita estar en el salón porque se pasa las noches de chateo con Hannah, la *cracker*, y mi hermana se niega porque dice que Sergio acabaría deseándola como todos y ya tiene cubierto su cupo de amantes.

Gonzalo se partió de risa, se pidió una cerveza y unas bravas y luego le dijo:

—Tía, relájate, y líate con él, eso que te llevas para el cuerpo. Yo ya no sé cómo tengo que decírtelo.

Julia le miró con los ojos entornados y le reprendió:

—Cómo puedes ser tan frívolo, de verdad...

—Y tú tan pava. Aprovecha y disfruta lo que la vida te manda. Hazme caso de una vez.

—Que no. Que yo tengo una pareja, fantasma, rara, complicada, pero una pareja... Anda, no seas malo y métetelo en tu cuarto, por lo que más quieras.

—No puedo porque me quedo hasta tarde hablando con Adán.

Julia le miró sin entender nada y preguntó:

—¿Adán el mamonazo, cerdo y sinvergüenza?

El camarero le sirvió la cerveza, Gonzalo le dio un buen trago y luego respondió resignado:

—Anoche me entró y me explicó que quiere ir despacio. Prefiere que antes de ponernos a follar como monos salvajes y nos confundamos, nos conozcamos más a fondo.

Julia se echó a reír y replicó divertida:

—Sé que odias que diga esto pero: te lo dije. Sabía que había una razón para que se comportara así. ¿Y a ti qué te parece?

Gonzalo se revolvió el pelo con la mano, se encogió de hombros y

respondió:

—No tengo ni idea. No sé. Me tiene completamente descolocado. Después de lo de Rodolfo, yo solo iba buscando polvos; y mi parte afectiva la tengo llena contigo.

—Ya, pero no es lo mismo.

—Yo me siento muy querido y comprendido por ti. Es que no necesito más... Bueno, sí... Follar... Soy muy sexual y yo ya me iba haciendo mis apaños. Pero ahora llega este y me hace replantearme muchas cosas. Es que no solo me gusta físicamente, tenemos conexión de la otra. Con el muy cabrón no hago más que abrirme y abrirme, con una falta de pudor que ni me conozco. No sé cómo lo hace que saca cosas de mí que jamás me ha sacado nadie.

El camarero trajo el plato de bravas, Julia cogió un tenedor y comentó:

—¡Jo qué bien!

Gonzalo agarró el otro tenedor, la miró desesperado, bufó y luego dijo:

—No entraba en mis planes enamorarme. Quería un duelo largo y follando a destajo...

—Una cosa son nuestros deseos y otra lo que la vida nos tiene deparado.

Gonzalo se metió una patata ardiendo en la boca y luego dijo:

—Odio las sorpresas, con lo bien que estaba yo, tranquilito... Joder, cómo quema esto —farfulló mientras daba un sorbo a la cerveza—. Así que por eso no puedo meter al superhombre en mi cuarto. Estoy desbordado, confundido, desubicado, pero...

—Vas a seguir hablando con él.

—Y es que aunque no quisiera no puedo evitarlo, veo sus mensajitos y sus llamaditas y tengo que responder. Sabe tentarme como nadie. Estoy jodido, muy jodido...

Capítulo 24

Llegó el miércoles y Julia conducía de camino a casa a las tres de la tarde, después de salir de una visita en el hospital de Torrelodones.

La mañana se le había complicado y acababa de avisar a Sergio de que llegaría un poco más tarde...

—No te preocupes, mi hermana también me ha avisado de que se va a retrasar porque el hijo no ha salido de casa hasta hace un momento.

—Mejor, entonces. Nos vemos en un rato.

Julia iba a colgar cuando escuchó decir a Sergio:

—Julia...

—¿Sí?

—Muchas gracias por lo de anoche... Fue...

Julia que solo quería olvidar lo que había pasado por la noche, le rogó:

—Déjalo ahí.

—Casi que mejor porque no hay adjetivo que describa lo que sentí anoche...

Julia suspiró y solo pudo musitar:

—Señor, por qué me haces esto.

—Yo solo le doy gracias por tamaña bendición.

—Fue maravilloso, pero... tengo un lío en la cabeza... En fin... Nos vemos en casa.

—Conduce con cuidado, blanca flor.

Julia colgó, sin poder dejar de pensar en lo que llevaba pensando toda la mañana.

¿Cómo podía haber cometido el error de dejar que Sergio se metiera en su

cama por mera compasión?

Sí, por compasión, le dio tanta pena verle tirado en ese sofá tan duro y tan pequeño, con las piernas colgando, una noche más, que no tuvo mejor ocurrencia para que no se quedara tronchado que sugerirle que se metiera en su cama.

Y aunque estaba buenísimo y le gustaba muchísimo y sabía cómo besaba y todo lo demás, decidió correr el riesgo.

Porque no iba a pasar nada...

De hecho, estaba convencida...

Y se lo propuso.

Y aunque él rechazó la propuesta, ante la insistencia de ella que se puso tremendamente pesada, acabó metido en la cama, en su cama.

Pero lo peor no fue eso, no...

Lo peor fue que en mitad de la noche, tras un ronquido de oso, Sergio se giró y acabó abrazado a ella, tan pegado que Julia sintió cómo sin querer le clavaba la erección en el culo.

Nerviosa, se puso como pudo bocarriba pero él siguió pegado a ella, con el cosón ese ahora clavado en el muslo.

—Sergio, despierta.

—Eh.

Sergio al fin abrió un ojo y al percatarse de que estaba pegado a ella y con un brazo por encima, se sintió fatal:

—Perdona, no era mi intención... Ha sido un acto inconsciente...

Sergio retiró el brazo y se apartó de ella al instante, mientras Julia le mentía:

—No pasa nada. Tranquilo.

—Sí, que pasa. No puede volverse a repetir de ninguna manera. Me vuelvo al sofá.

—Quédate, que vas a terminar contracturado.

—Lo prefiero antes de que vuelva a pasar lo de antes... No podemos permitirlo.

—Que no pasa nada... Quédate aquí. Te lo ordeno.

—Eres muy gentil, si bien esta situación es de todo punto inadecuada.

—Lo que es inadecuado es que acabes con un esguince cervical o vete a saber qué. Somos dos adultos que podemos dormir perfectamente juntos sin que pase nada.

—Eso ni lo dudes, pero ¿y si me vuelvo a pegar a ti de forma involuntaria? No puedo controlar lo que hago dormido...

—Te vuelves para tu lado y ya está.

—De verdad que no quiero importunarte...

—Lo que me importuna más es verte dormido hecho un cuatro. Así que ni se te ocurra salir de la cama.

—Bueno... Pero voy a poner una almohada entre medias para que haga de muro entre nosotros y así nos aseguramos de que no vamos a volver a tener ningún percance.

Sergio se incorporó para coger la almohada que estaba sobre el sofá justo al lado de Julia y al hacerlo se echó un poco sobre ella, tanto que Julia le dijo:

—Ya la cojo yo...

—No hace falta...

Y con el tira y afloja de la cojo yo, la coges tú, acabaron frente a frente, con Julia tumbada y él medio encima de ella tan tentadoramente cerca que Julia le pidió:

—Ay. No me mires así. ¡Vaya ojos que tienes!

La verdad era que a pesar de que era de noche, algo se veía con la luz de anaranjada de la farola que se filtraba a través de las rendijas de la persiana.

—Muchas gracias por el cumplido y de verdad que siento que te moleste mi

mirada, es que no sé mirar de otra manera —replicó él mientras seguía estirándose para agarrar la almohada—. Y ahora ya solo tengo que estirar un poco el brazo y...

Y lo que pasó es que acabó encima de ella:

—¡Ay, lo siento, de verdad que lo siento! ¡Qué contrariedad, Dios mío! Perdona... —farfulló Sergio muy apurado.

—No te preocupes, de verdad. Tranquilo...

Julia se le quedó mirando y tras morderse los labios de la ansiedad confesó:

—Pero dudo que pueda estar un segundo más contigo encima.

—Perdona, es que peso mucho.

Julia negó con la cabeza y luego susurró:

—No, no es eso...

—¿Y qué es?

Qué iba a ser...

—Me están entrando unas ganas ridículas y absurdas de besarte —susurró Julia.

—Pues bésame si te apetece. Yo encantado...

Apetecerle, le apetecía muchísimo, pero no debía, pensó, así que le pidió:

—Y yo. Encantada igual. Pero que no... Que no puede ser... Mejor regresa a tu lado de la cama y pon el muro, como decías, por favor.

Sergio lo hizo, se echó a un lado y luego colocó la almohada entre ambos.

—¿Así mejor? —Julia asintió y entonces él le deseó—: ¡Buenas noches, Julia!

Entonces Sergio se incorporó un poco y le dio un beso de buenas noches que no acabó en la mejilla, ya que Julia movió la cabeza de repente:

—¿Por qué me haces esto? —le preguntó Julia con los labios pegados a los de él.

—No quería besarte en los labios... Vamos, sí... Yo te besaría a todas horas, pero quiero decir que mi intención no era esa. Ha sido un accidente...

Julia con unas ganas enormes de besarlo, de abrazarlo y de todo, susurró:

—Vas a matarme.

—¿Por qué? —preguntó con los labios rozando los de Julia.

Y la respuesta de ella fue cogerle por el cuello y pegarle un besazo en la boca.

Un beso que se vino tan arriba, con tanta lengua y tanta pasión, que Julia cogió la almohada que Sergio acababa de colocar entre ellos y la arrojó al suelo.

Luego se pegó a él, y así estuvieron un rato, besándose sin parar, hasta que Julia no pudo más y se quitó la parte de arriba del pijama.

Sergio se quedó fascinado al verla y comenzó a descender con los besos desde el cuello hasta el pecho para tortura de Julia que creyó que iba a morir ahí mismo de gusto.

Pero no se murió, porque siguió sintiendo cómo los besos, los mordisquitos y las caricias seguían bajando por el vientre, donde Sergio se detuvo y preguntó:

—¿Sigo?

Qué pregunta, pensó Julia, si se moría por tener su lengua entre las piernas...

—Baja, baja, por favor, y que sea lo que tenga que ser...

Sergio le bajó el pantalón del pijama que ella terminó de quitárselo con los pies, y luego las braguitas que también acabaron en el suelo.

—Va a ser bueno, confía en mí.

Julia estaba tan excitada que a poco que se esmerara iba a correrse ahí mismo, pero es que el tío se esmeró.

Porque tras tocarla con una pericia increíble con los dedos, sabiendo dónde

y cómo tocar y con la presión precisa en cada momento; lo hizo después con lengua, recorriéndola, lamiéndola, chupándola hasta que le arrancó tal orgasmo que Julia tuvo que ponerse la almohada en la boca para no gritar.

Luego, él se tumbó a su lado y la besó suave en los labios...

Julia exhausta, cerró los ojos y no quiso pensar en nada, tan solo se dejó llevar por la sensación de paz tan enorme que le había dejado el orgasmo y al poco se quedó profundamente dormida.

Capítulo 25

Y eso era lo que había pasado, y aun cuando había sido increíblemente bueno, es que no podía ser.

No tenía sentido.

Ella ya tenía una relación complicada, qué necesidad tenía de liarse con viajero del tiempo que a saber qué iba a pasar con él.

¿Y si otro día de tormenta le alcanzaba otro rayo y le escupía de nuevo en sus años 30?

Vale que era algo casi imposible, pero que no.

Que lo mirara por donde lo mirase aquello era un completo despropósito y lo mejor era que lo de anoche no volviera a repetirse.

Aunque se muriera por repetirlo...

Y es que Sergio le gustaba demasiado...

Y es que el tío no podía besar mejor y luego hacía unos trabajitos con la lengua que eran como para perder el sentido.

Qué lengua tenía el cabrón.

Pero que no.

Que no podía ser...

¿Cómo iba a darle al poliamor con un tío de 1905?

Es que no.

¿Dónde iba ella con dos novios?

¿Aunque podía considerar que 71 lo fuera? Porque el pufo de relación que tenía es que no daba ni para follamigo.

Porque ni estaba nunca como amigo, y de follar ya mejor ni hablar...

En fin, que con ese runrún en la cabeza condujo hasta casa donde ya la

estaban esperando Amelia y Sergio que estaban felices por el reencuentro.

Amelia estaba tan emocionada de volver a abrazar al hermano que llevaba tantos años desaparecido que desde que había llegado no le había soltado la mano.

Y Sergio, superado el *shock* de constatar que la niña de la que se había despedido días antes de su último vuelo, hoy era una anciana con la misma locuacidad y el mismo brillo de siempre en la mirada, sentía la misma emoción.

Porque después de todo era Meli, y estaban juntos otra vez... Eso era lo único que importaba.

Y justo cuando le estaba contando lo especial que era Julia, lo que le gustaba y todo lo que le hacía sentir: llegó ella.

Sergio, sin disimular lo feliz que le hacía verla de nuevo, se levantó del sofá para saludarla:

—Buenas tardes, ¿qué tal el día? —preguntó dándole un beso en la mejilla.

—Bien, bien —contestó Julia por decir algo, porque había estado tan descentrada que no había dado pie con bola—. ¿Y este olor? *Mmm...* Huele de maravilla... —dijo refiriéndose tanto al olor de comida casera, como al olorcito de Sergio que le traía loca.

—He hecho lentejas, que es el plato favorito de mi hermana, y lenguado con *mousse* de gambas que según me ha chivado Alma es el tuyo. Espero que me haya salido bueno...

—Seguro que sí —afirmó Julia mientras se quitaba el abrigo con ayuda de Sergio.

—Gracias por la confianza.

—Gracias a ti —musitó Julia con una sonrisa.

Y él se la devolvió con tal cara que Amelia que estaba observando la escena desde el sofá exclamó:

—¡Qué cara de enamorado, Sergito! Ya sabía yo que te iba a llegar la hora ya...

Julia se puso roja como un tomate, mientras Sergio le decía a su hermana:

—Meli, te presento a Julia, mi salvadora...

Julia se acercó al sofá, se sentó junto a Amelia —que no podía tener una imagen más moderna, con el pelo corto y canoso peinado hacia atrás, un traje de tweed marrón impecable y unas zapatillas deportivas Triple S de Balenciaga—, y le dio dos besos cariñosos:

—Encantada, Julia, muchas gracias por todo lo que estás haciendo por mi hermano.

—No es nada, lo que habría hecho cualquiera...

Amelia que tenía los ojos del mismo azul que su hermano, negó con la cabeza y luego dijo:

—Te equivocas, esto solo lo has conseguido tú.

Julia sin saber de qué estaba hablando replicó:

—¿Cómo dice?

Y Amelia respondió como si fuera algo más que obvio:

—Enamorarlo. Yo jamás le había visto así, y no sabes cuánto me alegro. Por cierto, tutéame...

Julia no sabía ni qué decir, estaba tan nerviosa que solo pudo farfullar un “gracias” por lo del tuteo.

Menos mal que Sergio las invitó a que se sentaran a la mesa y así evitó hacer ningún tipo de comentario al respecto del enamoramiento.

No obstante, ya en la mesa, con las lentejas, Amelia volvió a sacar el tema otra vez:

—Me encantas Julia, es que eres ideal para mi hermano. Y por lo de que sea de 1905 ni te preocupes —dijo echando a volar una mano que por cierto estaba repleta de anillos con pedruscos varios—. Al contrario, por

experiencia te digo que cuanto más insensato y loco es un matrimonio: más garantía de éxito tiene. A mí me decían que iba a durar tres tardes con mi marido, porque yo era un espíritu libre y procedíamos de clases sociales diferentes. Y ya ves... hemos estado toda la vida juntos. Así que tú por eso ni te preocupes.

Julia no podía parar de comer lentejas, que estaban buenísimas por cierto, de puro nervios, y tan solo atinó a replicar:

—El matrimonio es una aventura...

—Y tanto que lo es —aseguró Amelia—. Así que imagina lo que supone para nosotros que venimos de una estirpe de aventureros. A los Minaya nos vuelve locos el matrimonio: es que un reto que nos pone muchísimo. No hay un solo Minaya que haya hecho un matrimonio cabal y juicioso. Todos han sido auténticas locuras, matrimonios completamente irracionales y repletos de peligros. Y lo entiendo, pues no conozco nada más temerario ni más apasionante que embarcarte en algo en lo que puedes arruinarte la vida para siempre. Y en nombre del amor, que es lo más grande.

—Y yo con todo lo que sé de los Minaya, en la vida podía haber imaginado que te casarías con Vicentín —comentó Sergio, divertido.

Amelia suspiró profundo y luego dijo recordando con una sonrisa enorme:

—¡Era tan guapo y tan listo! Estaba todo el día haciendo inventos, la mayoría se frustraban, pero tenía tanto ingenio...

—¿Te acuerdas del abanico mecánico?

—Jajajajajaja. Sí, que por poco no me saca un ojo. Lo que me he reído con él, hemos sido tan felices que por eso no me gustaría que volvieras a 1932 —le confesó Amelia limpiándose las comisuras con la servilleta—. No he podido dejar de pensarlo, es que si por lo que fuera volvieras para atrás, mi vida seguramente no sería lo que es. Y me gusta mucho mi vida, lo que soy, lo que tengo, lo que he vivido. No me gustaría que nada cambiara.

—No va a cambiar nada, Amelia. Yo no tengo ni idea de cómo se viaja en el tiempo, lo que sucedió escapa a toda lógica, y dudo que vuelva a repetirse — le aseguró Sergio, mientras Amelia terminaba las lentes.

—Y además no quieres que se repita. Quieres estar aquí —apuntó Amelia.

Sergio miró a Julia y solo pudo responder la verdad:

—Pues sí. No quiero regresar a 1932. Quiero estar aquí.

Amelia se removió un poco en la silla y luego confesó:

—Mi idea es incorporarte al consejo de administración, yo soy la principal accionista, pero para eso tenemos que regularizar tu situación. Como con la verdad no podemos ir, he pensado inventar la historia de que mi hermano tuvo un hijo y que tú eres su nieto.

—Como te conté, Mateo, el sobrino de Julia, me ha dicho que su amiga está trabajando duro para conseguirme una identidad.

—Es fundamental para que puedas tener una vida normal, entrar en la empresa, trabajar con nosotros: estoy tan ilusionada. Tú fuiste el que empezó con todo esto y sé que contigo en la empresa ya sí que no vamos a tener techo.

—Dudo que pueda hacerlo mejor tú, Meli.

—Yo no. Sé que vamos a llegar muy lejos. Lo único que me preocupa es mi hijo el mayor, que pedirá todo tipo de informes sobre ti, pruebas de ADN y demás, por eso tenemos que dejarlo todo muy bien atado y ser muy cautelosos. Lo mejor es que sigas aquí y mientras tanto, te he traído dinero, porque Julia se niega a facilitarme su número de cuenta...

—Es que no hace falta, de verdad —intervino Julia—. Entre mi hermana y mi amigo Gonzalo pagamos todo a partes iguales, alquiler, suministros, comida... Y de verdad que no nos hace ningún trastorno en nuestra economía tener una boca más.

El trastorno era a otros niveles, porque la llegada de Sergio la había vuelto loca de atar, pero eso obviamente no se lo dijo a Amelia.

Capítulo 26

Esa noche, contra todo pronóstico, Julia durmió del tirón entre otras cosas porque Sergio se quedó con Mateo en el salón, donde estuvieron chateando con Hannah hasta las tantas.

Y, aunque a Alma le parecía que esa chica era una pintamonas farsante, Hannah tenía bastante avanzado el tema de conseguirle una identidad nueva a Sergio, o al menos eso aseguraba.

—Ya te dije que es una monstrea —le confesó Mateo a Sergio en cuanto terminaron con la conexión.

—Le estoy muy agradecido y me parece justo recompensarle por su trabajo y por los riesgos y peligros que está corriendo por mí.

—La pasta se la tienes que pagar a los tíos de la *darknet* que hacen el trabajo sucio. Ella lo hace por amor, quiero decir que le encanta. ¿No has escuchado lo que ha dicho? Para ella es un honor ayudarte, se siente parte de algo muy importante. Es una *friki* como yo, le mola mogollón lo de los viajes en el tiempo y todas las rayaduras paranormales. Y luego cree en el amor como yo y está entusiasmada con vuestro *shipeo*, o sea con que haya una historia entre Julia y tú: total, que va a muerte con nosotros. Cómo no la voy a querer y luego es tan lista, habla cinco idiomas, y es tan guapa... aunque mi madre dice que tiene cara de chalada y patitas de araña, con pelos incluidos. Es que no se depila. A mí me pone eso...

—Si te gusta...

—Demasiado. Yo todavía no me creo que seamos novios. No sé qué ha visto en mí, te lo juro. Soy un puto *loser* a su lado... Pero me encuentra *sexy* incluso cuando se pone las gafas.

—El amor, ya sabes —repuso, Sergio, encogiéndose de hombros.

—Pues sí, estoy muy enamorado. Mucho.

—Lo entiendo es una chica brillante y estoy en deuda con ella porque...

—¡Tío, qué pelma eres! Pero si te sientes mejor, se me ocurre que más adelante le pagues un viajecito a ella y a su madre para que nos desvirtualicemos. Es que nunca nos hemos visto en directo, así en carne y hueso, pero claro la madre no la va a dejar venir sola. No le gusto demasiado, piensa de mí algo parecido a lo que mi madre piensa de Hannah —contó mientras apagaba la computadora.

—Al principio es normal tener ese recelo.

—Ya. Y la madre de Hannah también está atravesando una crisis de pareja. Así que está en fase: el amor es lo peor y tal... Pero nosotros sí que creemos en el amor. Y no imaginas lo duro que es tener una novia a tanta distancia, verla cada día y no poder ni olerla.

—Y no imaginas lo duro que es también tener muy cerca a alguien que te gusta, pero que no puede ser —confesó Sergio, pensando en Julia.

—Bah. Julia y tú lo tenéis chupado.

—¿Tú crees? —preguntó Sergio revolviéndose el pelo con la mano.

—Tiene una pareja un tanto trucha y tú eres un poco viejo, quiero decir de otro tiempo, pero no lo veo yo muy complicado. No. Además te mira con deseo...

—Yo es que no me doy cuenta de esas cosas.

—Yo sí cuando se trata de otro, para mí mismo soy un lerdo también. Tardé unas cuantas semanas en darme cuenta de que le molaba a Hannah. Y eso que la pobre no paraba de emitir señales, pero no las pillaba. Es que no podía creerme que una diosa así pudiera fijarse en mí.

—Eres un chaval majo y de buen ver...

—No destaco en nada, estoy muy flaco, tengo granos y crecí muy deprisa,

mis movimientos son un poco torpones. Pero a ella le pone... No, si he tenido mucha suerte. Miedo me da a que se le pase el enamoramiento...

—Es normal, el vértigo del amor.

—Vivo cagado, pero bueno... Y en cuanto a Julia y tú, yo lo que veo es que cuando estás tú se toquetea el pelo, se pasa la lengua por los labios y ya no se pone unos pijamas horribles que tiene. Para mí no hay duda: le molas.

Sergio suspiró y solo pudo musitar:

—Ojalá.

Después se dieron las buenas noches y Sergio se metió en la cama de Julia, como habían acordado y ella ni se percató de su presencia, hasta las siete de la mañana que se levantó para ir al trabajo.

Eso sí, antes de dejar la cama se quedó un rato mirando a ese pedazo de tío que dormía a su lado y que estaba para comérselo a besos ahí mismo.

Qué locura, pensó.

Luego se duchó, se vistió con un vestido de cuadros rosa que sabía que le iba a encantar a Sergio, desayunó y se fue a trabajar.

Ese día tenía la agenda repleta y para más horror, tenía que quedar a la hora de comer en Cibeles con 71.

Qué pocas ganas tenía de verle...

Pero con todo, hizo el “esfuercito” y después de estar toda la mañana de aquí para allá, entre consultorios y hospitales que estaban cada uno en una punta de la ciudad, se plantó tras pasarse media hora en un atasco, a las tres y media en Cibeles, como habían acordado en un wasap que 71 le había enviado a las doce de la mañana.

A las 15.30 en la puerta del Palacio del Cibeles. No faltes, porque no sé cuándo volveré a sacar un rato para verte. Estoy hasta arriba de trabajo. Besos.

Pues ahí estaba a la hora acordada, esperando muerta de hambre y de frío,

con un vestido que se había puesto para otro y con ninguna ilusión de encontrarse con el que se suponía que era su pareja.

Y entonces, sucedió...

De repente, lo vio tan claro como no lo había visto nunca.

¿De verdad que merecía la pena arruinarse la vida por un amor de saldo?

Porque eso era lo que tenía, un amor de mierda que no se merecía ni el frío que estaba pasando, ni los ruidos de su tripa porque llevaba sin comer nada desde las siete de la mañana, ni que se hubiera cruzado la ciudad entera para darse un beso en una esquina.

Y no, no tenía nada que ver con que Sergio hubiera llegado a su vida. O sí, tal vez lo había precipitado, pero su relación complicada con 71 estaba ya condenada desde hacía tiempo.

Desde que los silencios, los reproches y las ausencias eran más fuertes que el mismo amor.

Entonces, para qué seguir.

Y lo sintió con tal fuerza en su corazón que Julia sacó el teléfono móvil del bolso y le escribió con las manos tiritando de frío:

Me voy, me voy para siempre. Me he cansado de esperar besos furtivos en cualquier esquina, de sentir que siempre les estoy robando el tiempo a otros que lo merecen más que yo, de que no estés y de que cuando estés, estés siempre a medias. Que te vaya bien. Julia.

Julia envió el mensaje y al instante recibió una llamada de 71 que estaba muy enfadado:

—Julia, qué vergüenza. Todavía estoy con mi cliente y he tenido que levantarme de la mesa para saber qué coño te pasa. Aún voy a tardar unos diez minutos más. ¿Puedes dejar de ser tan egoísta y esperar un poco para soltarme tu ristra habitual de reproches?

Julia sonrió feliz de saber que jamás iba a volver a tener una conversación

tan exasperante como esa:

—A las cuatro y media tengo una visita en un consultorio y todavía no he comido.

—Cómprate un sándwich en cualquier máquina.

—Me he cruzado la ciudad entera para esperarte muerta de frío...

—Lo haces porque te da la gana, yo no te obligo a nada. Y desde luego no tengo culpa de que haga un frío del carajo. Entra y espérame en el *hall*, te repito que solo serán diez minutos.

—Me voy.

—Me estás haciendo perder un tiempo valioso. Si quieres irte, vete... Ya nos veremos otro día, pero te repito que va a estar difícil y luego en diciembre, entre el puente, las Navidades... Uf. No sé hasta cuándo no podremos vernos.

—Me voy para siempre. No nos vamos a ver nunca más, porque no quiero verte más...

—¡Julia por favor, no seas ridícula! ¿Me vas a salir ahora con un drama barato? Esperaba mucho más de ti.

—Precisamente porque estoy harta de vivir en perpetuo drama barato contigo y porque ya no espero nada de ti, me voy.

71 más cabreado que nunca replicó bajando el tono de voz:

—Cuando mañana me llames llorando arrepentida a lo mejor el que no va a estar soy yo. Necesito a mi lado a una mujer con la madurez suficiente como para entender la vida que llevo y me temo que tú como no cambies...

—No temas nada. Ni mañana te voy a llamar llorando, ni nunca más en mi vida. Solo espero que tú hagas lo mismo. Y ahora cuelga, no hagas esperar a tu cliente...

Capítulo 27

Horas después, Julia quedó con Gonzalo en el bar de la esquina para contarle que lo había dejado con 71.

—Ha sido como si de repente me hubieran puesto unas gafas y por primera vez viera la realidad tal cual es. ¿Cómo he podido ser tan idiota?

—¿Y quién no lo es cuando está enamorado? —replicó Gonzalo encogiéndose de hombros.

—Pues me siento de maravilla, temía que quizá fuera a darme el bajón a medida que pasaran las horas, pero cada vez me siento mejor. Es que hasta floto...

—Voy a pedir pulpo para celebrarlo... ¡La de tiempo que llevo esperando este momento!

Gonzalo pidió la ración y Julia le confesó después:

—Y no es que lo de Sergio haya influido...

—¡No, qué va! —bromeó Gonzalo.

—A ver, es obvio que si lo mío con 71 hubiera estado bien, yo no habría hecho tantas tonterías con Sergio.

Gonzalo dio un sorbo a su refresco de cola y con mucha curiosidad preguntó:

—Define tonterías. ¿Habéis chingado ya?

—No, no... Pero han caído... otras cosas...

—¿El qué? ¿Se te aflojó la goma de las bragas de remirarlo o qué?

Julia dio sorbo a su tónica y susurró:

—Me lo... —susurró sacando la lengua.

—¡Ay, mi madre! Y yo convencido de que todavía estabais con las manitas y

resulta que ha habido pilonazo.

—No seas vulgar, por favor. Qué vergüenza. Pero te repito que estos acontecimientos no tienen nada que ver con la decisión que he tomado.

—Ya, ya... Y ¿el acontecimiento? ¿Qué tal? ¿De apoteósico para arriba?

—¿Cómo? —replicó Julia, despistada, porque el camarero les acababa de poner delante el plato de pulpo.

—Que si domina bien la lengua...

Julia asintió, probó un poco de pulpo y confesó:

—Antes debían hacerse las cosas mejor porque no he conocido nada igual.

Gonzalo se echó a reír y le dijo divertido:

—Pues nada, a seguir probando otras cositas... Ya tienes vía libre... Y como yo me voy el fin de semana al pueblo a ver mis padres: vais a estar solitos.

Julia le miró con cara de espanto y le suplicó:

—No puedes hacerme esto, por favor. ¡No te vayas! Mateo tiene que irse con su padre y mi hermana ha quedado con su último ligue.

—Lo sé. Por eso te he dicho que vais a estar solitos. Yo tengo que irme. Llevo mucho sin ir, no puedo postergarlo más. Y para ti mejor.

Julia negó con la cabeza, dio un sorbo a su bebida y musitó:

—No estoy preparada todavía.

—¿Para qué no estás preparada? ¿Para polvazos siderales sin fin? Hija, pues quién lo pillara...

—Calla, anda, calla. Yo no soy como Alma o como tú que podéis tener sexo sin sentimientos. Yo si lo hago es porque siento...

—Chica, pues fóllatelo con sentimientos. Ya ves tú, qué problema.

—Pero es que va todo un poco deprisa. No sé...

—Yo sí. 71 el único duelo que se merece es que te folles con alegría a Sergio. Hazme caso. Y el pulpo, qué bueno... —dijo Gonzalo tras probarlo—.

¡A la salud de ese cerdo!

Después de celebrar que lo de 71 había terminado, regresaron a casa donde esa noche Julia también durmió del tirón.

Sergio se quedó con Mateo hasta muy tarde y ni sintió cuando se metió en su cama.

Luego, ella se despertó pronto, se fue a hacer la compra y cuando regresó ya se habían ido todos, menos Sergio... que no tenía adónde irse. Y lo que era peor, o mejor según se mirara, que tampoco tenía ganas de marcharse a ninguna parte.

Comieron juntos y luego Julia le propuso un planazo:

—Ahora suelen poner películas de trastornadas por amor que son perfectas para dar cabezazos en el sofá. Si quieres la vemos...

—Trastornada por amor, ¡qué bonito suena! —comentó Sergio, sentándose en el sofá con Maldito Bandido encima.

—Son asesinas.

—Si a ti te gustan...

—También ponen otras películas alemanas que acaban bien, pero a lo mejor es mucho pasteleo para ti —mintió pues lo que le daba pánico era que se pusiera demasiado tierno.

—Lo que tú decidas, será perfecto.

—Dime qué tipo de cine te gusta, te puedo buscar algo. Hay canales donde también ponen películas antiguas...

—Me queda tanto cine por ver... ¿Tú qué recomiendas?

Ella qué iba a recomendarle: pues películas de amor. Pero cualquiera le ponía una... Era demasiado arriesgado... aunque mientras tuviera a Amante Bandido encima, tendría las manos ocupadas acariciándolo.

No obstante, como cualquier cautela era poca, respondió:

—Es que es eso... Hay tantas... Yo si quieres te pongo algo de cine negro

que encontremos en YouTube o un thriller psicológico o algún documental histórico. —Cualquier cosa menos algo donde saliera gente besándose o hablando de amor.

Sergio que estaba loco porque Julia se sentara a su lado, disfrutando de algo que les cuajara el alma, él era así de intenso, cosas de su tiempo, pensó, señaló la librería donde había visto algo de *La Bohème* que le fascinaba:

—Adoro la ópera y veo que tienes *La Bohème*...

Sergio pensó que cómo no iba a tener *La Bohème* si Julia era una criatura sensible y apasionada...

Lo que él no sabía era que Julia había comprado el DVD para 71, si bien él en su día se lo devolvió porque era wagneriano y, según él, ella lo iba a disfrutar más.

Y tanto que lo disfrutó, pues cada vez que le entraban ataques de romanticismo se lo enchufaba en vena...

—¿Quieres ver *La Bohème*? —preguntó Julia, con la mirada chispeante.

Y es que Julia no era que fuera vengativa, pero disfrutar la ópera que el cretino de 71 le había despreciado junto a Sergio se tornaba de pronto en un plan delicioso...

—Sería un sueño.

Julia sonrió de oreja a oreja, se levantó, puso el DVD y el gato salió disparado a su rincón.

No se podía ser más traidor, pensó Julia.

¿Cómo podía abandonarla a su suerte en el momento que más lo necesitaba?

Y por si fuera poco, Sergio cogió la manta nueva de Ikea que estaba encima del brazo del sofá y le propuso:

—Vamos a taparnos, que hace fresquito.

Él no tenía fresquito ninguno, al contrario estaba que ardía por dentro solo de tener a esa mujer tan cerca. Pero la manta era la estrategia perfecta para

estar más juntos y gozar de esa maravilla, que disfrutaron como locos, porque ella amaba esa ópera tanto como él.

Tanto que lo pusieron con subtítulos y acabaron cantando, él genial y ella mal, terriblemente mal, a berrido limpio, pero emocionados hasta las lágrimas, abrazados y cogidos de la mano.

—Esto es demasiado bueno... —dijo Julia en cuanto terminó la proyección, sonándose la nariz de tanto llorar.

—Mola gramola... —repuso Sergio, retirándose las lágrimas con los dedos. Julia se echó a reír y preguntó:

—¿Qué es eso de: mola gramola?

—Aprendo mucho por las noches con Mateo, él dice mola y yo siempre añado gramola... Es una tontería de abuelo de 1905...

—¿Cómo va lo de tus papeles?

—Hannah dice que pueden estar en breve...

—Sería genial, ojalá puedas salir pronto de esta casa de locos y hacer una vida normal.

Sergio convencido de que solo quería una cosa replicó:

—Yo solo sé que me pasaría la vida entera en este salón abrazado a ti...

Capítulo 28

Después del momento sofá, Julia decidió entregarse en cuerpo y alma a las tareas de la casa, con un frenesí que ni se reconocía, para evitar que se repitiera alguna escena similar.

Puso lavadoras, ordenó armarios, pasó la aspiradora, limpió el polvo a la estantería...

Sergio se ofreció a colaborar y ella gentilmente le cedió un cerro de ropa que había que planchar.

Era lo más brillante que se le había ocurrido para tenerle a cierta distancia, calladito y concentrado.

Sin embargo, no duró demasiado la tregua porque llegó la hora de la cena y él se empeñó en hacer algo especial.

Con velitas incluidas.

Sí, porque eso fue lo que Julia se encontró cuando tras salir de la ducha y ponerse un chándal negro de lentejuelas de Zara Home, que se suponía que era un pijama, pero que servía más para ir a un concierto de Beyoncé, se plantó en el salón.

—¿Y esto? —preguntó al ver la mesa puesta con tanto encanto que hasta había colocado un jarroncito con las margaritas que Alejandro le había enviado a Alma el día anterior.

Pobre hombre, Alejandro, si supiera...

Pero ahí estaba reconquistándola a lo clásico...

—No es gran cosa... Pero he hecho lo que he podido con lo que hay —reconoció Sergio sin ninguna falsa modestia. Él sentía que así había sido.

—Parece la mesa de un restaurante bueno. No me extraña que tuvieras locas

a las chicas de tu época...

—Nunca lo había hecho, cocinar sí, pero esto de vestir mesas es nuevo. Estas mandangas solo las hago por ti, que estás radiante esta noche.

Julia frunció los labios, se encogió de hombros y repuso:

—Es un pijama un tanto absurdo... Es lo primero que he encontrado en el armario... Tú sí que estás espectacular...

Era mentira y de las gordas, se lo había puesto porque aunque no sabía si estaba preparada, quería que Sergio la viera con algo de brillo.

Y nada que se había puesto de lentejuelas de cabeza a los pies...

Claro que Sergio también había pasado a la acción, porque llevaba un traje oscuro de Hugo Boss de los que Gonzalo le había pasado de Rodolfo, con pañuelo al cuello en vez de corbata y el aviador estaba como para perder el sentido.

—Eres muy amable y si ya tengo la suerte de que lo que he preparado sea de tu agrado, para mí la noche será redonda. Toma asiento, por favor.

Sergio le retiró la silla y ella le agradeció el gesto:

—Te lo agradezco porque estoy molida, pero si necesitas que te ayude a traer algo de la cocina: solo tienes que pedírmelo.

—Tú quédate aquí.

Julia estaba tan agotada de la paliza que se había metido a limpiar para evitar caer en las tentaciones de la carne, que desde luego que no pensaba ir a ninguna parte.

Además al instante, Sergio regresó con unos pimientos rellenos de bacalao, receta de su abuela, que a Julia le parecieron sublimes...

—Se te da muy bien cocinar... Como todo... —Y seguidamente aclaró, no fuera a ser que pensara que se refería también a lo carnal, que también lo bordaba, pero no quería sacar el tema—: O sea como con la plancha o el canto...

Julia dejó la cucharilla en el plato, negó con la cabeza y le contó:

—Que no, que ni sábado, ni domingo, ni nunca. Lo he dejado con él. No hay nada entre nosotros.

Sergio que estaba acabándose su arroz por poco no se atraganta al escuchar aquello:

—¿Y eso? —preguntó tras beber un poco de vino.

—No sé si recuerdas que el jueves había quedado con él en Cibeles... Bien, pues después de una mañana intensa de trabajo, después de un atasco tremendo para llegar al sitio, llego con un hambre y un frío horribles, y de repente me da por pensar: ¿este tío se merece que haga esto por él? ¿Merece la pena desgraciarse la vida por un amor de pacotilla? Es que lo que dijo tu hermana de que el amor era una aventura arriesgada, me tocó... Me hizo pensar en qué clase de aventura de mierda estaba metida, porque es que si lo pienso bien ni riesgo, ni reto atractivo, ni nada. Lo que teníamos era un montón de reproches y de ausencias que no iban a ningún sitio. Así que en ese mismo instante vi la luz y decidí al fin acabar con algo que no tiene sentido...

Sergio tuvo que contenerse para no alzar su copa y brindar por ello, pero en su lugar preguntó:

—¿Y tú cómo estás?

Julia bebió un sorbo de vino y luego respondió:

—Me encuentro bien. A ver, yo le quería pero la relación estaba muy deteriorada, si no no habría pasado nada contigo...

—Yo lamento si por mi culpa...

Julia le interrumpió porque desde luego que Sergio no tenía culpa de nada:

—¿Culpa? Al contrario, gracias a ti pude ser más consciente que nunca de que mi relación hacía aguas por todas partes.

A Sergio le dio un vuelco al corazón y dijo hablando sin tapujos:

—Lo que siento por ti no lo he sentido jamás.

Y ella también decidió ser sincera:

—Fui a la cita con 71 con vestido de cuadros rosa que me puse para ti. Eso también me dio qué pensar...

—Estabas guapísima con ese vestido...

—Es muy años 30.

—Es muy tú. Y te agradezco que te lo pusieras pensando en mí. Yo no paro de pensar en ti. A todas horas...

Julia se echó a reír y luego reconoció porque las dos copas de vino que se había bebido solo le hacían decir la verdad:

—Me he matado a limpiar para evitar tener cualquier tipo de intimidad contigo y ahora resulta que estamos desnudándonos por dentro. ¡Qué desastre!

—Quédate con lo positivo, ya tienes la limpieza general hecha...

—Tú siempre tan optimista...

—Es que estoy feliz. Y eso que me han arrancado de mi mundo, que en este tiempo todo va muy deprisa, que no tengo papeles, que vivo todo el día encerrado, que hablo como un viejo y que lo único que tengo es una hermana que hace nada era una cría con trenzas y hoy es una abuelilla que ha montado un imperio empresarial. A priori, es un trago bien amargo, pero gracias a ti es pura ambrosia.

Julia sonrió, le tendió la mano que Sergio cogió entrelazando los dedos con los de ella y aseguró:

—Todo va a salir bien... Ya verás...

Capítulo 29

Sergio se quedó mirando las manos entrelazadas y dijo:

—Si tengo tu mano en la mía, está todo bien...

Julia respiró hondo y reconoció con un pellizco en la tripa:

—Pues tampoco creas que la sensación de que todo va deprisa la tienes solo tú por venir de tu tiempo. Yo ahora mismo siento justo eso, que va todo muy deprisa...

—¿Por qué?

Julia sonrió y siguió diciendo la verdad:

—Porque tengo ganas de besarte otra vez.

—Bésame.

—¿Y luego? —preguntó Julia sin soltarle de la mano.

—Luego sigues besándome más.

—¿Y después?

—Lo mismo. Voy a seguir aquí. No me voy a ir. No quiero irme. Si logro obtener una identidad, me buscaré un lugar donde vivir, volveré a la empresa, me sacaré otra vez la licencia de piloto privado, pero te prometo que jamás volaré con climatología adversa.

A Julia le dio pena solo de pensar que un día Sergio saldría de su casa, por eso dijo:

—No tienes por qué irte. Quiero decir que te puedes quedar a vivir aquí el tiempo que quieras...

—Te lo agradezco, porque estoy muy bien aquí.

—Lleno de comodidades —ironizó ella.

Sergio sonrió con una de sus sonrisas matadoras y confesó:

—Oye, pues le voy cogiendo el punto al sillón escandinavo... —Julia se echó a reír y él loco por besarla otra vez, añadió—: Y bueno, viendo que no me besas, voy a recoger la mesa.

Sergio soltó la mano de Julia y cogió su platillo del arroz con leche para llevárselo a la cocina:

—Bésame tú —pidió Julia divertida.

Sergio se quedó con el plato en alto y musitó arqueando una ceja:

—No me lo digas dos veces...

Julia habló conteniendo la risa:

—No lo diré ni una más.

—Tú lo has querido...

Sergio dejó el platillo, se levantó de la mesa, fue derecho a por Julia y la besó con tanta pasión que por poco no la tira de la silla.

—Vaya si tenías ganas —susurró Julia, con los labios pegados a los de él, y aferrada a la mesa para no caerse para atrás.

—Dudo que haya nadie con más ganas que yo.

Luego la besó otra vez, la cogió en volandas con una facilidad pasmosa y se la llevó al dormitorio donde la dejó sobre la cama.

—Pues no sé qué decirte... A lo mejor yo te supero en lo de las ganas...

Julia le miró muerta de deseo y se bajó un poco la cremallera de la chaquetilla de lentejuelas.

Sergio entonces se tumbó a su lado y le susurró:

—Déjame hacerlo a mí, llevo toda la noche deseándolo.

Y le bajó lentamente la cremallera hasta que la abrió por completo, luego la besó en el cuello y siguió bajando hasta los pezones porque Julia no llevaba nada debajo.

Y Sergio lo sabía...

Por eso se había pasado la noche entera fantaseando con tener en su boca lo

que en ese instante tenía, para delicia de Julia que jadeaba de placer.

Después, Sergio tras quitarse la chaqueta volvió al cuello y a la boca, mientras ella le sacaba el pañuelo, le desabotonaba la camisa y comenzaba a acariciarle el torso... Su pedazo de torso.

Se volvieron locos besándose, la chaquetilla y la camisa volaron, y ya medio desnudos, con Sergio encima de ella y clavándole la erección, Julia musitó:

—Tengo condones en la mesilla, en esta época son totalmente seguros y fiables.

Sergio se moría por hacer el amor con ella, pero como le había dicho antes que le parecía que todo iba muy rápido, dijo:

—Si te da vértigo, si te parece que vamos muy deprisa, podemos hacer otras cosas... No hace falta que...

Julia le miró, le comió la boca con desesperación y tras un tironcito del labio inferior de ese hombre que le gustaba como nadie, musitó:

—Hace falta. Es ya extrema necesidad...

A Sergio le faltó tiempo para abrir el cajón de la mesilla y lo primero que encontró fue un juguete con forma de pingüino...

—¿Y esto? —preguntó divertido mostrándoselo a Julia.

—Es un succionador de clítoris. Un gran invento del siglo XXI. Déjalo en su sitio y mete la mano hasta el fondo, ahí verás una caja...

Sergio sin dejar de mirar el objeto con gran curiosidad, preguntó:

—¿Puedo probarlo?

Julia se encogió de hombros, sonrió y luego respondió:

—Si te hace especial ilusión...

Sergio le ayudó a que se quitara el pantalón y la ropa interior y, ya desnuda, se perdió entre sus piernas. La lamió y la chupó con un arte insuperable, mientras ella le revolvía el pelo muerta de placer.

Un rato después, cuando Julia estaba excitadísima, y casi a punto de correrse, él decidió probar el aparatito y aquello empezó a funcionar.

Y de qué manera, porque apenas unos segundos más tarde, y con las uñas clavadas en los hombros de ese tío que la estaba matando, Julia tuvo un orgasmo brutal.

—Madre mía... —farfulló Julia mareada.

—¡Qué inventos!

—¡Y qué lengua la tuya! Es una cosa fuera de serie.

Sergio sonrió, metió la mano en el cajón y sacó una caja de preservativos Durex que él conocía:

—Estos los conozco de Londres, empezaron con una pequeña empresa que se llamaba London Rubber Company. Compraba condones allí. Qué maravilla y todavía siguen... —dijo tumbándose otra vez al lado de ella.

Julia aprovechó el tema de los condones para sacar un asunto a colación:

—Solo he tenido sexo con mis dos parejas, quiero decir que solo he practicado sexo seguro, aparte de que me he hecho análisis recientemente y estoy sana.

—Siempre he sido muy cuidadoso en mis relaciones...

—Incontables...

—Qué va. No han sido tantas y desde luego que ninguna tan importante ni tan especial como la que tengo contigo.

Julia no dijo nada, pero se sentía muy feliz, el corazón le latía como nunca y con todas sus ganas lo besó otra vez.

Luego sus manos descendieron hasta el pantalón que desabrochó y palpó la erección por encima del calzoncillo...

Sergio gruñó... Cerró los ojos y sintió cómo ella sacaba el miembro, lo acariciaba y lo apretaba...

Muerto de deseo, se liberó de los pantalones y la ropa interior a tirones,

desesperado.

Julia le besó entonces en el cuello...

Y olía tan bien... que pensó que podría pasarse la vida así, con la cabeza enterrada en su cuello, oliéndole, mordiéndole, besándole.

Sin embargo, siguió descendiendo a besos y caricias por los pectorales, por los abdominales marcados, y así hasta el miembro duro y grande que lamió y estimuló hasta que él no pudo más.

Sergio abrió el condón, se lo puso y tiró de ella para que se sentara encima de él.

Julia se colocó a horcajadas sobre él, que colocó la potente erección en la entrada humedísima.

Se miraron y se estremecieron hasta el punto de que aunque no dijeron nada sabían que estaban sintiendo lo mismo.

Sergio entonces la agarró por las caderas, y poco a poco la pegó contra su cuerpo hasta que se hundió por completo dentro de ella.

Julia no había sentido nada igual en la vida, el corazón iba salírsele del pecho y estaba tan excitada que a pesar del dolor empezó a moverse, despacio, sinuosa y derretida de placer.

Y así, empezaron a hacer el amor, hasta que con el roce por los movimientos pélvicos Julia se corrió otra vez...

Exhausta, cayó sobre él, se abrazaron con una mezcla de aceptación total, ternura, intimidad extrema y gratitud que iba mucho más allá del mero sexo por el sexo, y tras estar unos instantes así, Julia se apartó tumbándose a su lado.

Él se incorporó, duro como no recordaba, colocó las piernas de Julia sobre sus hombros y de esa manera la penetró con la contundencia que ella le estaba pidiendo, con las ganas que tenía de dárselo todo, hasta el alma, y así, sucumbió a un orgasmo brutal que le vació por completo.

Capítulo 30

Unas horas después, a eso de las cinco de la mañana, cuando los dos dormían exhaustos de tanto amarse, la puerta del dormitorio de Julia se abrió:

—Julia, ¿por casualidad no estarás aún despierta?

Julia se despertó sobresaltada y con la luz que entraba por la ventana vio que su hermana estaba plantada en la puerta.

Y Alma lo mismo, con la misma luz se percató de que su hermana estaba desnuda abrazada al viajero del tiempo:

—¡Uy! Perdona. Perdona. Perdona.

—¡Tranquila! ¿Estás bien?

—No, pero ya te cuento mañana. Era solo por si estabas despierta...

Julia salió de la cama, se puso la camisa de Sergio que estaba en el suelo y le susurró a su hermana para no despertarle a él:

—Ya estoy despierta, cuéntame...

—Que no, que no hace falta. Para una vez que lo catas, hija mía. Tú no te muevas de la cama.

—Calla, anda —cuchicheó Julia, empujándola hacia fuera y luego cerrando la puerta de la habitación tras ella.

—Siento darte la turra a estas horas —se lamentó Alma, mientras se dirigían a la cocina.

—Para eso estamos.

Julia abrió la puerta de la cocina y las dos entraron:

—Si llego a saber que había tomate es que ni entro —comentó Alma cerrando la puerta—. Te lo tenías tan calladito. ¿Desde cuándo te lo tiras?

—Estábamos ahí, ahí. Pero hoy podemos decir que hemos dado un paso más

allá...

—Chica, habla más claro, que no te pillo. ¿Estabais a pajas y hoy tocó polvazo?

Julia se echó a reír y respondió:

—Sí, bueno, algo parecido.

—Cuánto me alegro, porque eso significa que te has quitado al otro ya de encima. ¿O piensas hacer colección de novios *frikis*?

—Lo dejé el otro día con él. Pero Sergio no es nada *friki*.

—No, solo tiene más años que el abuelo Marcelino... Y que sepas que este asunto me tiene atacada: Mateo se está acostando a las tantas todos los días, hablando con la ciberdelincuente esa.

—Ojalá pueda ayudarnos... Es que no tenemos otra opción.

Alma se recogió el pelo en una coleta y le recordó:

—Pero es que es algo muy chungo.

Julia notó a su hermana muy angustiada, además se le había corrido el rímel como si hubiera llorado:

—Lo sé. Es un mal necesario. Es que si no Sergio va a estar condenado a no tener vida. Pero tú no preocupes, que va a salir todo bien.

—¡Madre mía, y encima te has enamorado! Porque solo metes a la gente en tu cama por amor.

—Es un poco pronto para hablar de amor...

—Ya, vamos, que estás pillada total. Pues a ver qué hacemos, porque tú lo ves muy de color de rosa, pero yo no. Esto puede acabar muy mal, nena.

—¿Por esto es por lo que has llorado?

—Pues no, ni tampoco tengo el rímel corrido por comérmelas a pares...

Julia resopló, se cruzó de brazos y le dijo a su hermana:

—Qué burra eres, Alma.

—Es que es lo que se suponía que iba a hacer este fin de semana. Es lo que

venía a contarte. Escucha... Nacho me propuso que hiciéramos un trío y yo como estoy abierta a la vida, le dije que sí. Pues nada, me presenta a otro chulazo como él, un opositor a algo que ni recuerdo, y tras una conversación de lo más intrascendente, nos ponemos manos a la obra. Mejor dicho, se ponen ellos... Y yo ahí mirando, como quien mira una película guarra, y pensando, bueno, ya me tocará... Esto va a ser como en la pescadería, te coges el numerito y esperas. Pero nada, que ellos pim, pam, pim, pam, y a mí sin tocarme ni el aire. Fíjate cómo sería el aburrimiento que me puse a ver figuras en el techo de gotelé. Y nada, después de un buen rato, como esos seguían pico y pala como si yo fuera invisible, me vestí, agarré el bolso y salí por piernas. Y mira tú por dónde que cuando ya huía por el portal, me llama Alejandro...

Julia que estaba escuchando el relato alucinada solo pudo balbucear:

—No...

—Sí, hija, sí. Yo pensaba que era por algo relacionado con Mateo, y más desde que se dedica a ciberdelinquir, pero no, resulta que iba a empezar la película *Los que no perdonan*, que me encanta y me llamaba para que la viera. Le doy las gracias, no le digo por supuesto que salgo de practicar un trío fallido, y me suelta que me echa de menos, que está yendo a terapia y que se está dando cuenta de muchas cosas. Yo como soy de natural curiosa, me siento en la escalera del portal, porque además está empezando a llover, y digo: pues a ver de qué se está percatando este... Total, la noche ya la tengo perdida...

—Te pasa cada cosa...

—Pues nada, me cuenta que gracias a la terapia ha descubierto que acabó tonteando con la compañera de trabajo porque estaba atravesando una crisis brutal. Él siente que se ha estancado profesionalmente, la verdad es que lleva diseñando baños y cocinas desde que terminamos la carrera, pero yo creía que se sentía bien con el universo retrete y campana extractora... De hecho, decidimos que yo arriesgara montando el estudio y que él asegurara el pan con

su trabajo para la multinacional de la decoración donde estaba en situación de casi funcionario. Lo que pasa es que a mí me fue cada vez mejor, y resulta que hoy gano el triple que él, diseño edificios elegantes y modernos, y él sigue ahí con los retretes y sintiéndose cada día peor.

—Lo siento, pobrecillo...

—Y con lo que vale, si es que tiene talento para aburrir. Pero en su afán de buscar la seguridad lo malogró, porque tú sabes que le dije miles de veces que dejara los retretes y se viniera conmigo, y no quiso.

—Te decía que es mejor no poner los huevos en la misma cesta...

—Pues mira cómo ha acabado: sin confianza en sí mismo, con la convicción de que tiene un talento dentro que jamás va a desarrollar y con una sensación de fracaso tan grande que se vio abocado a hacer la tragedia más gorda todavía.

—¿Y eso? —preguntó Julia, sentándose en una silla.

—Estaba tan mal, se sentía tan en la mierda, que en vez de luchar por salir de ahí, pensó que lo mejor era hundirse más todavía. Y la vía para lograrlo fue la compañera con la que había empezado a tontear.

—Madre mía.

—La terapeuta es que le ha hecho un trabajito fino... Te cuento, al principio le fue como la seda con la compañera de trabajo, le hacía sentir como un tío carismático, competente, talentoso... pero la cosa duró poco, porque enseguida empezó a sentirse fatal porque me estaba traicionando. Y eso que no llegaron a liarse, que solo se intercambiaron conversaciones subidas de tono. Las que yo intercepté. Y se sintió peor que nunca. Más desgraciado, más miserable, más necio. Y bueno, está muy arrepentido, piensa que es culpable de todo por no tener las agallas suficientes para luchar por lo que quiere, pero está seguro de que ahora va a cambiar. Dice que me quiere y que está dispuesto a todo para ser mejor y luchar por nuestro amor.

—¿Y tú qué le has dicho?

Alma cogió una manzana verde, le dio un mordisco y respondió:

—Que llega a tardar un poco más en mostrarme su arrepentimiento sincero y me follo a un regimiento...

—¿De verdad?

—¿Por quién me tomas? Soy un bicho, pero no tan malo. Me he puesto a llorar porque me ha dado mucha lástima. Joder, si es que le quiero. Yo no tenía ni idea de que estaba atravesando esa crisis. Me paso el día trabajando como una bestia y cuando llego a casa solo quiero tumbarme en el sofá y quedarme frita viendo lo que sea. ¿Qué iba a saber? Yo le imaginaba feliz con la seguridad que le daba el diseño de los retretes.

—¿Entonces qué vas a hacer?

—Me ha pedido que vaya con él a terapia y a lo mejor acudo. Pero jamás le contaré lo de mi venganza, eso me lo llevaré a la tumba.

—¿Se acabó entonces tu etapa de vengadora?

—Es lo que quería contarte... He acabado harta, además es que quiero a Alejandro. Me he dado cuenta en ese maldito portal: hay que querer mucho a alguien como para montarle una venganza de este calibre. Por lo que cierro etapa y mañana me voy a almorzar con ellos, Alejandro me ha invitado. Veremos qué pasa... Así que me voy a dormir algo y me iré pronto... Os dejo solitos otra vez y gracias por escuchar este rollo...

Capítulo 31

A la mañana siguiente, Julia se despertó abrazada a Sergio y no podía creerlo:

—¿Eres de verdad?

Sergio sonrió y dijo con los ojos entornados:

—Me temo que sí. ¿Qué tal has dormido?

—Apareció mi hermana a las cinco de la mañana, pero por lo demás: genial.

—Estuve esperando a que regresaras a la cama, pero me quedé dormido. Soy un lirón. Perdóname.

Sergio la besó suave en los labios y susurró:

—Vale, te perdono.

—Gracias. Pero dime ¿qué le pasaba a tu hermana?

—Después de una cita horrible en la que una vez más venía de vengarse de Alejandro, recibió una llamada suya y este le confesó que estaba yendo a terapia porque realmente se metió en el enredo con la compañera de trabajo porque estaba en crisis. Mi hermana y Alejandro estudiaron la carrera juntos, lo que pasa es que él decidió apostar por la seguridad del diseño de interiores en una multinacional y mi hermana montó un estudio. Años después, ella triunfa y él se siente un fracasado. Por eso, cayó en el espejismo del tonto con la compañera, pero está muy arrepentido y quiere que vuelvan a intentarlo.

—¿Y tu hermana qué dice?

—Que le quiere. Además se ha cansado de vengarse... Creo que en un par de semanas como mucho, estarán viviendo juntos otra vez.

—Lo que significa que yo vuelvo al sofá del salón.

Julia sonrió, negó con la cabeza y dijo:

—No, tú ya no sales nunca más de mi cuarto.

—Acepto encantado.

Julia lo abrazó y luego le preguntó:

—¿No te agobias de estar todo el día encerrado?

—Llevaba una vida muy ajetreada, trabajaba en la fábrica, viajaba, pilotaba avionetas, montaba a caballo, jugaba al tenis, le daba también al atletismo, al lanzamiento de jabalina y al triple salto...

—Así tienes tú este cuerpazo...

—Me gusta el deporte, soy muy inquieto, además salía mucho por las noches, bailaba, acudía a fiestas, a estrenos...

—Vamos, que si no te has tirado por la ventana es porque vivo en un primero.

—A mí si me llegan a decir que iba a estar más feliz que nunca encerrado en esta ratonera: es que no me lo creo. Pero eres tú...

—¿De verdad que eres feliz aquí? Yo estaría muerta del agobio...

—Me organizo bien el día. Hago gimnasia en el cuarto de Gonzalo, me ofreció su bicicleta estática, las pesas y las gomas elásticas, luego converso con mi hermana, me pongo al día con Google, leo manuales de ingeniería y de Historia, estudio los mercados, me empapo de información sobre el sector galletero, pero vamos... tampoco te voy a engañar, lo que más hago es pensar en ti, a todas horas.

Julia suspiró y reconoció feliz de estar abrazada a ese pedazo de hombre:

—Y yo.

—Como tampoco dejo de pensar en lo que va a ser nuestra vida cuando tenga mis papeles. Quiero llevarte a tantos lugares, quiero coger aviones de esos gigantes, cruzar océanos, ver todas las cosas bonitas del mundo y hacer el amor sin parar...

A Julia es que hasta casi le costaba creer que estuviera con alguien que le ofrecía todo lo que siempre había soñado: ver, conocer, amar.

—Ojalá... Con 71 teníamos muchos planes, se supone que empezaríamos por Nueva York y después el mundo entero. Y ya ves... No fuimos a ninguna parte.

—Yo no soy como él.

—Lo sé.

A Sergio le emocionó la respuesta y preguntó:

—¿Lo sabes?

—Te conozco desde hace poco, pero él jamás me cuidó como tú lo haces. Ni siquiera al principio... Y sé además que eres un hombre de palabra, mira la que has liado con tal de cumplir con la promesa que le hiciste a tu hermana... A lo mejor la noche en que te conocí, tu destino era morir en ese accidente, pero algo pasó, tal vez la fuerza de tu amor por Amelia y apareciste aquí.

—¿Tú crees? O tal vez tenía que encontrarte...

—No tengo ni idea. Pero me alegro tanto de que lo hayas hecho...

Julia le besó emocionada y luego él le susurró al oído:

—Te prometo que si quieres vamos a conocer el mundo entero.

Julia le miró con el corazón latiendo a mil y replicó:

—Por supuesto que quiero. Ojalá que pronto la amiga de Mateo consiga los documentos. Aunque este asunto a mi hermana la tiene muy agobiada.

—Es normal. Yo me sentía mal por involucrar a los chicos en este lío. Y es que asumo todos los riesgos por darte un futuro, pero arrastrarlos a ellos me parecía una irresponsabilidad tremenda. Bueno, eso fue al principio... Luego ellos me convencieron de que podían ayudarme y es que no tengo más opciones.

—Tenemos que conseguir que tengas una identidad como sea.

—Ellos están haciendo todo lo posible, Además, con esto del peligro y la

aventura se están enamorando más todavía. En cuanto les den las vacaciones de Navidad, voy a pagar el billete a Hannah y a su madre para que vengan a conocer a tu sobrino. Los chicos se quieren mucho... y yo se lo he prometido.

Julia resopló temiéndose lo peor:

—Mi hermana llama a Hannah: la ciberdelincuente...

—También se mete con sus patas de araña peludas....

—Dios, ¡eso no lo sabía! Jo, pues como la vea aparecer en Madrid, le va a dar algo...

—Tu hermana tendrá que aceptarlo, porque los chicos se aman... Ya es irremediable. Como lo mío.

Julia al escuchar aquello ni se lo pensó dos veces y replicó:

—Y como lo mío. ¿O por qué crees que estás aquí en mi cama? Yo no soy como Gonzalo, o como mi hermana, o como Amante Bandido que pueden ir retozando por ahí sin sentir nada. Yo no. Yo no puedo dejar el corazón apartado, si amo: amo. Con todo. No sé hacerlo a medias. Lo que he hecho contigo ha sido mucho más que piel...

Sergio se quedó casi sin aliento, porque no esperaba semejante confesión y preguntó:

—¿Me estás queriendo decir que me amas?

—No estoy aquí por placer, quiero decir que no solo por placer —matizó—, estoy sintiendo cosas por ti, cada día más. Y aunque esté yendo demasiado deprisa, no pienso dejar de vivirlo.

Sergio la besó en la boca y luego le dijo clavándole la mirada:

—Ni yo. Nanai de la China.

Julia le dio un besazo en los labios y luego confesó:

—No, si al final me va a acabar poniendo que hables como un yayo...

—A mí me pone todo de ti...

—Pues anda que a mí... ¡Me tienes loca! Y seguramente la esté pifiando

porque tendría que hacerle el duelo a 71.

—¿Un duelo de qué?

Julia lo pensó unos instantes, se encogió de hombros y reconoció:

—Tienes razón, es que la relación de mierda que teníamos no se merece ni duelo. Además, es que desde que has aparecido en mi vida, solo puedo pensar en ti. Tú lo ocupas todo. Ya no puedo hacer nada... Me rindo.

—Yo estoy rendido desde que me metí en tu automóvil y me guardé tu pestaña muy cerca del corazón. Era la primera vez que lo hacía, no te pienses...

Julia se echó a reír y luego dijo con la cabeza apoyada en su hombro:

—Qué pintas tenía que tener esa noche. Ni me lo recuerdes...

—Estabas preciosa, como siempre.

—¡Qué mentiroso! Pero me encanta —y entonces a Julia se le ocurrió algo porque estaba feliz y loca—, y si quieres, podemos hacer algo arriesgado y excitante, más que nada para que te enamores más de mí. ¿Qué te parece si nos damos un paseíto por el parque del Retiro? Dudo que la policía pierda el tiempo un domingo pidiendo los papeles a dos que pasean de la mano con cara de idiotas.

A Sergio se le encendió la mirada y replicó con una sonrisa malévola:

—Muy excitante, pero antes se me ocurre que podemos hacer algo más excitante todavía...

Capítulo 32

Los días siguieron, Julia y Sergio continuaron haciendo cosas más que excitantes por las noches...

Y por el día casi que también porque para Julia eso de tener una vida de pareja normal era algo tan nuevo, que le parecía de lo más excitante.

Después del martirio vivido con 71, aquello era tan maravilloso que se pasaba el día con la sensación de estar flotando como cuando se subía en el Tesla de 71.

Sergio la llamaba, con Sergio podía bajar la guardia, con Sergio podía ser ella, mostrarse vulnerable y frágil, fuerte y cabrona o incluso sacar ese yo secreto que no conocía nadie y daba lo mismo.

Sergio no la juzgaba, con él se sentía escuchada, entendida, querida...

Y suertuda...

Tremendamente suertuda, a pesar de que era un tío de 1905 y de que de momento Hannah todavía no le había conseguido los papeles, pero daba lo mismo.

Porque tenían la certeza de que mientras estuvieran juntos, no habría obstáculo que no pudieran sortear.

Así era el amor.

Al menos eso era lo que Gonzalo le decía a Julia que era... Es que no podía ser otra cosa.

Y Julia decía que bueno... que de momento todo iba tan bien que se resistía a ponerle nombre.

Pero vamos, que tenía uno muy parecido.

Como le pasaba a Gonzalo, que tampoco quería poner nombre a lo que

estaba viviendo con Adán, pero cada día estaba más colgado, a pesar de que siguieran saludándose como si nada, cuando se encontraban en el portal.

Y Alma...

Otro tanto de lo mismo, pues desde que había iniciado la terapia de pareja con Alejandro, sus sentimientos estaban pareciéndose cada día más que nunca al amor, aunque de momento prefiriese seguir viviendo en casa de Julia...

Y así, llegó el puente de diciembre y Julia regresaba a casa entusiasmada con el plan de montar a Sergio en el coche para que vieran las luces navideñas que ya estaban puestas por toda la ciudad, cuando recibió la llamada de su hermano Antonio con el que no hablaba desde que pasó la ruptura con Vicente.

Antonio trabajaba en la farmacia de la familia, en el sitio donde se suponía que Julia también tenía que haber trabajado, pero le tiraba más la calle.

Julia estudió Farmacia, pero desde siempre supo que no había nacido para pasarse la vida detrás de un mostrador. Por eso, nada más terminar la carrera en cuanto vio que solicitaban visitantes médicos de su perfil en un laboratorio de prestigio, ni se lo pensó, envió el currículum, tuvo la suerte de que a los dos días la llamaran y la eligieran para el puesto.

Claro que su familia al principio no se lo tomó muy bien y eso que ella desde siempre había mostrado su rechazo al “mostrador”, pero con todo ellos estaban convencidos de que con el tiempo cambiaría.

Y no cambió.

Su rechazo se hizo ya visceral y la decisión de entrar en el laboratorio fue tan firme que, siete años después, seguía trabajando para ellos.

Y a todo esto que el teléfono móvil seguía sonando...

Julia que iba conduciendo por la zona del parque del Juan Carlos I, decidió meterse en el parking del MacAuto y coger la maldita llamada.

¿Él también habría recibido la llamadita de mamá suplicando por unas Navidades tranquilas?

Un poco nerviosa, después de que la llamada se cortara y al momento volviera a sonar el teléfono, la aceptó al fin sin saber bien ni qué decir.

Y es que ¿qué se dice a un hermano que te retira la palabra porque rompes un noviazgo con su mejor amigo?

Decidió probar con un “Hola” que no pudo resultar más frío:

—Hola.

—Hola, ¿puedes hablar? ¿Te pillo en un mal momento?

Julia llevaba soñando desde que su hermano dejó de hablarla, con que la llamaba arrepentido y le pedía perdón. Sin embargo, estaba segura de que no la estaba llamando para eso. Antonio era demasiado terco y orgulloso como para hacer nada semejante. Así que sin esperar absolutamente nada de esa llamada, respondió:

—Acabo de aparcar, dime...

—Mira, acabo de encontrarme con Fati Casas en Santa Engracia, cuando salía de una conferencia en el Colegio de Farmacéuticos y aún estoy en *shock*.

Fati Casas era una amiga de la facultad de Felipe y Antonio, y ella siempre tuvo la sensación de que no le caía bien.

—¿Y eso? —preguntó pensando que tenía que haberle pasado algo grave para que la llamara.

—¿Sabes que está saliendo con Felipe?

Julia siempre intuyó que Fati estaba detrás de Felipe y que por eso jamás lograron simpatizar:

—No me sorprende.

—¿Y si te digo que llevaban liados desde hacía ocho años? ¿Tú te acuerdas de un fin de semana de agosto de 2010 cuando estábamos en la playa que Felipe se ausentó porque se suponía que su abuelo se había puesto enfermo? Pues se fue a ver a la Fati Casas de los cojones a Benavente, había una luna llena espectacular, ella le sugirió que tenía que verla... Y el muy cabrón allá

que se plantó...

Julia no pudo evitar echarse a reír, porque en ese momento de su vida es que ya solo podía darle risa...

—¿Será sinvergüenza la tía? Me cuenta que está con Felipe y luego me suelta así, sin anestesia, que ya era hora después de ocho años...

—Jajajajajajajajaja.

—Juli, cómo me alegro que te lo tomes así. De verdad... Yo es que todavía ni lo digiero. El asqueroso de Felipe, llevaba los últimos meses muy raro, siempre estaba ocupado, nunca podía quedar y yo pensando que era por lo tocado que se había quedado con la ruptura. Joder. Perdóname, por favor. Te lo suplico.

Julia no creía haber oído bien: ¿Antonio le estaba pidiendo perdón?

—¿Qué?

—Que siento muchísimo cómo me he portado contigo. Es que hasta entendería que no quisieras perdonarme porque no tengo perdón de Dios. Ese cabrón llevaba poniéndote los cuernos con la bruja de Fati Casas desde 2010. Con razón tú acabaste en los brazos de otro... Si lo raro es que no lo hubieras hecho antes. Y yo voy y me pongo del lado de ese cretino. Si es que es para matarme. No imaginas cuánto me estoy odiando a mí mismo... Es que soy lo puto peor.

Julia pensó que un poco sí que lo era, sin embargo como no era el momento de hacer sangre y estaba tan feliz de la vida que esto ya le importaba un pimiento, recurrió al clásico:

—Todos cometemos errores.

—Ya, pero hay grados y el mío es garrafal. Y no te lo pierdas que la muy bicho malo de Fati Casas, después de soltar la bomba me confiesa que Felipe estaba loco por contármelo, pero no sabía cómo... Y qué por fin se han quitado un gran peso de encima. Mira, he sentido tanta rabia que la he

mandado a la mierda, pero bien mandada, y te he llamado.

Julia, que a esas alturas ya solo quería olvidarlo todo, replicó:

—Pues que les vaya muy bien...

—Imposible, son malos con avaricia. Ni de coña les puede ir bien. De todas formas, a mí la que me importa eres tú. ¿Estás bien?

—Sí, de maravilla. ¿Y tú?

—Después de esto, como el culo. Es que no sé cómo reparar el daño que te he hecho.

—Ya da lo mismo, Antonio.

—A mí no. Siento una culpa tremenda y bien que merezco cargar con ella. Y tú menos mal que te dejaste guiar por el corazón y te fuiste con ese hombre...

—Ya no estoy con 71, con Mauricio —Y Julia para su asombro, de repente se escuchó diciendo—: ahora estoy con otra persona.

—¿Y qué tal?

Y Julia para su más absoluto pasmo, pues hasta ese momento jamás lo había verbalizado, respondió:

—Le quiero.

Y le sonó tan bien que volvió a repetirlo:

—Es que le quiero...

Sin embargo, Antonio interpretó la repetición como que se estaba justificando y replicó:

—Julia no tienes que darme explicaciones de nada. Tú haces con tu vida lo que quieras. Con lo de Felipe dejé de hablarte porque él era mi amigo, estaba destrozado y yo no entendía por qué le hacías eso. Parecíais tan felices... Qué cagada. Perdóname, te lo ruego. Fui gilipollas, mal hermano, traidor, mezquino, canalla, ruin...

Antonio siguió adjetivando su comportamiento, si bien Julia solo podía pensar en una cosa:

Quería a Sergio.

Capítulo 33

Sin embargo, cuando llegó a casa no se lo dijo. Le contó lo que había hablado con Antonio, mientras veían las luces navideñas de la ciudad con tal cara de panolis que era imposible que ningún policía les parara, pero lo principal lo tuvo que aplazar para otro momento.

Y ese momento, llegó justo una semana después cuando al volver del trabajo tardísimo, porque se le había complicado bastante la tarde, se encontró con que Sergio, Amante Bandido y Mateo la estaban esperando con unas caras muy sospechosas.

—¡Uy, no me digáis más! Habéis puesto el árbol y Amante Bandido se lo ha cargado...

Como todavía no habían puesto la decoración navideña de la casa, fue lo primero que se lo ocurrió.

—¡No hemos tenido tiempo! Es que hemos estado ocupados con otros asuntos... Ejem, ejem... —replicó Mateo, con una cara de acabamos de liarla parda tremenda.

Julia los miró bastante mosqueada y les preguntó a los tres:

—¿Qué habéis hecho?

—Sergio tiene algo que te va a encantar —canturreó Mateo, divertido.

Julia le clavó la mirada a Sergio y sin tener ni idea de lo que estaban tramando esos tres, exigió:

—¿El qué?

Sergio se echó mano al bolsillo trasero del pantalón y le entregó unos folios doblados en cuatro partes.

Julia lo cogió sonriente porque intuía lo que podía ser y les preguntó:

—¿Es una tarjeta de felicitación navideña?

Mateo se partió de risa y replicó:

—No, mujer, no somos tan cutres. ¿Cómo te vamos a entregar una felicitación en un par de folios guarreados?

Julia se quedó mirando los folios doblados y entonces se le ocurrió que podía ser algo, y le preguntó a Sergio con los ojos llenos de expectación:

—¿Me has escrito un poema o tal vez una canción?

—Y Amante Bandido y yo le vamos a hacer los coros. ¡Por favor, tía Julia, que este hombre te quiere! —exclamó Mateo ofendido—. Él nunca te haría eso...

Julia miró a Sergio que estaba con una cara de guasa que no podía con ella y farfulló:

—¡Yo qué sé entonces qué es esto!

Sergio lució su mejor sonrisa matadora y le pidió:

—¡Abre y lee!

Julia abrió, leyó y lo primero que pensó es que le estaban tomando el pelo vilmente:

—¡Esto es una broma, claro!

Mateo negó con la cabeza, buscó en el teléfono móvil el correo electrónico original y le aclaró:

—¡Que no! ¡Que son dos billetes de avión para Viena a tu nombre y al de Sergio! ¡Salís el día 29 de diciembre para que podáis despedir este año que os ha traído tanta suerte allí!

Julia no podía dejar de mirar los billetes sin creer que pudiera ser cierto:

—¿De verdad que no os estáis burlando de mí? Es que no puede ser... Sergio aún no tiene pasaporte y...

Sergio se echó mano al otro bolsillo trasero de su pantalón y sacó un pasaporte con los ojos llenos de lágrimas.

Julia se quedó mirándolo como si hubiera visto una aparición y musitó con un nudo en la garganta:

—No puede ser...

Sergio asintió con la cabeza y Mateo explicó orgulloso de su hazaña:

—Te voy a contar un cuento... Sergio es ciudadano de Liechtenstein... Su abuelo Sergio Minaya llegó allí en 1932 donde echó raíces, se casó y tuvo un hijo en 1943, otro Sergio Minaya que también se casó y tuvo un hijo en 1991, al que también llamaron Sergio y con quien te vas a ir a pasar la mejor Nochevieja de tu vida en Viena. ¿Te mola?

Julia ojeó el pasaporte tan alucinada que ni podía articular palabra:

—¿Esto es legal?

—El pasaporte sí. Lo que no es la partida de nacimiento, pero tranquila que gracias a Hannah hemos contactado con gente competente de la Internet oscura —respondió Mateo, que estaba tan tranquilo.

Julia no estaba para nada tranquila, al contrario a medida que le daban más explicaciones, más nerviosa se ponía.

—Madre mía, qué lío... Lo mejor es que nos quedemos en Madrid tan ricamente y nos olvidemos de viajes...

Sergio la agarró del brazo para tranquilizarla y la aseguró:

—Va a salir todo bien, Julia. No te preocupes. Mi hermana Amelia además tiene contactos diplomáticos que podrían ayudarme llegado el caso. Lo importante era “ser alguien” y ya lo soy... Mañana almorzaré con mi hermana y mi sobrino, se supone que estoy recién llegado de Liechtenstein. Amelia ya le ha contado que “me ha encontrado” y él está deseando conocerme...

—¿El hijo mayor de Amelia? ¿El desconfiado y amargado que no la deja ni a sol ni a sombra? Estamos jodidos, pero bien. Te va a hacer trizas. Y a todo esto ¿tú has estado alguna vez en Liechtenstein? —le preguntó Julia muerta de la ansiedad—. Te va a investigar y va a tardar tres segundos en descubrir

que...

—Que soy un ingeniero que lleva desde que terminó la carrera trabajando en proyectos en diferentes partes del mundo... —le interrumpió Sergio para mostrarle que tenía el guión aprendido—. Tranquila que también lo tenemos muy bien atado.

—Mejor no me sigas contando que cada vez me estoy poniendo peor —le pidió Julia, entregándole el pasaporte.

—Poco más hay que contar. Lo importante es que con esto —dijo cogiendo el pasaporte— ya tienes un novio como Dios manda...

—Pero si nunca he tenido un novio normal... Yo solo quiero que estemos tranquilos.

—¿Qué prefieres que me pase la vida saliendo a hurtadillas con cara de San Jinojo en el cielo para no llamar la atención de los guindillas?

Julia se echó a reír, se lanzó a por él cogiéndole el rostro con ambas manos, le plantó un beso y le dijo:

—¡Ay, mi abuelo, cuánto te quiero! ¿Cómo voy a desear yo eso para ti?

Sergio se echó una mano a la oreja y preguntó guasón:

—¿El abuelo ha oído bien? ¿Me quieres?

—Cada día más.

Sergio feliz, no pudo decir nada más, porque se escuchó cómo alguien metía la llave en la cerradura de la puerta y que luego abrían.

Eran Alma y Gonzalo que venían de hacer la compra y que en cuanto les contaron la noticia de la nueva identidad reaccionaron de forma muy distinta:

—¡Qué noticia! ¡Cuánto me alegro por ti, Sergio! ¡Esto tenemos que celebrarlo pero ya! Vámonos de farra... —exclamó Gonzalo abrazándole entusiasmado.

Alma, sin embargo, miró a su hijo y le exigió con un dedo amenazante:

—Es estupenda la noticia, pero tú vete pensando en despedirte de tu

amiguita.

Mateo negó con la cabeza y luego le recordó a su madre por si se le había olvidado:

—Es mi novia. Y estamos juntos en esto. No pienso dejarla por nada del mundo.

—Eso ya lo veremos —repuso Alma—. Ahora vete a cenar a la cocina y a acostarte pronto que mañana tienes un examen.

—Lo llevo muy bien. Yo me voy con vosotros de fiestón, que lo tengo bien merecido.

—Tú te quedas aquí, cenas y en media hora te quiero en la cama, que ya has perdido demasiado tiempo ciberdelinquiendo... —le ordenó Alma, empujándole hasta la cocina.

—Pobrecillo. No seas tan dura con él —dijo Gonzalo en cuanto Mateo se marchó.

—Si quieres mejor, me lo llevo de marcha hasta las tantas y mañana le compro una moto para estimularle que siga por este camino desviación —ironizó Alma.

—Lo ha hecho por una buena causa. Es un buen chico. Y está muy enamorado. Te advierto que este es de los que ama contra viento y marea. Y que cuanto más te opongas, más va a luchar —opinó Gonzalo.

—*Cut the fuck shit drama*, Gonzalín... —habló Alma dándole unos golpecitos en el hombro— y dime adónde vamos a celebrar que tengo un cuñado de Liechtenstein.

—Al Barceló, a bailárnoslo todo.

Capítulo 34

Después de cenar con Mateo en casa, para no dejarle solo y porque después de todo era el artífice de la celebración, se fueron los cuatro en taxi a la discoteca Teatro Barceló.

Sergio conocía bien el sitio, de hecho había estado a finales de julio en ese mismo lugar, que en los años 30 era un cine modernísimo, viendo en la terraza junto a su hermana *Hay que casar a un príncipe*.

Lo que era la vida...

Ochenta y seis años después, volvía al mismo lugar que era más moderno todavía: decoración en tonos eléctricos, luces azul neón, mucho láser de colorín, pantallas enormes y la música atronadora del dj Quique AV con la que era imposible no echarse a bailar.

Y aunque él todavía no dominaba los bailes modernos, allá que se fue a la pista a dejarse llevar por la alegría de tener papeles, por la música, las luces, la gente y sobre todo por cómo le miraba Julia, que estaba doblada de la risa.

—¿Tan mal lo hago? —preguntó cogiéndola por la cintura y pegándola contra él.

Julia rodeó el cuello de Sergio con ambas manos y le dijo al oído:

—Al revés, estoy impresionada. Me río porque estaba pensando en que si mi abuelo Marcelino hubiera caído en este sitio, se habría puesto a bailar todo como si fuera una jota. Pero tú... Me dejas muerta... Bailas como si fueras de esta época...

—Es que he visto algo de los directos de Operación Triunfo con Mateo y he tomado notas de las clases de baile de Vicky, por lo que pudiera pasar...

—No me lo puedo creer.

—Dame tiempo, que todavía tengo mucho que aprender. Pero sí, al final voy a ser el viejo más moderno de todos. Ya verás.

Así, estuvieron bailando un rato, muertos de risa y de admiración, pues la capacidad de adaptación de Sergio es que no tenía nombre, hasta que les entró sed y los chicos se fueron a por las bebidas.

Momento que Alma aprovechó para llevar a su hermana hasta las escaleras que llevaban al piso de arriba, donde podían escucharse sin gritar demasiado, y contarle que:

—Mañana nos volvemos definitivamente a casa.

Julia se llevó las manos a la cara de la impresión y muy contenta exclamó:

—¡Genial, no sabes cuánto me alegro!

—Anda que no tenías ganas de liberarte de nosotros, maja. Disimula un poco... —repuso seria y cortante.

—¡Que no, que yo estoy encantada de que estéis conmigo, lo digo por...!

—¡Que estoy bromeando! Jojojojo. Y por otro lado sería lo más normal del mundo que tengas ganas de que nos volvamos a casa. Y más ahora que tienes un novio de Liechtenstein. A mamá seguro que le encanta...

—Calla, calla, miedo me da solo de pensar que tengo que contarle que ya no estoy con 71 —confesó dando tironcitos a los flecos y lentejuelas del vestido corto de Zara que se había puesto, porque le encontraba que tenía un punto años 30.

—Me temo que ya lo sabe... Antonio se lo ha contado todo.

Julia puso una cara de pánico tremenda y luego preguntó ansiosa:

—¿Todo?

—Sí, lo de Fati Casas y Felipe, lo de 71 y que ahora estás con otro del que no sabía nada. A mí intenta tirarme de la lengua, pero sabes que soy una tumba.

—Madre mía, y seguro que quiere que lo lleve a casa por Navidad... —musitó apoyándose con el hombro en la pared.

—Por supuesto. Aunque le preocupa que tú no les perdones nunca por lo que pasó con Felipe, se siente muy culpable por no haberte apoyado en su día...

—Lo pasé fatal, pero ya todo eso queda tan atrás que no siento ni el más mínimo rencor.

—Qué suerte tienes de ser así, yo es que estoy trabajándome lo del rencor. Ya ves tú la que lié porque le pillé al otro una conversación un poco picante con la compañera... Pero me está viniendo muy bien la terapia, por eso vuelvo a casa. Tenemos mucho que mejorar, yo la primera, porque me falta paciencia, delicadeza, ternura y compasión por un tubo... Y él tiene que currarse la confianza en sí mismo, los miedos y sus frustraciones, que tela también —confesó resoplando—. No obstante y a pesar de todo, nos queremos. Y lo vamos a intentar... Ayer me llevó a cenar a Nitty Gritty y estuvimos hablando hasta las tantas: acordamos que si todo va bien, vamos a casarnos —dijo con una sonrisa enorme.

Julia se quedó estupefacta, pues su hermana siempre se había mostrado reacia al matrimonio:

—Casada... Tú...

—Sí, si superamos toda esta mierda, ese tiene que ser el colofón. Por cierto, después de la cena lo hicimos en el coche, que no lo hacíamos desde los tiempos en que yo tenía a pelotilla, aquel Opel Corsa verde... y fue una locura de morbazo y amor, que me dejó trastornada total. ¿Cómo pude acabar buscando figuras en el gotelé cuando tenía yo en casa a ese león rugiendo por mí? En fin, que me vuelvo a casa. Así que vamos a celebrarlo también...

Alma se enganchó del brazo de su hermana y volvieron otra vez a la sala, donde de camino Julia le dijo:

—Mamá tiene que estar muy contenta con lo de tu reconciliación y sabes que quiere mucho a Alejandro...

—Nos queda mucho trabajo por delante, y más cuando te conoces tanto, es durísimo. El terapeuta nos está ayudando a mucho, a mí sobre todo a morderme la lengua y a decodificar las cosas con más amor y menos mala baba. Pero sí: mamá está contenta... Ya sabe que Alejandro irá a casa por Navidad.

—¡Me alegro muchísimo! —gritó Julia porque ya estaban otra vez en la pista de baile.

—¿De qué te alegras tanto? ¿Hay algo más que celebrar? —preguntó Sergio que venía con dos copas de champán, como Gonzalo.

—Alma vuelve a casa... —respondió mientras cogía la copa de champán.

—¿A casa con Alejandro? —preguntó Gonzalo sin dar crédito.

—Sí, es que después de hacer mucho el tonto nos hemos dado cuenta de que nos queremos.

Gonzalo se puso muy serio y dijo apuntando a Julia con la copa:

—Creo que ha sido gracias a Julia. Su casa tiene algo que transforma a los pendones desorejados. Si es que no hay más vernos a todos... Para empezar el gato, resulta que Julia le puso Amante Bandido porque era un golfo y desde que está en la casa es un monje cartujo. Tú, Alma, te tiraste a las calles y ahora estás ya de vuelta a casa, aquí el viajero del tiempo otro tanto de lo mismo, las revistas de su época dicen que era un donjuán y no hay más mirarle a la cara para ver el cuelgue que tiene...

—La prensa exageraba mucho. Yo solo me divertía a ratos —se excusó Sergio, divertido.

—Sí, bueno, a ratos. Y para terminar yo mismo, con lo que era que también me divertía, y a ratos *muuy* largos, y aquí estoy enganchado de un tío que no me ha tocado ni el meñique.

—Ya te lo tocará, hijo. Tú no sufras por eso —le dijo Alma, consolándole muerta de risa.

—Al paso que va a esto, presiento que va a ser como esas relaciones de la época de Sergio, en las que la gente se pasaba hablando años y años...

—¡Qué exagerado! —exclamó Julia.

—Y lo peor es que este jueguito me pone muchísimo y estoy cada día más pillado por él. Es que es tan horrible que hasta creo que es amor. Yo amando después de lo de Rodolfo... ¿Lo podéis creer?

—Yo creo que lo que en realidad pasa en la casa de Julia es que tiene algo que todo el que llega se enamora... —comentó Sergio—. Amante Bandido realmente está enamorado de la protagonista de Kara Sevda, tendríais que ver cómo se queda como hipnotizado cuando ella sale en pantalla. Alma se ha reenamorado de Alejandro, Mateo está pillado hasta las trancas de Han...

Alma arrugó el ceño, negó con la cabeza y le interrumpió:

—A mí hijo no le metas en el lote porque no. Todos estamos enamorados. Si bien, lo suyo es: estupidez supina.

—Lo suyo es como lo nuestro y vamos a brindar por ello —replicó Julia alzando la copa.

—Brindemos por el amor, pero que conste que lo del mentecato de mi hijo es...

Los tres la interrumpieron y dijeron al unísono muertos de risa:

—Amor.

Y brindaron por ello...

Capítulo 35

Estuvieron de marcha hasta las tres de la mañana, porque al día siguiente Julia y Gonzalo trabajaban, pero el que tenía la cita más importante era Sergio, que se presentó en la casa de su hermana Amelia a las dos en punto de la tarde con el traje de Hugo Boss de Rodolfo y los zapatos del príncipe Felipe de *La Bella Durmiente*.

Rosa, una señora muy amable que según le había contado su hermana llevaba treinta años trabajando con ellos, le abrió la puerta y le hizo a pasar a la casa de la que había salido hacía un mes.

Pero habían pasado 86 años...

Sergio tuvo que respirar hondo para no dejarse vencer por la emoción.

Sin embargo, era difícil pues seguía oliendo igual, a rosas frescas que estaban repartidas por los jarrones de toda la casa, como era la costumbre de su madre, y también un poco al pastel de carne, su favorito, que seguro que se estaba haciendo en el horno.

También seguían ahí en la entrada impertérritos el paragüero que compraron en Londres, el perchero de pie donde su padre colgaba el sombrero, la consola con espejo Luis XV y hasta el frasco con caramelos de violeta que no pudo resistirse a abrir y a meterse uno en la boca, como hacía siempre que llegaba a casa con hambre.

Como ese día en que además de hambre, tenía unos nervios tremendos... Si bien, había ensayado bastante, traía el texto aprendido y ya solo había que interpretar el papel.

—El señor le espera en el salón —le indicó Rosa.

Él la siguió por el pasillo en el que había torturado a los vecinos de abajo

con sus canicas y sus peonzas y apareció en el salón donde, tras esquivar la mesita baja de mármol y pajarracos de bronce en el que todo el mundo se dejaba las espinillas, se acercó a estrechar la mano de su sobrino que había heredado la estampa de su abuelo Serafín.

De mediana estatura, enjuto, calvo, los mismos ojos grises desconfiados y un rictus severo que le pusieron más nervioso todavía.

Y es que a poco que se pareciese a Serafín estaba perdido, porque era un hombre bueno, justo, noble y sabio al que era imposible engañarlo.

Lo que Sergio no sabía era que su sobrino Vicente le estaba escrutando igual y acababa de quedarse pasmado al constatar que ese hombre era la copia exacta de su tío, al que obviamente solo conocía a través de las fotografías.

—Encantado de conocerle, Don Vicente —se presentó Sergio, estrechándole fuerte la mano.

Lo de “honradísimo” lo había desterrado de su vocabulario, como buen hijo trucho del siglo XXI que era.

—Igualmente. Mi madre está atendiendo una llamada, tiene 96 años y sigue al pie del cañón. Nunca para, pero enseguida viene.

—Le agradezco el recibimiento.

—Tutéame que estamos en familia. O eso es lo que asegura mi madre, que eres el nieto de Sergio y caray, vaya si te pareces... Ni que te hubieran clonado como a la oveja Dolly.

Sergio no tenía ni idea de qué oveja era esa, pero replicó:

—Eso dicen... No sé, vi su foto una vez y...

Vicente le miró muy serio y le ordenó con un movimiento de cabeza:

—Sígueme, quiero que veas algo.

Vicente salió del salón, con Sergio detrás, y encaminó sus pasos hasta la habitación del fondo del pasillo, la que había sido en sus tiempos el cuarto de Sergio.

Abrió la puerta y Sergio se quedó lívido. La habitación estaba intacta, tal y como él la había dejado el último día que se marchó, a excepción de las fotografías suyas que colgaban de las paredes.

—Esta era la habitación del tío Sergio... Mi madre la ha mantenido tal cual la dejó, porque siempre ha estado convencida de que volvería. Y como ves, ahí están sus libros, su galán de noche, el escritorio inglés del XIX...

—Es un trabajo francés —le corrigió—, y al momento, tras percatarse de que había metido la pata, añadió —: lo sé porque tenemos uno igual en casa. Debe ser que le gustaba mucho y se compró dos.

—Dejemos el asunto de los muebles para los anticuarios. Y fíjate en las fotografías, es que sois tan parecidos que hasta tenéis la misma cicatriz en la ceja.

Sergio se tocó la cicatriz e improvisó la primera tontería que se le ocurrió, porque Mateo le había hablado de ponerse un pendiente:

—Lo mío fue por un *piercing* que se infectó.

Vicente le miró con cierto desdén, menos mal que en ese justo momento apareció Amelia a la que abrazó emocionado de estar otra vez los dos juntos en casa:

—¡Meli, qué gusto verte otra vez!

Y como había vuelto a meter la pata, aclaró para Vicente:

—Es que nos habíamos visto por videoconferencia.

Vicente con una cara de palo tremenda, replicó tras pellizcarse la barbilla:

—Ya.

Amelia se enganchó al brazo de su hermano y le dijo dándole unas palmaditas en el dorso de la mano:

—Hemos preparado tus platos favoritos: niscalos y pastel de carne.

—Me he dado cuenta nada más entrar —cuchicheó Sergio y Vicente le miró más raro todavía.

Claro que también su abuelo Serafin tenía siempre una cara parecida, es que ni los Hermanos Marx lograban arrancarle una sonrisa, así que a lo mejor, pensó Sergio, no era que estuviera mosqueado sino que simplemente tenía ese careto de sieso y de borde.

El caso fue que pasaron al comedor a almorzar, en la misma mesa ovalada y sillas isabelinas de madera de palosanto con respaldo en tela amarillo yema de huevo, donde había comido toda su vida.

Por no hablar de la vajilla de porcelana de la abuela o de sus cubiertos de plata con las iniciales grabadas, que Amelia había tenido el detalle de ponerle.

Así pues, con la sensación de que estaba en casa y el vino de la comida, Sergio se fue relajando y hablando de Liechtenstein, del sector galletero que se había estudiado a fondo, y sobre todo de la mujer que enamoró a su abuelo Sergio con total desparpajo y verosimilitud. Entre otras cosas porque de quien estaba hablando era de Julia.

Pero con todo a Vicente había algo que no le cuadraba:

—Que sí, que yo entiendo que tío Sergio perdiera la cabeza por esa mujer, pero mira que no escribir ni una carta a su hermana a la que quería tanto — comentó ya a los postres, después de escuchar atentamente el relato.

Sergio tenía perfectamente aprendido el guión y lo soltó como quien suelta el padrenuestro:

—Es que Sergio no podía volver a España porque estaba metido en una trama muy peligrosa en la se mezclaban la alta política, el espionaje y los celos.

Amelia se mordió los carrillos para no partirse de risa y luego apretó la mano de Sergio diciendo:

—Pobre, mi hermanito querido. Si bien, contigo, Sergio, de algún modo es como si él siguiera aquí con nosotros.

—¡Y tanto! Pero si es idéntico —farfulló Vicente revolviéndose en la silla isabelina—. Y yo todo esto lo encuentro muy raro.

Amelia se limpió las comisuras con la servilleta y manteniendo la calma preguntó flemática:

—¿Raro por qué?

—Porque este chico ha entrado chupando un caramelo de violeta, como tú siempre me has contado que hacía el tío Sergio, porque es el primer extraño que entra en el salón que no se estampa con la mesa de pajarracos, porque huele a Knize Ten, el perfume que el tío Sergio gastaba, y porque los únicos que te llamaban Meli eran papá y tu hermano; y ahora este chico que no sé quién es y ni quiero saberlo.

—Vicente, por favor, ¿qué estás insinuando? —le cortó Amelia temiéndose que se tomara aquello de la peor forma.

—Que algo huele a chamusquina, si bien como soy más Pereda que Minaya sé que jamás lograré entenderlo. Mi mujer siempre me lo reprochaba: tengo los pies demasiado en la tierra. No le hacía soñar...

—Los Pereda tienen muchas virtudes —le recordó su madre.

—Pero entre ellas no está la de lidiar con el misterio. Sé que tío Sergio fue un hombre de palabra. Y los hombres de palabra siempre cumplen, pero no quiero saber más.

—Gracias —replicó Sergio, con una inclinación de cabeza y rendida admiración a los Pereda.

—Con lo que me quedo es con que la empresa necesita sangre fresca, que este chico tiene más pasión por el sector que la que tenemos cualquiera de tus hijos y tus nietos —le dijo Vicente a su madre—, y que me parece que es justo que Sergio Minaya que fundó esta empresa, esté en el consejo de administración. Quiero decir su nieto... O... O nada... porque os repito que no quiero saber. Así que mamá, reúne después de Navidades a la junta

extraordinaria de accionistas para que votemos su incorporación y listo. Y a ti Sergio que sepas que he crecido admirando a mi tío y que nunca voy a dejar de hacerlo.

A Sergio se le llenaron los ojos de lágrimas y solo pudo musitar:

—Gracias por cuidar de Meli, gracias por todo...

Capítulo 36

A Sergio le invitaron a que pasara la noche en la casa familiar, pero él prefirió volver con Julia.

Su sitio estaba con ella, tenía muchísimo que contarle y además, a la mañana siguiente se había comprometido con Gonzalo a acudir junto a los de la asociación de *cosplayers* a hacer una visita a un hospital infantil y quería llegar pronto a casa para ayudarles a empaquetar los regalos para los niños.

Sin embargo, cuando Julia vio que regresaba a casa tan pronto se temió lo peor. Se había pasado todo el día con una ansiedad tremenda, pero al momento Sergio le contó todo y respiró aliviada.

Su sobrino Vicente el que no quería saber nada, lo sabía todo y le daba la oportunidad de empezar una nueva vida.

—¿De verdad? ¿No me estás contando una historieta para que no me preocupe? —preguntó Julia que no creía que aquello pudiera haber resultado tan fácil.

—Te he contado lo que ha sucedido. El lunes empiezo a trabajar en la empresa...

—¿Pero ese hombre no era tan desconfiado y retorcido?

—Es desconfiado, pero hay verdades que se saben con solo mirarse a los ojos. Como lo que tienes que ver tú cuando yo te miro... —Sergio se acercó a ella, la abrazó y le aseguró—: todo está bien, te lo prometo.

Julia le miró y supo que era verdad, tanto que su tío le había aceptado como uno de los suyos, como que la quería:

—Te quiero —le dijo Julia.

Y se besaron como nunca, hasta que llegó Gonzalo...

—Dejad de darme envidia, cabrones.

—Es que estamos celebrando que ha ido genial la reunión con su sobrino. El lunes ya empieza a trabajar...

Gonzalo negó con la cabeza y, señalando las quince cajas que había en el salón, que contenían los regalos que le habían donado para la visita al hospital del día siguiente, dijo:

—Yo me alegro mucho de todo, de lo de la reunión con los suyos, de que os beséis como si no hubiera un mañana, qué envidia más gorda y más mala, por favor; pero Sergio va a tener que empezar a trabajar ya mismo porque mirad todo lo que hay que envolver, amiguitos...

Y a ello se pusieron...

Cuando acabaron horas después, sacaron algo para cenar, abrieron una botella de vino para celebrar lo de Sergio y brindaron por Liechtenstein.

Luego se fueron a la cama...

Julia y Sergio a hacer el amor, despacito y suave, lo que lo hizo más íntimo y más tierno.

Y Gonzalo a hablar con Adán, y a hablar y a hablar, y a pesar de que solo fueron palabras, también fue íntimo y sincero.

Lo que Gonzalo no sabía era que al día siguiente iba a suceder algo que iba a cambiarlo todo para siempre...

Y es que llegaron al hospital y las princesas y príncipes comenzaron a repartir regalos a los niños, a hacerse fotos con ellos y a cantar sin parar.

Por cierto, que la canción estrella fue la de *Eres tú mi príncipe azul* pues Sergio lo bordaba con su vozarrón y Julia lo que no tenía de voz, lo suplía con el corazón.

Y se les veían tan enamorados y tan felices, con tanto brillo en los ojos, su pareja era tan creíble, tan de verdad, que Blancanieves, o sea Bea, cogió a la princesa Aurora en un aparte y le cuchicheó:

—Te lo dije, Juli, te dije que te ibas a enterar y mira si te estás enterando...

Pues sí, se estaba enterando, pero bien... Y además estaba muy emocionada, como siempre que experimentaba en el hospital esos momentos de magia, de ilusión, de ternura y de sonrisas. Si bien, esta era la primera vez que lo hacía con Sergio y desde luego que ninguno de los dos iba a olvidarlo nunca.

Igual que Gonzalo que cuando iba por un pasillo cargado de regalos y con su disfraz de príncipe Eric, que realmente no era un disfraz, porque lo suyo era una actitud, se encontró para su sorpresa con que Adán venía de frente.

Y tembló entero. Él no tenía ni idea de que trabajaba en ese hospital, porque habían decidido contarse solo lo importante. Así que ese dato casi que daba lo mismo, lo importante era que a Adán le apasionaba su trabajo, que era totalmente vocacional, que desde siempre admiró a su abuelo Miguel que era practicante y que soñaba con ser algún día como él.

Cosas como esas eran las que sabía, y a pesar de que en ese justo instante tenía el corazón a mil de lo feliz que estaba de verle y de que se moría por hablarle, el pacto era el pacto y tras sonreírle con todo su corazón, le saludó como si no supiera ya todo lo importante, como si fueran dos conocidos de: hola y adiós.

—¡Buenos días!

Y siguió caminando pasillo adelante hasta las habitaciones del fondo que le tocaba visitar.

Sin embargo, cuando no llevaba ni tres pasos dados Adán exclamó:

—¡Espera!

Gonzalo creyó que se iba a caer redondo ahí mismo, pero respiró hondo y se volvió manteniendo el tipo:

—Dime...

Adán que estaba igual de nervioso o más que él le contó:

—Acabo de salir de la habitación de Laura, estaba con una sonrisa gigante,

es la primera vez que la veo sonreír así, le he preguntado qué pasaba y me ha dicho entre suspiros que acababa de marcharse el príncipe Eric. Y resulta que eres tú... —dijo suspirando también.

—Sí. Es una de las razones por las que me gusta hacer esto. Ya te lo dije. Es bonito pintar sonrisas.

—Y necesario.

Gonzalo sin creerse todavía que estaba manteniendo una conversación cara a cara con el hombre con el que se desnudaba por dentro cara noche, le confesó:

—Vengo bastante a este hospital y nunca te había visto. Sin duda, me habría fijado en un enfermero tan guapo...

—Llevo poco. Y no dudes de que yo también me habría fijado en el príncipe Eric.

Gonzalo sonrió y, loco porque aquello no terminara nunca, le provocó:

—Me llamo Gonzalo.

—Lo sé.

—Lo digo a modo de presentación y así nos damos dos besos.

Adán sin pensárselo dos veces, cogió parte de los regalos que Gonzalo llevaba en las manos y los colocó en el suelo.

—Trae...

Y luego se puso frente a él, le agarró por el cuello y le pegó un beso en la boca que dejó al príncipe patidifuso:

—¡Y encima besas bien! ¡Qué bandido!

—Tenía tantas ganas de hacerlo —confesó Adán.

—Sí, pero no te fiabas de mí.

—No quiero ser un polvo más. Yo quiero lo que quiero.

Gonzalo le pegó otro beso en la boca y le preguntó con el corazón que iba a salirse del pecho:

—¿Y qué es lo que quieres?

—Un príncipe. Querer y me quieran. Con alegría. Con valentía. Sin dramas.

Gonzalo ni se lo pensó, porque en su vida no había tenido nada más claro:

—Yo soy ese príncipe. Y si lo soy es gracias a ti, que me has ayudado a liberarme de mis miedos, a que sane mi herida, a que acepte y a que perdone.

—Gracias a ti por darme la posibilidad de hacerlo. Y lo he hecho por amor. Yo creo que te quiero desde el primer día que te vi y pensé que eras un hetero, presuicida *sexy*. Quería que volvieras a sonreír y también te deseé con unas ganas que hasta me dolía.

—No me hables de deseo que no puedo sacarme de la cabeza cierta foto. Y lo que no es foto, te tengo ya metido muy dentro... —confesó Gonzalo llevándose la mano al corazón—. Suena cursi y guarro a la vez, pero es la verdad.

—Lo sé, porque me pasa lo mismo.

Gonzalo respiró hondo y preguntó todavía sin creerse que eso pudiera estar pasando:

—Y ahora ¿qué hacemos?

—A mí se me ocurren un montón de cosas —sugirió Adán con los ojos chispeantes—. Salgo a las tres. Espérame en la cafetería de abajo y allí ya te voy contando...

Capítulo 37

Gonzalo esa noche no volvió a casa de Julia, ya que se subió dos pisos más arriba con Adán, desde donde le envió el siguiente wasap:

Me quedo en casa del vecino. Y creo que va para largo. ¿No te parece increíble que seamos felices tú en el primero y yo en el tercero? Me encanta saber que estamos a treinta dos escalones de distancia. Muchas gracias por cuidarme estos meses y por no tener en casa ni lejía, para que no me la trasegara con hielo. Me has salvado. Y yo hoy por fin veo la luz... Y qué luz... Y no pienses mal... No me estoy refiero a su pollón, sino a la luz del amor. Amo a Adán. Qué de aes. Me chifla. Esto es puro amor. Éxtasis. Jamás amé así. Es tan nuevo, que ni tengo vértigo. Está más allá de todo eso. Es equilibrio y locura pasado por la Turmix. Levito. Y me voy... Es que ni sé dónde estoy, pero quiero quedarme aquí para siempre. Y qué gusto morir atravesado por su rayo. Ahora sí que estoy hablando de eso... Mañana ya te contaré más, porque esto solo acaba de empezar y la noche aún es muy larga. Te quiero.

Julia estaba metida en la cama cuando lo recibió y lo leyó al instante:

—Gonzalo también se muda. Nos quedamos solos los tres —le anunció Julia a Sergio que estaba tumbado a su lado.

—¿Está con el vecino por fin?

—Acaba de enviarme un mensaje muy místico en el que celebra estar atravesado por su rayo.

—Ya era hora...

Julia dejó el teléfono móvil en la mesilla de noche y se abrazó a Sergio.

—Me alegro muchísimo por él. Y por si no te habías dado cuenta: cada vez

somos menos... Ya solo falta que te vayas tú, porque el gato con el enganche que tiene a la serie de momento sé que no se va —dijo Julia, poniendo cara de pena.

—¿Y yo por qué me voy a ir, si estoy muy a gusto contigo?

Claro que Julia no quería que se fuese, no obstante también entendía que tenía una familia y una hermana muy mayor con la que se había perdido muchas cosas.

—A lo mejor prefieres estar con tu hermana y tu sobrino. Y más ahora que se acerca la Navidad...

—Yo quiero pasar la Navidad contigo.

—Y yo contigo. Pero lo digo sobre todo por Amelia.

—Estamos en contacto permanente y lo principal es que nos llevamos en el corazón. Mi sitio está aquí, Julia. Y yo quiero pasar contigo las Navidades, la primavera, el verano, el otoño y todo lo que venga.

Sergio le dio un beso de los suyos, tierno y *sexy*, en la mejilla y Julia le informó de lo que era inminente:

—De momento lo que viene es que te va a tocar pasar la Nochebuena en casa de mi madre. Ayer hablé con ella... Uf. Está ansiosa por conocerte, yo le he dicho que eres un chico chapado a la antigua, más que nada porque como te saldrá alguna expresión...

—De cuando reinaba Carolo —Sergio terminó la frase por ella—. Pero tú tranquila que ya me voy poniendo al día.

—No, si a ella le fascinó saber que eres un *viejoven*. Y me pidió perdón por lo de Felipe, se siente muy culpable con eso, le dije que yo lo había olvidado todo y que estaba feliz contigo.

Sergio suspiro, la besó en los labios y musitó:

—Muchas gracias.

—Gracias a ti, que eres el culpable de que me sienta mejor que nunca. Mi

madre dice que se me nota hasta en la voz que según ella ahora me brilla.

—Y porque no te ha visto, porque no hay nada que no te brille.

—¡Ay mi abuelo, qué exagerado!

—Créeme que sí. Que es cierto lo que te digo. Que te brilla todo.

Julia se llevó las manos a la cara y reconoció:

—Puede ser, porque con el trajín que llevamos en la cama...

—Un trajín muy bueno.

Julia sonrió de oreja a oreja y confesó:

—El mejor. Yo me noto la piel menos tirante y en general como mucho más ligera. Me has cambiado la vida entera. Bendito rayo. Me refiero al que derribó tu avión, bueno y al otro también...

—¡Qué maravilla encontrarte!

—Lo que siento es que haya sido tan complicado, que hayas tenido que dejar atrás tu tiempo y...

—Y nada. Porque era mi sueño venir al futuro. No lamentes nada, porque estoy donde siempre deseé estar.

—Esto es demasiado bonito como para ser cierto.

—Es real.

—Y hasta mi madre está muy contenta por lo nuestro y dice que ya lo dice el refrán: que a la tercera siempre va la vencida.

—Comparto la opinión de tu madre —observó Sergio muy serio—. ¿Y tú?

Julia se echó a reír y respondió:

—Por supuesto. Así que ya respira tranquila porque por fin va a tener sus Navidades en paz como quería.

—Genial. Y aprovechando que está con ese espíritu, podría invitar también a Hannah y a su madre.

—¿Hannah y su madre? A la que le da algo es a mi hermana...

—Les he invitado a que pasen una semana en Madrid, les he reservado un

hotel que está cerca de la casa de Alma, para que los chicos puedan verse.

—Le va a hacer una ilusión a mi hermana... —ironizó Julia, resoplando.

—Ya verás cómo sí. Tu madre va a estallar de felicidad cuando también vea a su nieto enamorado...

—Alma no creo que ceda. Y la Navidad le pone de un mal humor tremendo. La estresa muchísimo, es que te digo que es la peor época para traer a Hannah.

—Mateo confía en que va a ablandarse por la cosa de la reconciliación.

—No sé yo...

—Confiemos en que sí, en que vamos a tener una Nochebuena amorosa y luego nosotros nos iremos a Viena —le recordó Sergio muy ilusionado.

Sin embargo, Julia resopló otra vez y le confesó mordiéndose los labios:

—No paro de pensar en eso. Mira que si otro rayo, un rayo de los de verdad, no alcanza y nos escupe en tu época...

Sergio la besó en los labios y le susurró:

—Pero juntitos.

—Uy. No. Conmigo no cuentas. A mí de este tiempo no me sacas, olvídate de lo de Viena, que no quiero tentar a la suerte.

—No va a pasar nada. Ahora solo empieza lo bueno...

—Y lo más complicado, por eso las ficciones se centran en cómo surge el amor y pocas hablan de cómo sigue. Mira mi hermana y Alejandro por todo lo que han pasado...

—Y han decidido seguir...

—No quiero que a nosotros nos pase eso. No tenemos que mentirnos, ni castigarnos con silencios, ni culpar al otro por las frustraciones propias, ni convertir al otro en el blanco de nuestras iras...

—Menudo cuadro estás pintando, hija mía.

—No digo que nos vaya a pasar, sino que no quiero nos pase.

—Ni yo. Y además a todo ese rosario de buenas intenciones me gustaría

añadir que no quiero que nos hagamos trampas cuando juguemos al parchís — bromeó Sergio.

—*Arg.* Lo detesto.

—¿El qué? ¿Las trampas o el parchís?

—El parchís. Con las trampas puedo hacer la vista gorda, si no no me habría puesto alguna vez pestañas postizas.

—Amo tu pestaña postiza. Es mi amuleto. Me dio tanta suerte. Y sé que nos va a ir bien. Yo no sé demasiado del amor, porque esta es la primera vez que me han birlado el corazón. Pero...

—Y todavía no sé cómo, porque no quería nada contigo.

—Ya, pero es tuyo. Ya no se puede hacer nada.

—Eso es cierto —musitó Julia, divertida.

—Bien, pues como te decía a mí me da que esto del amor es como cuando uno se sube a una avioneta de las de mi época que fallaban como escopeta de feria. Hay que tener el coraje de encarar la ansiedad y los miedos, creer y confiar en que todo va a salir bien y echarse a volar. Y luego si las cosas no van bien...

—Tú descuida si las cosas no van, ahí apareceré yo en mitad de la lluvia y el frío con mis pestañas postizas para rescatarte.

—Y yo encantado.

Julia sonrió, le besó los labios y luego dijo:

—Entonces vamos *pallá* con todo...

Epílogo

La madre de Julia tuvo sus Navidades tranquilas...

Hannah y su madre también acabaron sentadas a la mesa familiar.

Es más, Alma y la madre de Hannah enseguida conectaron por la cosa de lo mucho que sabían de crisis matrimoniales.

Y porque tenían dos hijos enamorados irremisiblemente.

Y...

Un año después de aquella cena, Alma se casó con Alejandro.

Tres años después Amelia posaba para la foto familiar navideña con Lucas en brazos, el hijo de Julia y Sergio.

Cuatro años después Gonzalo y Adán continuaban envueltos por luces y rayos.

Cinco años después, Amante Bandido seguía enamorándose de las actrices protagonistas de las series...

Y...

Lo que todos guardaron para siempre fue el secreto de que Sergio un día viajó en el tiempo para encontrar su verdadero sitio junto a Julia...